

Ángela Franco

UN CÓCTEL CON SABOR
A BARCELONA
A CITY OF LOVE: VOL. 6

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2019

© 2019 Ángela Franco
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

1

Viernes, 4 de mayo. Pablo, en el aeropuerto de El Prat (Barcelona)

2

Al día siguiente. Pablo, visita el parque Güell

Más tarde. Anna, en Còctels (playa de la Barceloneta)

3

Al día siguiente. Pablo, fiesta de bienvenida

El grup, plan en el jacuzzi

Por la noche. Anna, en Còctels

4

Dos días después. Anna, por las calles de Barcelona.

Por la noche. Pablo, en casa

5

Cuatro días después. El grup; reunión antes de la apertura de Còctels

Unas horas después. Pablo, en Còctels

Anna, en Còctels

6

Diez días después. Pablo, en casa con Raúl

Pablo, en el Museo Nacional de Arte de Cataluña (Montjuïc)

Anna, en el Pueblo Español

7

Cuatro días después. Pablo, en la casa con Raúl.

El grup, en Còctels.

8

Seis días después. Pablo, en la plaza de San Felipe Neri.

Anna, en la plaza de Felipe Neri.

9

Al día siguiente. Anna, en la discoteca Nit de Festa

Pablo, en la casa de Anna

10

Dos días después. Pablo, en casa de Anna.

El grup, poco antes de abrir Còctels.

Pablo, en La Rambla

Anna, noche en Montjuïc

11

Tres días después. Pablo, de camino a Còctels

Anna, de camino a Còctels

El grup, en Còctels

Pablo, en el hospital

12

Cuatro días después. Pablo, en casa

Anna, en el cuarto de las pinturas

[Pablo, en casa](#)

[13](#)

[Once días después. Anna, en Còctels \(noche de Sant Joan\)](#)

[Pablo, en Còctels](#)

[Anna, noche de Sant Joan](#)

[Pablo, en la playa de la Barceloneta](#)

[Pablo, en casa de Anna](#)

[14](#)

[Dos días después. Anna, en su casa](#)

[15](#)

[Dos días después. Pablo, en su casa](#)

[El grup, en el café La Tacita de Oro](#)

[Anna, en Còctels](#)

[Pablo, en el almacén](#)

[16](#)

[Cinco días después. Anna, en su casa con Neus](#)

[Pablo, en su casa](#)

[Horas después. Pablo, en Vélez-Málaga](#)

[17](#)

[Dos días después. El grup, en Còctels](#)

[Después del trabajo. Anna, camino de su casa](#)

[18](#)

[Cuatro días después. Pablo, en Vélez-Málaga](#)

[19](#)

[Once días después. Anna, en Còctels](#)

[Pablo, en la playa de la Barceloneta](#)

[El principio](#)

[Paula, dos semanas antes de que Pablo llegara a Barcelona](#)

[Raúl, al día siguiente](#)

[Epílogo](#)

[Tres meses después. Raúl, en Barcelona](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

*A mi «Secta», porque al igual que en esta historia,
la amistad es un órgano vital.*

1

Viernes, 4 de mayo. Pablo, en el aeropuerto de El Prat (Barcelona)

Miré de un lado a otro para ver si localizaba a Raúl. Y tanto que lo hice; yo, y el resto de la gente que allí se congregaba. Vestía todo de rojo, en su cabeza se había puesto una gran peluca rubia Súper Saiyan y, para terminar el conjunto, portaba un cartel con la bandera catalana de fondo, en la que se podía leer en letras mayúsculas: «BIENVENIDO PRIMO».

Pensé dar media vuelta antes de que me viera y coger el primer avión con regreso a Málaga, pero recordé que en mi pueblo la perspectiva no era muy halagüeña; era preferible seguir adelante y aprovechar esta oportunidad que se me brindaba, abochornado por la compañía del Goku Súper Saiyan barcelonés.

Me acerqué a él sigilosamente, para que nadie (ni siquiera mi primo Raúl) me prestara la más mínima atención, sin embargo, fue sagaz como el Súper Saiyan que era y me interceptó tan rápido que apenas puede reaccionar.

—¡Pablo! —me gritó con una alegría desmedida.

—¡Joder, Raúl!, ¿por qué vienes vestido de Goku? —le pregunté, mirando de un lado a otro para ver cuánta gente nos observaba.

—Yo también me alegro de verte —respondió con retintín.

No veía a Raúl desde el verano de hacía cinco años. Su familia solía pasar los meses de calor en Vélez-Málaga, pero cuando mis primos crecieron, a ninguno le pareció divertido pasar las vacaciones en el pueblo malagueño. El contacto nunca se desvaneció, al contrario, estábamos más unidos que nunca a pesar de la distancia.

—Perdona, tienes razón. Me alegro de verte. —Me abracé a él sintiéndome un completo imbécil.

—El aeropuerto es muy grande, no quería que te perdieras.

—Quizás yo hubiera hecho lo mismo. —Le di un golpe en el hombro que hizo que se tambaleara. Se enderezó e hizo un amago para coger mi maleta, pero yo se lo impedí—. No, la llevo yo.

—Vendrás cansado del viaje.

—No estoy cansado. Toma, si quieres lleva mi mochila.

—¿Ahí lo traes todo? —Sus ojos se posaron en mi equipaje.

—Todo lo que voy a necesitar; no espero estar mucho tiempo.

—Eso no lo sabes. Igual encuentras a una barcelonesa y terminas haciéndote viejo en esta ciudad.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Estaría en Barcelona hasta que todo se aclarara

en Vélez-Málaga; en cuanto sucediera, me volvería a mi pueblo. Puede que ocurriera dentro de unos días, unas semanas o como mucho unos meses. Prefería no darle muchas vueltas a eso y vivir el presente, era lo mejor. Respiré hondo.

—Ya iremos viendo —le contesté con una media sonrisa.

—De lo que sí estoy seguro es de que va a ser la mejor etapa de tu vida.

Hasta el momento, mi vida había transcurrido con normalidad: trabajo, amigos, fiestas... Mi situación empezó a cambiar tres meses atrás, cuando me vi envuelto en una historia que yo no busqué, ni quería para mí. En esos tres meses procuré no cometer ningún error; sin embargo, la paciencia es una virtud, y Tesa tenía de sobra. Esperé y esperé hasta que vio el instante oportuno; caí en su trampa como un auténtico pardillo. La bomba estalló hacía dos semanas y desde entonces mi vida estaba siendo un auténtico infierno.

Hacia tan solo dos días que mi primo Raúl me dio una solución. Me contó que su compañero de piso y de trabajo, había tenido que salir huyendo, también por temas de faldas, y me propuso que me fuera a Barcelona con él, que tendría cama y curro. Ni lo medité, no pensaba desaprovechar la oportunidad que Raúl me ofrecía. Había cometido algunos errores en mi vida, el peor por confiado; en este paréntesis de mi vida, solo esperaba no volver a tropezar con más piedras.

—Raúl, te recuerdo que no vengo por diversión —le aclaré con una mueca.

—No puedes consumirte en el apartamento el tiempo que tengamos libre dándole vueltas a lo ocurrido. Necesitas rehacer tu vida en todos los sentidos.

—Solo quiero que todo esto se olvide. Mientras, intentaré pasar desapercibido por Barcelona.

—Sigo sin entender cómo te metiste en ese fregado. —Puso los ojos en blanco.

—¿Dónde tienes el coche? —pregunté para no seguir por ese camino; acababa de salir de Vélez y lo último que me apetecía era hablar del tema que me había tenido con el alma en vilo hasta el momento.

Raúl tenía el vehículo en el aparcamiento del aeropuerto y desde ahí nos desplazamos hasta el barrio del Born, en el que mi primo residía en un piso pequeño de dos habitaciones.

El domicilio no solo era reducido, también vivió mejores momentos. Eso sí, su privilegiada ubicación mitigaba todas estas particularidades.

Tal como me comentó Raúl, el que sería mi dormitorio, estaba vacío. Fue la única retribución que me pidió: pintar y amueblar la habitación que me acogería en mi transitorio destierro. Dejé las maletas en un lado y lo miré con curiosidad. El dormitorio no era muy grande, pero cabría un armario, un escritorio y una cama mediana si la pegaba a una de las paredes. Me asomé por la ventana; daba a un patio interior.

Tras dejar las maletas y la mochila, e inspeccionar rápidamente aquellas cuatro paredes, me fui al comedor y me senté con mi primo en el sofá.

—¿Qué te parece el cuarto? —me preguntó Raúl.

—Es perfecto, me adaptaré bien. —Le sonreí ansiando creerme mis propias palabras.

—Si quieres, esta noche podemos compartir cama. —Me guiñó un ojo de forma coqueta.

—Esta misma tarde compraré la pintura e iré a mirar los muebles. Mientras, dormiré en el sofá, no pienso aprovecharme de ti —le contesté levantando las cejas.

—En el sofá vas a estar muy incómodo.

—He dormido en sitios peores. Sobreviviré.

Además, sabía que no pegaría ojo ni en el sofá ni en la cama más confortable del mundo.

—Como quieras. —No insistió.

Respiré hondo.

—Raúl, no te he preguntado por tus padres ni por tus hermanas, ¿cómo siguen?

—Bien, pero por aquí no pasan. Si quiero verlos, tengo que ir a Reus. Dicen que a ellos en Barcelona, no se les ha perdido nada; ni siquiera a mis hermanas les gusta la capital.

—Algún día pasaré a saludarlos. Tus hermanas tienen que haber cambiado mucho —le dije con una sonrisa, recordando las peleas que tenían mis primas cuando eran adolescentes.

—Paula acaba de cumplir los veintiuno y vive sumida en sus libros; y Alicia se acaba de echar novio; mis padres lo llevan fatal. Siempre fueron muy protectores con las pequeñas de la casa.

—Alicia era la mayor; aunque se llevaban poco.

—Catorce meses. Pero como te digo, mis padres las siguen viendo como cuando tenían doce y trece años.

Fijé mi vista en la estancia: una cocina abierta a un comedor con un tres plazas, una mesa camilla rectangular (perfecta para comer desde el sofá y ver la tele). Había también varias sillas apoyadas en las paredes. Parecía acogedor; aun así, echaría de menos Vélez-Málaga. Nunca había salido por tiempo ilimitado de mi pueblo y me costaría acostumbrarme a esa vida.

—¿Cuándo empiezo el curro? —pregunté intentando ser positivo.

—Xavi me dijo que podías empezar mañana, pero si te apetece esta misma tarde te pasas por allí y conoces a la gente.

Mi nuevo trabajo consistía en poner copas en un *pub* de nombre Còctels, en la playa de la Barceloneta, a unos quince minutos andando desde nuestra casa. Siempre trabajé en la hostelería y no se me daba mal. La única pega, el catalán. Del idioma sabía poco y, para estar frente al público, mi primo me había recomendado que, por lo menos, debía defenderme. En cuanto acepté ir a Barcelona retomé los estudios.

—No sé si me dará tiempo —me excusé a su ofrecimiento de pasar por el *pub* esa misma tarde. No me apetecía conocer a mis nuevos compañeros, aún.

—Como quieras, pero te acompañaré en tus compras hasta que tenga que ir a Còctels. —Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina—. ¿Qué te apetece merendar?

Llevaba un buen rato escuchando un ruido constante, como una caída de agua; y ya, empezaba a molestarme.

—Raúl, ¿escuchas ese ruido?

—¿Ruido? —Su cara pasó de incertidumbre a iluminación en cuestión de segundos—. ¡Ah, sí! Es la cisterna de Anna, el pulsador se le queda pillado. Se suponía que Marc la iba a arreglar; pero... Desde que ocurrió lo de Marc, la pobre no levanta cabeza. Es como una zombi. A ver si vuelve a ser ella pronto.

—Los pescó aquí, ¿no? —pregunté. Del tema del excompañero de piso de Raúl con la vecina, conocía pocos detalles. Mi primo me había contado que ella lo había encontrado tirándose a una chica en aquel piso.

—Sí. —Bajó la cabeza—. Si Marc me hubiera avisado, habría evitado el estropicio que se lio. —Respiró con profundidad—. Voy a decirle a Anna lo de la cisterna. ¿Te importa si le pido

que se venga con nosotros de tiendas? Todos los días, a las seis y media, nos vamos juntos a Còctels. Le vendrá bien distraerse antes de ir al trabajo.

—Por mí no hay problema.

Raúl desapareció y yo recordé que por eso Marc dejó el trabajo y el piso. Su novia no solo era su vecina, también su compañera de curro. Con la pillada, se quedó sin novia, sin casa y sin trabajo; todo un *crack*.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a mi hermana diciéndole que había llegado bien a Barcelona. Con la única que podía hablar de mi familia era con ella. Rocío sería mi enlace. A mí me tendría informado de todo lo que sucediera en Vélez y seguro que con mis padres haría lo mismo sobre mi situación en la Ciudad Condal. En cambio, Fran, a saber cuánto tiempo pasaba hasta que quisiera saber de mí. Di un gran suspiro. Esperaba que todo se aclarara pronto.

Raúl volvió con la cara triste.

—¿Qué pasa? —lo interrogué.

—Dice que no le apetece venir; que se irá sola al trabajo. No me gusta verla así.

—Ya se le pasará —le contesté encogiéndome de hombros.

—Solo ha pasado una semana desde que vio a Marc en esa encimera, fornicando como un poseso con esa tipa rubia y tetona. —Con sus cejas señaló la cocina, y donde supuse había estado «maniobrando».

—¿Para qué me cuentas esas cosas? —gruñí—. Me gusta cocinar y no quiero estar ahí, amasando una base de pizza y pensar que el culo de una rubia pechugona ha estado pegado a la superficie. Es desagradable y poco higiénico.

—¡Ah! Por eso puedes estar tranquilo. Le hice que limpiara todo con lejía antes de que, su hermano y yo, lo metiéramos en un avión con destino a Italia. Está totalmente desinfectada.

—No me fio, la volveré a limpiar.

Me hice una nota mental. En cuanto Raúl desapareciera de la casa me pondría los guantes y cogería la bayeta; no solo renovaría mi nuevo dormitorio, también limpiaría y adecentaría la cocina. Tantos años trabajando en la hostelería creo que me habían hecho un poquito escrupuloso. Me hice otra nota mental: comprar sábanas para la nueva cama.

—¿No pensarás estar todo el fin de semana pringado?

—No veo mejor plan —respondí con una mueca.

—Mañana pintaremos el dormitorio pronto, te quiero enseñar algo de Barcelona.

—Me apetece conocer el barrio Gótico.

—Eso lo puedes ver en cualquier momento, estamos al lado. Tú déjame a mí.

2

Al día siguiente. Pablo, visita el parque Güell

Esa mañana de sábado me levanté temprano con la intención de pintar mi habitación.

El día anterior, tal y como tenía en mente, y con la ayuda de mi primo, hice todos los deberes: fuimos a mirar camas y armarios, escritorios... no tardé mucho en elegir lo que necesitaría. El martes a primera hora de la mañana, me lo traerían y me lo montarían todo. También conseguí sábanas, un edredón y un flexo. Y por último, compré un bote grande de pintura y los correspondientes arreos para pintar. A simple vista y sabiendo que mi estancia en Barcelona sería por tiempo limitado, podría parecer que mi proceder era exagerado, pero un trato era un trato. Por lo menos el tiempo que pasara allí estaría cómodo pensando que todo aquello había sido comprado con mis ahorros.

Cuando llegué a la casa y solté las compras, en la que sería mi habitación, me entretuve limpiando la cocina. No era muy grande y apenas tenía menaje, así que, tampoco tardé mucho.

El tiempo en Vélez-Málaga esos días andaba revuelto (no solo era mi circunstancia, también la condición atmosférica) y me constaba que Barcelona tampoco se libraba de ello, sin embargo, ese sábado el sol brillaba dejando una temperatura muy agradable y perfecta para que la habitación se secara sin problema en todo el día.

La iba a dejar blanca, no obstante, mi primo me convenció para pintarla en un tono gris claro y darle algo de personalidad. No me negué, así me encontraba yo, gris y apático.

Le di dos manos de color para que la pared quedara bien cubierta. Tras el pintado, quité las gotitas que se habían derramado en la tarea y fregué todo el suelo.

Antes de retirar y de limpiar todo lo utilizado, di un último vistazo.

Después tocó el aseo personal. Para cuando terminé de ducharme y ponerme ropa limpia, Raúl salía de su cuarto con los ojos pegados y las arrugas de las sábanas clavadas en su mejilla izquierda.

—Buenos días, Pablo. ¿Qué tal has dormido?

—Bien —mentí. Apenas pegué ojo y no por culpa del sofá.

—En cuanto desayune, te ayudo a pintar —Me sonrió. Su nariz empezó a olfatear el ambiente—. ¿Has empezado ya?

—He terminado hace un rato.

—¿Ya?

—Me levanté a las seis de la mañana, quería terminar pronto. He intentado no hacer ruido.

—No he escuchado nada. ¿Puedo ver cómo ha quedado?

—Claro.

Su habitación estaba frente a la mía y lo único que tuvo que hacer fue abrir la puerta. La dejé cerrada para mitigar un poco el fuerte olor a químico en el resto de la casa. Entramos y lo

observó todo con admiración.

—¡Ha quedado brutal!

—Ha sobrado medio cubo; si quieres, podemos pintar la tuya.

—Estaría bien. —Me miró contento—. Pero hoy no, hoy ya has cubierto el cupo de pintor de brocha gorda. ¿Te he dicho que Anna, la vecina, pinta? Ella, cuadros. —Miró hacia la ventana.

—¿Esa es su habitación? —Me asomé y ojeé la ventana de enfrente.

—¿Tampoco te lo había dicho? Igual algún día la sorprendes en bragas.

—Como si quiere estar masturbándose. —Me encogí de hombros.

—No creo que llegues a ver tanto —manifestó riendo.

Raúl desayunó y se vistió. Salimos a la calle sobre las once y poco, con una mochila en los hombros rellena de víveres. En su moto, nos dirigimos al parque Güell.

Hacía años que no disfrutaba de una jornada de turismo. El tiempo era agradable y sentía que la brisa de aquella famosa ciudad me transmitía vitalidad. Daba buen rollo, y me prometí saborear cada momento nuevo.

La entrada al parque me dejó con la boca abierta. Las palabras de mi primo explicando los detalles de aquella magnífica construcción de principios del siglo XX, se perdieron en el aire. Mi vista se centró solo y exclusivamente en esas largas escalinatas que terminaban en una gran estructura llena de columnas. La firma de Gaudí, estaba en todos los rincones por donde mi vista se paseaba. De la materia entendía algo, aunque no lo que me hubiera gustado; tampoco había que ser un gran experto para saber que aquella obra era apoteósica.

—¡Vaya careto que tienes! —Mi primo me dio un golpe en la espalda para que despertara y lo atendiera.

—¡Esto es alucinante! —exclamé sin poder dejar de admirar de un lado a otro.

—Pones la misma cara que pongo yo cuando me hacen una buena felación.

—Ahora mismo, esta espectacular visión, me produce un efecto similar.

—¡Qué exagerado eres, Pablito! ¡Cómo se nota que eres andaluz!

Subimos las escaleras despacio, no podía quitar mis ojos del entorno que me rodeaba. De pronto mi primo dejó de hablar y comenzó a vocear a alguien. Agilizó su paso hacia «ese alguien» al que había reconocido, dejándome atrás.

Dejé mi exploración para centrarme en la escena: Raúl se plantó delante de una chica que, tirada en las escaleras con las piernas cruzadas, parecía estar dibujando el enigmático lagarto del parque.

—¡Qué casualidad! Con la de sitios que hay en Barcelona y encontrarte precisamente aquí —aseguró mi primo.

—Ayer te dije que iba a venir a pintar la salamandra del parque Güell —comentó ella con acidez.

—¡Ah! Pues no te presté atención.

La arquitectura siempre me llamó especialmente la atención. Si hubiera seguido estudiando, habría sido arquitecto. Aproveché la interrupción para recrearme en la magnífica obra de Gaudí. Sentí que mi boca se abrió observando las formas redondeadas y el variopinto colorido de los mosaicos, que caracterizaban las composiciones del genio. Todo brillaba con el reflejo de los rayos de sol y daban al lugar un toque fantástico y mágico más propio de un cuento de hadas que

de algo real. Mis pupilas se desplazaban de un lado a otro, sin saber dónde posarse, para observar los detalles.

—¡Pablo! ¡Pablo! —Raúl tiró de mi brazo interrumpiendo mi deleite.

—¿Qué quieres? —contesté con una protesta.

—Ven, te voy a presentar a Anna.

Anna, la vecina cornuda. Miré hacia donde me señalaba mi primo y vi a una joven bastante maltrecha, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas frente al lagarto de la escalera. Su pelo castaño estaba recogido de forma despreocupada con un lápiz de color... gris (apático), dejando numerosos mechones sueltos. Su rostro era ovalado, de pómulos altos y sus ojos marrones y almendrados estaban hinchados, quizás por un llanto excesivo (típico de personas débiles). Tenía unos labios inusualmente rosados, supuse que por no parar de mordérselos. En su regazo portaba un bloc y lápices de colores. Sinceramente, no me extrañó en absoluto que su novio le pusiera los cuernos.

—Déjame tranquila, Raúl. Ya te he dicho que no quiero ver a nadie.

—Solo quiero que conozcas a mi primo Pablo. Va a trabajar con nosotros, lo verás antes o después.

—Ahora no me apetece. Quiero estar sola. ¡¿Cómo te lo digo?! —dije tirando de mi primo. Vi que ella levantaba la mirada y me observaba con curiosidad.

—¡Vámonos, Raúl! Ya la has escuchado, quiere estar sola —dije tirando de mi primo. Vi que ella levantaba la mirada y me observaba con curiosidad.

—¿Es sevillano? —preguntó a Raúl, pero con sus ojos puestos en mí.

—No, un respeto; soy malagueño, de Vélez-Málaga —especifiqué molesto, por la confusión y por no dirigirse directamente a mí.

—Todos los andaluces habláis igual de mal.

—Me largo, no pienso aguantar a esta niña malcriada. Con ese humor que tienes no me extraña que tu novio se haya buscado a otra.

Se levantó del suelo y se lanzó a por mí. Mi primo la sujetó con su cuerpo. Me arrepentí de lo que dije cuando vi que sus ojos rabiosos se inundaban en lágrimas.

—¡Ehhh! —le susurró Raúl al oído para tranquilizarla—. Ya, ya. —Le dio media vuelta y la abrazó con fuerza.

Raúl me reprochó con la mirada mi actitud. Me sentí fatal. Menos mal que me había propuesto hacer bien las cosas en mi nueva etapa, no podía haber empezado más de culo; enemistándome con mi vecina y compañera de trabajo. Me hice una nota mental: «pensar antes de hablar».

—Lo siento —me disculpé tartamudeando—. No pretendía...

—Toma, vete al piso. —Raúl me tendió las llaves de su moto—. Me quedo con ella. En un rato regresaré.

—¿Sabré llegar? —murmuré con voz compungida al ver lo que había provocado.

—Más te vale.

No quise hablar más. Solo quería desaparecer de allí.

Más tarde.

Anna, en Còctels (playa de la Barceloneta)

Anna llegó una hora antes a Còctels, tenía las llaves del establecimiento y necesitaba un poco de intimidad antes de que aparecieran los demás. Le dijo a Raúl que no la esperara (siempre iban juntos al trabajo), a pesar de que su frente estaba fruncida en total disconformidad, su amigo se reprimió y no puso ninguna objeción.

Cogió unos limones de la cesta de la fruta, los lavó y se dispuso a cortarlos en rodajas. Con el cuchillo en la mano, miró al horizonte y se centró en el azul del mar Mediterráneo. Notó ese picor molesto, previo al llanto, en sus ojos. No quería llorar más, Marc no se merecía ni una sola lágrima suya, pero no podía evitar esa terrible tristeza que embargaba su interior.

Xavi le había sugerido que se cogiera unos días de sus vacaciones, aunque ella se negó en rotundo. Era preferible trabajar y tener ocupada su mente que encontrarse a solas con ella.

Volvió a revivir la escena de Marc con esa chica y las lágrimas aparecieron sin cohibiciones. ¿Cómo podía haberle hecho eso? Anna pensaba que todo estaba bien entre ellos. Marc siempre fue muy cariñoso. ¿Cuándo cambió todo? En algún instante tuvo que haber un antes y un después. Por más vueltas que le daba a lo ocurrido, no encontraba nada que la hubiera puesto sobre aviso; nada que la hubiera alertado de que algo había cambiado. Estaba claro que, en algún momento de sus tres años de relación, se produjo alguna alteración que Anna pasó por alto. ¿Por qué no habló con ella? ¿Por qué había optado por el engaño y la mentira? Tenía tal dolor en el pecho...

Cuando se dispuso a cortar la primera rodaja de limón, notó el afilado cuchillo rasgar la carne del dedo índice de su mano izquierda. Miró con indiferencia cómo salía la escandalosa sangre roja de la herida. Advirtió que todo empezaba a darle vueltas. Cogió un paño blanco, se lo puso en el dedo y se sentó en el suelo, abatida.

Su perfecta vida se había trastocado de la noche a la mañana y sin previo aviso. Se recostó sobre sus brazos y lloró con desconsuelo. Él no se merecía ni una sola lágrima suya, pero necesitaba quitarse ese malestar que tenía dentro y lo único que la aliviaba algo era el llanto.

Escuchó que alguien tocaba en la puerta. Miró el reloj, aún faltaba más de media hora para que llegara el personal; alguien se adelantaba. Imaginó que sería Raúl; Xavi y ella eran los únicos que tenían la llave del local y los demás ignoraban que hubiera alguien dentro tan temprano.

Se enderezó, respiró hondo, se frotó los ojos y se dirigió hasta la puerta.

Efectivamente, era Raúl. Con lo que no contó fue con encontrarse nuevamente con su primo; Anna había olvidado ese detalle. De mala gana los dejó pasar.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Raúl al verle el paño con sangre envuelto en el dedo.

—No es nada, solo un pequeño corte; la sangre es muy escandalosa.

—¿Has limpiado lo que has manchado? —preguntó Pablo con ese marcado acento andaluz y mirándola con recelo.

—¡No se ha ensuciado nada! —le respondió Anna con severidad.

—Esto... Anna, ¿has estado llorando? —quiso saber Raúl.

—Raúl, no empieces otra vez. —Y otra vez, sus ojos comenzaron a escocerle. Se aguantó, no quería ser vista en su desánimo.

—Vale, vale. —Subió los brazos en señal de paz—. Anna, he hablado con Pablo; mi primo quiere pedirte disculpas y comenzar de nuevo.

—Lo siento —dijo el chico, con la mirada puesta en el suelo—. No volverá a pasar

—Pablo, ¿no? —Se acercó a él con la intención de dejar claro su cargo en el negocio—. A menos que Xavi diga lo contrario, aquí se hará lo que yo diga, ¿entendido?

—Claro como el agua.

—¿Sabes algo de catalán?

—Estoy estudiándolo, entiendo algo.

—En la ciudad de Barcelona hay mucho turista y utilizamos más el castellano, aun así, deberás defenderte con el catalán.

—No habrá problema.

—Tranquila —reiteró su vecino y compañero—. Ya lo advertí sobre eso y está estudiando.

—Dale un uniforme a tu primo. —Señaló a Pablo—. En cuanto te vistas, te pones a preparar mesas; Raúl te explicará, si no lo ha hecho ya, cómo lo hacemos.

Con una de las llaves, Anna, abrió el almacén; por medidas de seguridad, siempre estaba cerrado. Allí no solo guardaban las bebidas, vajillas y cubertería que se utilizaban en el *pub*, también estaba el frigorífico que conservaba la fruta y el baño del personal. Entró en el aseo y se fue directa al botiquín; cogió una tirita y un guante de látex y, tras ponérselo, siguió con la tarea.

Salió justo cuando Xavi entraba en el local y los chicos asomaban uniformados por el privado; los tres se encontraron casi de forma sincronizada.

—¿Tú eres el famoso primo de Raúl? —dijo Xavi a modo de presentación, con los labios ensanchados al ver a Pablo.

—Famoso no sé, pero sí, somos primos. Me llamo Pablo.

—Yo soy Xavi, el dueño de Còctels. —Lo miró de arriba abajo—. Veo que el uniforme te queda excepcional.

El traje estaba compuesto por un pantalón de pinza negro y una chaquetilla en el mismo color; con cuello mao y botones dorados. La ropa parecía hecha a medida para él y Xavi no dejaba de comérselo con los ojos mirándolo descaradamente. Notó a Pablo algo incómodo.

—Es mi talla —comentó el chico algo turbado.

—Tu primo me dijo que eras guapo, pero no que eras tan guapo. —Xavi recibió un codazo por parte de Raúl.

Los ojos de Pablo se posaron en Anna, ella dio media vuelta, se metió en la barra y siguió con los limones.

Los que faltaban, Joan y Mireia, no tardaron en llegar. Se hicieron las presentaciones de cortesía y enseguida se pusieron a trabajar.

El local no era muy grande, aunque tenía una terraza extensa que necesitaba de unos cuantos camareros. Los fines de semana (incluyendo el jueves) estaba todo el personal; lunes, martes y miércoles se aprovechaban para los descansos.

Estaba metiendo unas copas en el lavavajillas cuando Mireia la cogió por detrás y le susurró al oído.

—Anna, ¿qué te parece el nuevo? Es muy guapo.

—Y un gilipollas también —añadió poniendo cara de asco.

—¿Por qué dices eso? A mí me ha parecido encantador y ese acento del sur cuando dice algo en catalán...

—Habla mal. Me chirrían los dientes cuando escucho ese deje exagerado; es como si estuviera continuamente contando chistes.

—Eres muy rara. —Rio. Mireia siempre reía por todo.

—Ahí tienes lo que has pedido. —Le señaló una bandeja—. ¿Algo más, o solo has venido a hablar del *sevillano*?

—Es malagueño. Y sí, necesito que prepares tres cócteles con sabor a plátano.

—Tres daiquiris de plátano, marchando.

Se dio la vuelta, cogió la batidora eléctrica y fue vertiendo los distintos ingredientes que llevaba ese combinado; el truco de un buen cóctel era medir bien los componentes. De los distintos preparados que había con sabor a plátano se decantó por ese por su sencillez. Muchos de sus clientes no solían llamar a los cócteles por su nombre, simplemente utilizaban la vista, el olfato o el gusto. No era raro escuchar pedir un cóctel de un color, un olor o un sabor concreto. Aunque a Anna le fastidiaba sobremanera, ella no se complicaba.

Tras un buen batido, cogió tres copas clásicas, les marcó los bordes con azúcar en tono naranja y vertió el resultado en ellas. Metió unas pajitas de bambú en su interior y para darle un toque fresco y divertido, les colocó una tira de piel de naranja ondulada que apoyó en el borde de la copa con delicadeza. Por último, las dejó sobre una bandeja redonda de metal a la espera de que Mireia la cogiera.

3

Al día siguiente. Pablo, fiesta de bienvenida

Los chicos decidieron hacerme una fiesta de bienvenida. El *grup còctels*, como ellos se hacían llamar, por lo visto, eran algo más que simples compañeros.

Joan vivía en Sabadell, a una media hora de Barcelona por carretera. Tenía una casa adosada que, aunque no era muy grande, poseía un hermoso espacio exterior ajardinado perfecto para montar buenas juergas; y, como pude comprobar, por la organización, no era la primera que hacían. Según el *grup* me habían preparado una fiesta de bienvenida, aunque yo pensaba que solo era una buena excusa para juntarse y pasar un agradable rato.

El jardín estaba bien aprovechado: soleado, con césped, barbacoa y un insinuante *jacuzzi* de agua caliente, que usamos en cuanto llegamos. Metidos en el agua burbujeante y con una cerveza en la mano, era fácil conversar.

No soy de los que suele sacar conclusiones precipitadas de un primer encuentro, pero desde que aterricé en Barcelona y me encontré en un nuevo ambiente y entre gente desconocida, era inevitable no imaginar cómo funcionaba cada uno de los amigos y compañeros de Raúl: Joan se veía el típico amigote que estaba ahí para lo bueno y para lo malo; que jamás se achantaría por nada para defender a un amigo o a una amiga. Mireia parecía una chica muy divertida. Su voz era un poco aflautada, pero lo que más resaltaba era su expresividad; no paraba de mover su pelo rubio y ondulado, de un lado a otro al compás de sus manos y sin perder su sonrisa. Xavi, aunque por su actitud pudiera aparentar ser un tipo cachondo y bromista, en el fondo, yo lo veía serio y con los pies en la tierra. Raúl no me había confirmado nada, pero me olía que entre ellos había algo más que una simple amistad. Al igual que Joan y Mireia, me fijé en que entre ellos había demasiadas miraditas e indirectas con sarcasmo. Por otro lado, a Anna la creía una persona débil; de esas que en cuanto le trastocan su ordenada vida el mundo se les desmorona. En ese instante, solo era una joven amargada que no paraba de lamentarse. Al unido *grup còctels* había que añadir a una tal Neus que apareció algo despistada, sin saber muy bien qué bienvenida se celebraba. De esta chica, lo único que saqué en claro fue que para ella los estudios eran lo primero.

Tenía a Mireia a mi derecha y no paraba de darme manotazos en la pierna para que la atendiera mientras decía algo sobre la importancia de la crema solar. Mireia era rubia con unos ojos verdes muy bonitos.

—Nos ha dicho tu primo que no solo has pintado tu dormitorio; también te has atrevido con el suyo. —Cambió de tercio, exponiendo sus dientes blancos.

—Ha sido entre los dos.

Esa misma mañana, en cuanto nos levantamos, nos pusimos a ello. Entre los dos tardamos muy poco. Habíamos dejado todas las ventanas abiertas para que ventilara bien y pudiera utilizar su dormitorio por la noche.

—Echarás de menos a tus amigos de Málaga —comentó de pronto, Neus.

Sentí un pinchazo en el estómago. ¿Echaría de menos a mis amigos? ¿Qué amigos? Todos me dieron la espalda con lo ocurrido en Vélez. Después de escuchar a Raúl hablar de los suyos y de comprobar cómo vivían, me daba cuenta de que, realmente, nunca tuve amigos de verdad; solo fueron colegas para pasar un buen rato.

—Sí —mentí—, claro que los echaré de menos.

Mi primo no me dijo nada, pero por varios comentarios que habían hecho, entendí que el *grup* sabía, al menos, algo de mi historia.

—¿Conoces Barcelona?

—No. Nunca había estado antes aquí.

—Habrá que enseñarte la ciudad —propuso Joan—. Anna fue guía turística.

Anna, pensando en, sabe Dios qué, ni levantó la cabeza al nombrarla.

—Yo me ofrecería, pero no sé las leyendas que sabe Anna —comentó Mireia.

—No me importa —respondí al ver que Anna pasaba de todo—. No necesito conocer leyendas.

—A mí nunca me has propuesto ver Barcelona —le espetó Joan a Mireia con los ojos entrecerrados. En lo que podría parecer una broma, yo veía un trasfondo muy real.

—¡Joan!! No empieces otra vez —protestó la chica riendo.

—Lo he intentado por activa y por pasiva, pero Mireia no me quiere —me explicó encogiéndose de hombros.

Todos se echaron a reír, menos Anna, que seguía en su mundo.

—Chicos, esto sí que es vida —manifestó Raúl con la vista puesta en mí. Después, alzó su copa—. ¡Por mi primo Pablo y por su nueva vida en Barcelona!

—¡Qué palabras más bonitas! —declaró Joan riendo—. Y que sepas que vamos a hacer que esta nueva vida sea inolvidable.

Las risitas se extendieron por el *jacuzzi*; yo no vi la gracia por ningún lado, parecía ajeno a sus chistes. Anna tampoco se rio, de hecho, se puso de pie.

—Me salgo —apuntó—. El agua caliente me está mareando.

—Yo también me salgo. —La imité. No tenía ganas de seguir hablando de mí y sabía que Anna se mantendría en silencio; no podría tener mejor compañía.

Las toallas estaban tiradas en el césped. Vi que Anna había puesto su toalla justo al lado de la mía. Pensé en cambiarme de sitio, pero me pareció que era un gesto demasiado descortés y no quería seguir sumando puntos negativos con la barcelonesa. Me tumbé lo más retirado que pude, bocabajo y con la cabeza mirando al lado contrario.

El grup, plan en el jacuzzi

El *grup* aprovechó la ausencia de Pablo y Anna para poder conspirar tranquilamente.

—Creo que podemos hablar sin que nos escuchen —indicó Raúl.

Observaron de reojo a la pareja, querían comprobar, no solo la distancia que los separaba, también si estaban distraídos. Los dos estaban recostados, con los ojos cerrados, al margen de sus maquinaciones. Los cinco, se pegaron más para garantizar la intimidad que necesitaban.

—No veo que Anna muestre ni un mínimo interés por Pablo —comentó Neus.

—Es normal, ahora mismo está pasando, posiblemente, su peor momento —apuntó Xavi—. Quizás sería mejor dejarlos un poco y ver cómo evolucionan. Es demasiado pronto.

—Pues yo creo lo contrario —añadió Raúl—. En los momentos bajos es cuando uno está más vulnerable y el mejor instante para atacar.

—Vamos, que tú sigues apostando por continuar con el plan A —resumió Xavi levantando las cejas.

—¿Tú cómo ves a tu primo? ¿Realmente crees que puede encajar con Anna? —Pasaron la mirada de Joan a Raúl, esperando su respuesta.

—Sí, encajarán —afirmó con rotundidad—. No han empezado con muy buen pie... Creí que conocerse en el parque Güell sería romántico, pero todo salió mal.

—Anna estaba muy molesta con tu primo —apuntó Mireia—, no me quiso decir por qué.

—Simplificando: Pablo le dijo que no le extrañaba que Marc la hubiera dejado por otra.

—Muy delicado tu primo —manifestó Neus frunciendo el rostro.

—Fue ella la que empezó. —Lo justificó Raúl—. Anna le dijo que hablaba mal, que todos los andaluces hablaban mal.

—Muy típico de Anna cuando está de mala hostia. —Hubo unas risotadas al escuchar el comentario de Joan.

—Creo que Anna lo ve como a una amenaza. Está suplantando a Marc, su casa, su trabajo... ¿Qué esperabais? ¿Que lo recibiera con los brazos abiertos? —gruñó Neus poniendo los ojos en blanco.

—Por un lado, ella sabía de antemano que Pablo viviría conmigo y que trabajaría en Còctels, y no se opuso —les recordó Raúl—. Y, por otro, Marc no vivía en exclusividad en mi casa, oficialmente su casa siempre fue la de sus padres; y lo del trabajo... —Se echó a reír.

—No hemos notado mucha diferencia en trabajar con o sin él. Era un milagro el día que no se escaqueaba por culpa de sus «migrañas» —manifestó Joan haciendo el signo de las comillas con sus dedos.

—Pobre Anna, cómo podía estar tan ciega —dijo Xavi mirando a su amiga desde la distancia, con tristeza.

—Ella estaba o se hacía la ciega, y nosotros, callados —habló Neus—. No teníamos que haber dado lugar a que pasara tanto tiempo.

—Lo importante es que Anna ya está libre y que tiene que salir de esta. Pablo es la pieza clave —añadió Raúl con firmeza.

—Yo veo que hay química entre ellos; serán una pareja perfecta —comentó Mireia.

—Nosotros también seríamos una pareja perfecta. —Joan le guiñó un ojo a la rubia.

—Mireia, tú lo ves todo de color de rosa, eres una *flower power*. —Neus la miró con ojos críticos ignorando las palabras de Joan.

—Mi hermano se ha estado portando fatal con Anna. Quiero verla contenta y enamorada de nuevo. —La culpabilidad se palpaba en el tono de Xavi—. Pero ¿quién nos dice que Pablo no le hará lo mismo? Su historial no es precisamente un buen ejemplo.

—Te recuerdo que Pablo no tenía novia —lo defendió Raúl.

—Solo le faltaba eso —gruñó Neus.

—¿Te ha contado algo más? —lo interrogó Joan.

—No, lo que os conté; tengo que hablar con él, pero lo veo poco receptivo.
—Igual sigue pillado por esa tía —comentó Xavi—, y lo que hagamos, no sirve de nada.
—Ya os dije que en mi sueño, vi a Pablo y a Anna felices y comiendo perdices —les recordó Raúl—. Primero, ocurrió lo de Anna; y ahora, estoy convencido de que también pasará esto; terminarán juntos.
—El pitoniso Raúl habló. ¿Y no ves a Mireia terminando conmigo? —Se rio Joan.
—Pero mira que eres tonto —reprendió a su amigo—. Yo sí creo en tus sueños. —Mireia le acarició la mano a Raúl—. Ya no solo por la ruptura de Anna y Marc; recordad lo de Còctels, todo salió tal y como auguró Raúl. ¿Y lo de esta casa? Joan la compró gracias a ese sueño que tuvo. —Miró a sus amigos—. Cuando Raúl tiene uno de esos sueños, se cumplen siempre. Estoy convencida de que Anna comerá perdices al lado de Pablo.
—Sigo sin verlo. —Se encogió de hombros Neus oteando a la pareja.
—Bien, si estás tan seguro, pasará de igual manera sin que nosotros intervengamos; iremos viendo cómo evolucionan —declaró Xavi al recordar la historia de cómo nació su negocio.
—Miradlos. —Mireia los señaló, sonriendo, con la barbilla—. Ninguno de los dos ha separado la toalla.
—Sí, has tenido una idea genial, ponerlos juntitos. ¡Míralos! Los dos acurrucados y sin parar de hablar. Entre ellos hay, ¿cómo has dicho? —ironizó Neus—. ¡Química!
Más separados no podían estar. Sus cuerpos estaban casi fuera de sus toallas y con las miradas en contra. La situación no podía ser más patética.
—Yo veo bien lo que dice Xavi —declaró Mireia—. Ir viendo la evolución.
—Con algún *estímulo* puede que aceleremos el *proceso* —indicó Raúl—. Los dos están muy tocados, ¿para qué alargar el objetivo final?
—¿Entonces seguimos con el plan A? —quiso saber Joan dispuesto a hacer lo que hiciera falta.
—Pero utilicemos la sutileza, nada de pasarnos. Poco a poco —insistió Xavi.
Todos asintieron menos Neus. La miraron esperando una respuesta.
—Ya sabéis lo que opino. No voy a forzar algo en lo que no creo. Pero, no le diré nada a Anna y podéis contar conmigo como topo.
—Perfecto. Ahora bien, ¿cuál será el próximo paso? —dijo Xavi.
—El martes los dos libran —apuntó Joan haciendo una mueca con el rostro.
Los empleados de Còctels se repartían los días libres entre: lunes, martes y miércoles. Cuando Marc trabajaba en Còctels, él y Anna, descansaban el mismo día; el martes. Todo seguiría de igual manera.
—Sí, podríamos...

Por la noche.

Anna, en Còctels

Anna vertió el combinado en las dos copas, las adornó con una brocheta de frutas de varios colores y puso las pajitas de bambú. La chica echó un último vistazo para que no hubiera nada

fuera de su sitio y las colocó sobre la bandeja.

—Veo que ya están listos los dos cócteles azules —dijo Pablo mirando las copas.

—¡Blue Hawaii! —le contestó con sequedad—. Recuérdales a los clientes el nombre de los combinados.

—Tienen la costumbre de llamarlos por los colores o los sabores. —Sonrió divertido—. En Vélez es igual. Estoy convencido de que, por más que les recuerde que su nombre es Blue Hawaii, ellos seguirán pidiendo un cóctel de color azul. —Chasqueó la lengua.

Ella en cambio, puso los ojos en blanco y se dio media vuelta ignorando al chico. Si pensaba que acercándose a ella y hablándole como si se conocieran de siempre le caería mejor, no podía ir peor encaminado.

Apareció Mireia con su sonrisa crónica en los labios.

—Ponme dos *Gin-tonic* y dos cócteles con sabor a piña.

—¡¡Otra!! ¿Tan difícil es pedir dos Piña colada? —gruñó con la vista puesta en el techo.

—¿Qué te pasa? —Mireia la miró descolocada.

Es verdad que nunca antes había protestado por esas minucias que le enfadaban tanto, pero estaba rabiosa y cualquier contrariedad, por tonta que fuera, era buena para estallar.

—Nada.

Mireia se fue cabizbaja y Anna se sintió la peor persona del mundo. Unas enormes ganas de llorar la invadieron, pero se aguantó. No podía estar todo el día llorando por las esquinas por su nefasta situación. Otra vez le vino a la cabeza Marc: su sonrisa, su pelo... Cuánto lo echaba de menos. ¿Qué estaría haciendo en Italia? Más concretamente en Monza. Xavi confirmó sus sospechas sobre el nuevo paradero de Marc, después de muchas súplicas. Tampoco fue difícil suponer dónde se encontraba; sus padres tenían allí una fábrica de textil y Marc, a diferencia de su hermano, no destacaba precisamente por su capacidad emprendedora.

—Anna, cuando puedas ve con Raúl al almacén, te necesita para sacar más fruta —le mandó Xavi.

En cuanto Anna terminó la comanda que le había pedido Mireia se fue directa al almacén. Allí estaba Raúl, con las puertas del frigorífico abiertas, la cesta en las manos y mirando en el interior:

—Me ha dicho Xavi que coja un poco de todo.

—A ver lo que llevas cogido. —Miró dentro de la cesta—. Las fresas están algo maduras, ponlas arriba, si no, se van a aplastar.

—¿Anna?

—Dime.

—Necesito que me hagas un gran favor —pidió Raúl con las cejas en gesto de súplica.

—Lo que quieras.

Raúl no solo era su vecino y compañero de trabajo, también era su mejor amigo y siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Desde que sucedió lo de Marc, estaba muy pendiente de ella. Se estaba portando de forma inmejorable. Además, entre él y Xavi, en tiempo récord, hicieron desaparecer a Marc para evitar una batalla campal. En poco más de una semana habían pasado tantas cosas, que le costaba mucho asimilarlo todo. Se encontraba en una situación insostenible, necesitaba encaminar su vida; y, no solo por ella, sobre todo por los amigos que se desvivían por que estuviera bien.

—A mi primo... —titubeó. Señal que alarmó a Anna—, le encanta leer y me gustaría que, aprovechando que el martes los dos tenéis libre, lo llesves a la Biblioteca para hacerle el carnet. Ya de paso, le enseñas el barrio Gótico.

—¿Por qué no lo llevas tú?

—Mañana estaré todo el día en Andorra con Xavi y el martes tenemos el día complicado. Por la mañana van a traer los muebles que Pablo compró para la habitación y estaremos liados. Además, no conoce la ciudad y como fuiste guía, ¿quién mejor que tú para mostrársela y contarle cuatro historias de esas que tú sabes? Lo llevas a la Biblioteca y de camino le enseñas el barrio Gótico que tenía ganas de conocerlo.

—El martes quería ir a pintar la torre Bellesguard y pasar el día por los alrededores.

—Vas otro día.

—Raúl, no soporto a tu primo. Y siempre terminamos como el perro y el gato.

—¡Lo viste por primera vez ayer! En tan poco tiempo es imposible saber si te cae bien o mal. Los dos estáis pasando por circunstancias complicadas, pero estoy seguro de que cuando os conozcáis de verdad, os caeréis bien.

—Es que no quiero conocerlo. No me apetece conocer a nadie.

—Es mi primo, va a vivir conmigo y trabaja con nosotros; no tienes opción, vas a conocerlo.

Un remolino de tristeza le recorrió el estómago. No puso ninguna pega cuando Raúl le explicó los planes que tenía para su primo. Aun así, Anna no podía evitar creer que era Marc el que tenía que estar viviendo con Raúl. Era Marc el que tenía que estar trabajando con ellos. Y, era Marc el que tenía que disfrutar, junto a ella, de su martes libre. ¿Por qué la había engañado?

—Raúl... —fue a protestar.

—Anna, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—Mucho. —Su voz apenas sonó.

—Pues en ese «mucho» nunca te he pedido un favor. Hazlo por mí; eres una guía brutal y necesito que te lleves bien con Pablo. ¿Por qué no haces un pequeño esfuerzo por mí?

4

Dos días después. Anna, por las calles de Barcelona.

Anna, cogió su bloc de dibujo y repasó lo pintado esa mañana, la Venus de la Ciudadela.

Al final cedió y cambió el plan que tenía para ese día. Se fue al parque de la Ciudadela para plasmar su Venus en el bloc. Esa figura la había dibujado en infinidad de ocasiones, pero desde diferentes posiciones y con distintos puntos de luz. No era igual ver la misma escultura a una determinada hora o estación del año; la luz y el color variaban notablemente. Y eso era lo que más le gustaba a Anna, ver esos cambios que *a priori* podrían pasar desapercibidos o simplemente no llamaban la atención, pero que para ella, eran una curiosidad saciada.

Cerró el bloc y lo metió en su mochila. La pintura era lo único que la desconectaba totalmente de su vida sin Marc.

Al final accedió a la propuesta de Raúl, aunque tampoco tuvo más opciones; su amigo estuvo un buen rato sin aceptar una negativa por respuesta, hasta que ya harta de tanta insistencia, no le quedó otra que pasar por el aro.

La Biblioteca Nacional de Cataluña era para ella un lugar muy especial. Estaba cerca de su casa y no era raro verla por allí, distraída con sus lápices y libretas. Por eso le fastidiaba, no solo el hecho de tener que cargar con el *sevillano*, también tener que descubrirle uno de sus rincones favoritos.

Ese antiguo edificio y sus aledaños la tenían enamorada. No había que decir que el interior de la Biblioteca era un lugar particular por su contenido histórico. Los jardines de los alrededores del recinto, en conjunto con lo que fue el antiguo Hospital de la Santa Cruz, le daban tal toque espiritual y tranquilo que, siempre que Anna lo visitaba, su alma quedaba plácida de forma casi paranormal. Se sentaba en el suelo, en alguna esquina del patio mientras pintaba una ventana, un árbol o un arco, y se imaginaba historias que pudieron tener lugar en los años grandes de aquel importante edificio y sus cercanías.

Tocaron a la puerta. Miró el reloj, las cuatro de la tarde; Pablo parecía ser puntual.

—Hola —lo saludó mecánicamente cuando le abrió y se encontró cara a cara con él.

Lo observó con curiosidad, hasta el momento no se había fijado en él y Mireia y Xavi no paraban de decir que era muy guapo. Estaba claro que los dos exageraban, tampoco era nada del otro mundo: moreno, ojos oscuros, una constitución algo atlética... Un chico del montón. Tenía los ojos hundidos y unas enormes ojeras. Eso le hizo preguntarse, ¿qué habría hecho para terminar en Barcelona? La pregunta se desvaneció en cuanto escuchó ese deje meloso que tenían los andaluces y que a ella le chirriaba tanto.

—Hola. Cuando tú quieras, nos vamos.

—Un segundo, cojo la mochila.

Entró de nuevo, mientras él se quedaba en la puerta, se colgó la mochila en la espalda y

salió.

—Me ha dicho mi primo que me vas a llevar a la Biblioteca para sacarme el carnet de socio.

—Biblioteca Nacional de Cataluña —especificó—. ¿Llevas el DNI encima?

—Sí.

—Bien, pues vamos.

Pronto salieron del Born y se adentraron en el barrio Gótico, el núcleo más antiguo de la ciudad. A Anna, al principio le costó meterse en el papel de guía turística y explicar lo que iban viendo, pero pasado un tiempo, se relajó y se dejó llevar por aquella otra afición que, ligada a la pintura, le encantaba: «Barcelona y sus historias». El Museo de Historia de Barcelona, la plaza de Sant Jaume, la Basílica de Santa María del Pino... Todas tenían algo. Agradeció que se mantuviera callado, escuchando, o no, lo que ella relataba:

—La Basílica de Santa María del Pino. —Señaló con la mirada la gran extensión del antiguo edificio—. Esta basílica es de estilo gótico y fue construida entre los años 1319 y 1391. Aunque, tras haber vivido guerras y terremotos, ha pasado por muchas reconstrucciones. Se cuenta que su nombre se debe a que la imagen de su Virgen apareció en el tronco de un pino. Ese pino se colocó en honor a la Virgen. —Apuntó con su dedo el árbol que presidía la plaza—. Pero este no fue el primero. En 1568 se plantó uno que murió en 1802. Cuenta la leyenda que un soldado le clavó su bayoneta en el tronco y lo mató.

Muchas de esas narraciones, eran cuentos que su padre les contó a su hermana Montse y a ella siendo pequeñas. Rememoraba con nostalgia aquellos paseos con su progenitor cuando viajaban a la capital y la única preocupación que tenía era sacar buenas notas en el colegio.

Una hora después, llegaron a la Biblioteca Nacional de Cataluña. El sitio era maravilloso y él pareció apreciarlo. Sus ojos recorrían cada rincón con una sonrisa claramente colmada de admiración.

—Este sitio me transmite paz —habló por primera vez desde que salieron del barrio del Born. Lo vio cerrar los ojos y respirar hondo, llenándose los pulmones del aire del lugar.

—Es mágico, ¿verdad? —contestó ella en un susurro, contemplando lo que el embrujo del sitio causaba al chico.

—Casi puedo palparlo —manifestó, aún con los ojos cerrados.

Abrió los parpados y se encontró con la mirada de ella. Anna retiró la vista con brusquedad, avergonzada por la pillada.

—¡Entremos! —dijo en un tono seco—. Vamos a hacerte el carnet.

Antes de entrar (dentro no podían hablar) le relató la historia del edificio; anteriormente, esa parte de la Biblioteca fue un antiguo hospital gótico, y aún, en su interior, guardaba muchos de los tesoros de antaño.

Ya dentro, Pablo se quedó literalmente con la boca abierta. Y no era para menos, la historia de ese viejo edificio del medievo mezclado con las estanterías llenas de libros, resultaba una fusión en perfecta armonía. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al pensar lo que el chico estaba sintiendo con ese primer contacto. Sus ojos maravillados se posaron en Anna, le estaba agradeciendo que le descubriera el lugar.

Por la noche.

Pablo, en casa

Cuando cerré la puerta de la casa, me fui directo al sofá y me tiré en él; estaba agotado. Miré el reloj, las diez, y aún no había cenado. Anna no había querido parar a comer y yo no quise insistir. Desde lo ocurrido en el parque Güell temía decir alguna otra bestialidad. Por otro lado, por lo poco que hablé con ella, tuve la sensación de que su mirada me censuraba; estaba claro que todo lo que decía para ella estaba mal.

Accedí a tenerla de guía porque Raúl me lo pidió como un favor personal. Anna estaba pasando un mal momento y había que entretenerla como fuera. Mi primo me contó que fue guía y que le encantaba ese trabajo. Me aseguró que, a pesar de su desanimo, me enseñaría la ciudad de buen grado.

Lo de «de buen grado» solo fueron palabras que quedaron en el aire. La chica parecía estar rabiosa con todo. Eso sí, pude comprobar que realmente, ser guía le gustaba.

Hicimos un gran recorrido por todo el barrio Gótico y nuestro barrio, el Born. Terminamos nuestra visita en la Basílica de Santa María del Mar. Cada paraje que me revelaba, me dejaba más y más cautivado; y todo gracias a ella. Sería una amargada con mal genio, pero había que reconocer que, de igual modo, era una excelente guía. Por cada una de las zonas que pasamos, me contaba una historia que me hacía cambiar la visión de ese lugar. Me narró leyendas, anécdotas, relatos reales... Me mostró detalles en los que, a simple vista, nunca me habría fijado. Me hablaba de luces, de volúmenes, de colores, de líneas... palabras ligadas a la arquitectura, que me llamaban poderosamente la atención y que me dejaban totalmente fascinado.

Solo nos paramos unos minutos a merendar algo. Al pasar por La Boquería, compramos ella un vaso de macedonia de fruta y yo un zumo de mango; nos sentamos en unos taburetes del mercado. En ese espacio de tiempo, e intuyendo que no iba a proporcionarle conversación, no se cortó en sacar su bloc y sus colores; se puso a dibujar; ignorándome por completo. Creo que lo que pintaba (obviamente no pude ver nada de su obra. Imaginé que era uno de los puestos de fruta que allí había) claramente le interesaba más que yo.

Me levanté del sofá dispuesto a hacerme un sándwich. Mientras me preparaba la cena, escuché la cisterna del váter de Anna. Golpeé varias veces en la pared para avisarla, pero la chica no parecía entender mi señal.

Con el sándwich en la mano y dándole mordiscos me fui hacia su vivienda. Toqué en la puerta; nada. Volví a tocar con más insistencia; nada. Empecé a ponerme nervioso. Tenía el móvil en el bolsillo y no dudé en llamar a Raúl; tampoco me respondió. En el trabajo, todos dejábamos los aparatos en el privado. Maldije no tener grabado el número fijo del *pub*. Volví a aporrear varias veces la madera; pero nada. Me puse a buscar en internet el número de teléfono de Còctels, sin dejar de sacudir la puerta con el pie.

—¿Pero a ti qué te pasa, eres gilipollas o qué?! —me gritó Anna, en las narices. Tenía el cuerpo envuelto en una pequeña toalla verde y el pelo mojado goteaba sus hombros.

Me quedé mudo. Las persistentes palabras de Xavi y Raúl, de que Anna no lo estaba pasando bien y los propios actos de la chica, me habían calado más de lo que pensaba. Todo ese tiempo que transcurrió sin abrir la puerta, en mi cabeza no paraba de repetirse un comentario de

Xavi «temían dejarla sola y que hiciera alguna estupidez». Al ver que no salía, pensé que... Mi corazón latía acelerado.

—Perdona. No me abrías. No sabía... —tartamudeé nervioso sin saber qué decir

—Me estaba duchando.

—Perdona. —Me di media vuelta para desaparecer de allí cuanto antes.

—¡Pablo! —me llamó. Me giré cabizbajo, incapaz de mirarla—. ¿Qué querías?

—¡Ah! —Con el susto ya ni me acordaba de eso—. La cisterna se ha vuelto a quedar pillada.

5

Cuatro días después

El grup; reunión antes de la apertura de Còctels

Xavi metió la llave en la cerradura y confirmó que Anna aún no había llegado. Últimamente tenía la costumbre de llegar mucho antes al *pub* y, aunque Raúl había asegurado que los llevaría a Còctels puntualmente, para no ser pillados *in fraganti*, no se fiaba.

Cuando entró, Joan y Mireia lo hicieron tras él; volvió a cerrar la puerta.

—¿Por qué no hemos quedado en otro lugar? Nos pueden sorprender —comentó Joan.

—Raúl se va a encargar de que lleguen a su hora, ni antes ni después. Aquí estamos seguros. Si hay algún contratiempo, nos avisará —manifestó Xavi.

—Si tú lo dices... ¿Por dónde empezamos? —quiso saber Joan sin dilación.

Mireia sacó su libreta y con una risita la señaló.

—Aquí lo tengo.

—¿Qué has apuntado? —preguntó Xavi.

—Lo que les gusta a cada uno —indicó la chica.

—¡Lee, guapa! —le instó Joan guiñándole un ojo.

—Pablo, dos puntos. Es un cocinitas, es meticulado, le gusta ver pelis y los edificios y monumentos. —Cogió aire—. Y, Anna, dos puntos...

—¿Por qué lees los dos puntos? —la cortó Joan—. Se sobrentiende que están ahí.

—Quiero que quede claro que voy a decir una serie de cosas de esa persona —se defendió la chica.

—Sabemos que vas a decir una serie d...

—¡Yaaaaa! —Xavi zanjó la absurda disputa—. El tiempo pasa, tictac, tictac, tictac. Sigue con la lectura y dejad la gramática para otra ocasión.

—Sigo. Anna, dos puntos. —Joan le dio un codazo y ella le contestó con una sonrisa y sacándole la lengua—. Le gusta pintar; es defensora de los animales, le gusta la historia, el gazpacho y la playa.

—No veo nada en común. ¿Alguna idea? Raúl me ha dicho que busquemos algo —habló Xavi—, y yo especificaría, algo... INOCENTE.

—Podemos quedar todos para ir al cine o a un teatro y no ir. Por supuesto, avisamos cuando Anna y Pablo ya estén dentro, así no se pueden echar atrás —sugirió Mireia.

—Eso está muy manido —dijo Xavi.

—También podemos emborracharlos y encerrarlos en algún sitio —apuntó Joan.

—Y eso de inocente tiene poco. Les queremos dar *pequeños estímulos*, eso es pasarse tres pueblos —manifestó Xavi.

—¿Y que trabajen juntos en la barra? —preguntó Mireia.
—Anna no va a querer —negó Xavi.
—Que lo pinte desnudo. —Al ver la cara de sus amigos, Joan dio otra idea distinta—. Que tengan que utilizar tu moto. Puede que con el acercamiento haya tocamientos.
—No creo que sea buena idea que, por ahora, haya contacto físico —comentó Xavi sin convencerle nada de lo que sus amigos proponían.
—¿Y ponerlos a que cocinen juntos? —La idea vino de Joan.
—No lo veo. A Anna la cocina se le da fatal —volvió a dudar el dueño de Còctels—. Acordaros aquella vez que invitó a cenar a ese amigo raro de Marc.
—Hizo una tortilla de patatas con extra de sal. —Rio Mireia divertida al recordar la anécdota; estuvieron meses recordándola.
—Sí, sal con un poco de tortilla, diría yo. —Xavi tuvo «el placer» de estar presente y de comerla.
—Y para colmo, el amigo raro de Marc, no tomaba sal. —Joan dio una carcajada—. Me hubiera gustado ver los dos lagrimones que le tuvieron que salir al tipo cuando la cató.
—Lagrimones y tos, mucha tos —recordó Xavi—. Pero, no nos desviemos del tema. Vamos a pensar.
—Nada de lo que decimos te parece bien. Propón tú —lo acusó Joan.
—Necesitamos algo inocente, algo que no implique mucho contacto físico entre ellos, pero que les llegue al corazoncito.
—¡Que Pablo salve a un perro delante de Anna! Seguro que se le mojan las bragas viéndolo hacerle el boca a boca a un perro moribundo.
—¡Qué bruto eres, Joan! —Xavi puso cara de asco—. Eso no nos vale; otra cosa.
—¿Obligarlos a ver una puesta de sol en la playa? Eso es muy romántico —dijo Mireia.
—Cuando quieras te llevo a ver una puesta de sol, preciosa. —Le sonrió Joan.
—¡Joan! —lo amonestó Xavi—. No sé cómo podríamos obligarlos a ver una puesta de sol.
—Los podemos maniatar para que se dejen —añadió Joan dando otra carcajada.
—¿No se nos va a ocurrir algo bueno? ¿Algo inocente, creativo, que no implique peligro y que a los dos les llegue a la patata? —Los miró esperando una respuesta.
Los tres se quedaron pensados, pero fue el propio Xavi el que rompió la meditación al cabo de unos largos minutos. Sonrió a sus compañeros con la mirada llena de emoción.
—¡¡Lo tengo!!

Unas horas después.

Pablo, en Còctels

La semana pasó rápida y sin tener noticias de Vélez. No es que me sorprendiera, pero tenía la esperanza de que, por lo menos, mi madre llamara para preguntar por mí; no fue así. Aunque me esforzaba en comprender que todos necesitábamos tiempo, mi mente no lo terminaba de aceptar, no era tan sencillo.

En Barcelona, todo parecía ir por buen camino, el cambio de aires me estaba sentando bien.

En la casa con mi primo, perfecto; me adapté pronto a mi trabajo, con el idioma incluido, entre otras cosas, gracias al ambiente que se respiraba en Còctels. Los chicos me lo ponían muy fácil; todos, menos Anna.

No volvimos a hablar nada de lo ocurrido el martes por la noche, yo lo agradecí; pero en el trabajo, me metía mucha presión. No paraba de criticar mi forma de atender; mi forma de pedir; mi forma de hablar el catalán, mi forma de sonreír... todo lo que hacía estaba mal para ella. Los chicos, siempre buscaban una buena excusa a su amarga actitud. Por mi parte, intentaba evitarla todo lo posible, pero cuando no tenía más remedio y me decía alguna necedad, en más de una ocasión, le contesté de malas maneras. Realmente esperaba, como aseguraban los chicos, que pasara el insoportable duelo y me dejara en paz de una puñetera vez.

Ese sábado llegamos al *pub* los tres juntos (Anna, Raúl y yo). La primera vez que lo hacíamos y creo que la última. Lo que debería haber sido un agradable paseo hasta el trabajo, discurrió en una auténtica batalla campal. A dos comentarios que hice, ella respondió, sin venir a cuento, con aire altanero y maleducado. Por supuesto yo no me pude callar y, una vez más, fue Raúl el que tuvo que mediar entre los dos.

Fue un alivio cuando llegamos al *pub*. Los demás ya estaban allí, preparando las mesas y solo tuve que ponerme bien lejos de ella y hacer mi trabajo.

La noche empezó con movimiento. Los últimos días los protagonistas habían sido la llovizna y los fuertes vientos; sin embargo, ese sábado se despertó especialmente iluminado. Hacía frío, pero el sol y esas tardes que se iban alargando cada día más, nos recordaban que pronto llegaría el verano, y eso animaba.

Disfrutaba de aquello. El adaptarme al trabajo sin problemas, correr de un lado para otro llevando copas, ver a la gente contenta... me trasmitía energía positiva; de esa que yo necesitaba en cantidades industriales.

Llegué a la barra y pedí a Xavi:

—Necesito: dos cervezas, un cóctel verde y azul, otro con sabor a frutas del bosque y un Martini seco.

—Marchando, dos cañas, un Príncipe Azul, un Raspberry y un Martini seco —repitió Xavi poniéndose rápidamente a preparar el pedido.

Vi que una pareja se sentaba en una mesa en la que aún quedaban los restos de la anterior clientela y me acerqué para quitar y limpiar todo.

—Ahora mismo los atiendo —les dije en catalán con una gran sonrisa que ellos me devolvieron.

Al darme media vuelta, me di de bruces contra una Mireia que me enseñaba los dientes de forma exagerada. Me sobresalté del susto que recibí.

—¡Joder, Mireia! Me has asustado.

—Anna me ha dado esto para ti. —Me entregó una hoja de papel doblada.

La cogí con recelo. Miré hacia la barra buscando a Anna, pero no la vi; en su lugar estaba Joan. Me encogí de hombros y desdoble el papel.

Perdona por lo de antes.

Volví a mirar hacia la barra. No estaba, allí seguía Joan. ¿A qué venía eso ahora, después de los bramidos que me había dado? Mireia se acercó a mí en cuanto se percató de que lo había leído.

—Contéstale —me animó, moviendo sus largas pestañas.

En la misma hoja añadí con mi boli:

Disculpas aceptadas.

Después seguí con mi trabajo, como si nada. No habían pasado ni cinco minutos, cuando de nuevo apareció Mireia con el papel. No me dijo nada, solo me lo puso en las manos.

¿Qué tengo que hacer para caerte bien?

Ojeé otra vez la barra donde se suponía que debía estar Anna. Allí solo estaban Xavi y Joan. Busqué a Mireia y cuando la localicé me acerqué y en el oído le pregunté por su amiga: me dijo que se encontraba en el almacén. Pensé en ir hasta allí y decirle un par de cosas, pero Mireia me observaba con ojos de cordero degollado; señaló la hoja para que contestara. Con un resoplido apunté:

Si me ignoraras, me caerías fenomenal.

Le di el estúpido papel esperando que con aquello fuera suficiente. Por supuesto no fue así. Una vez más, Mireia apareció con esa sonrisa que lo iluminaba todo, entregándome la misiva. La leí. Volví a mirar a la chica un poco alucinado; ella esperaba impaciente mi contestación.

—Anna está esperando que le contestes.

Puse los ojos en blanco y volví a leer:

Si ponemos un poco de nuestra parte, igual podemos ser amigos.

Cogí el boli y apunté con ligereza.

Estoy intentando trabajar. Esto es infantil y estúpido. Déjame en paz.

Le entregué la nota con brusquedad y seguí a lo mío. Creí que con aquello todo había quedado zanjado, pero no. Esta vez, Mireia tardó en aparecer, y lo hizo con cara triste; me entregó el nuevo mensaje. De un manotazo lo atrapé.

Estoy pasando por un momento complicado, perdona si me pongo borde, yo no soy así. No te molesto más :C

Si esperaba que siguiera con el juego, lo llevaba claro. Si quería llevarse bien conmigo, lo único que tenía que hacer era portarse como una persona normal y no como una niña caprichosa y de mal genio. Miré hacia la barra y la vi, sus ojos estaban puestos en mí, y su cara reflejaba... ¿asco? ¡¡Encima!! Me giré y seguí a lo mío.

Anna, en Còctels

Preparaba un pedido cuando Xavi se puso a su lado.

—Te veo mejor, más animada.

—Si tú lo dices —murmuró Anna sin dejar de moverse de un lado a otro.

—Oye, necesito que rellenes el cofre de pinchos, acércate al almacén, por favor.

—¿Pinchos? Había muchos. —Anna los había utilizado hacía un rato y recordaba que, el cofre de metal labrado en el que se guardaban los pinchos, estaba prácticamente lleno.

—Se han ido gastando y... —Se encogió de hombros—. Por favor.

—Voy.

Se fue al almacén con el cofre vacío debajo del brazo, lo dejó sobre una de las estanterías y se acercó al lugar donde colocaban la caja de pinchos. Estaba en un sitio alto, pero poniéndose de puntillas la bajaba sin problema. Y así lo hizo, con destreza la cogió y tiró de ella con cuidado; en cuanto quedó libre de la estantería, el fondo de la caja cedió y los cientos de paquetes de palos

de madera, quedaron esparcidos por todo el suelo. Anna dio un bufido de fastidio, pero sin molestarse en recogerlos, relleno el cofre y con él, fue hasta Xavi.

—Xavi, aquí los dejo.

—Gracias.

—Cuando he ido a coger la caja, el fondo se ha abierto y se han derramado todos los paquetes por el suelo. En el cierre los recojo.

—¡Ah! Perfecto.

Anna siguió con los pedidos. Al cabo de media hora nuevamente se le acercó Xavi.

—Se están acabando las pajitas, ¿puedes ir al almacén? —Le puso ojitos.

—Pero si hace un momento... —Xavi le puso el dedo en la boca para callarla.

—Se han gastado. —Se encogió de hombros.

Por segunda vez en la tarde, al coger la caja de las pajitas, el fondo de la caja se abrió dejando todo tirado por el suelo, otra vez. Los paquetes de pajitas se mezclaban con los de pinchos.

—Esto no me puede estar pasando a mí. Esto no me puede estar pasando a mí —repitió mirando el estropicio, sin dar crédito a lo que veía.

Salió con un paquete de pajitas en la mano; cuando Xavi vio la cara de Anna, le sonrió.

—No me digas que las has tirado —apuntó divertido.

—Todas. Por el suelo —respondió con la voz afligida.

—No te preocupes. Ve dentro y recógelo todo, yo me quedo aquí.

—Hay mucha gente, no puedo dejarte solo en la barra.

—¡Joan!! —Enseguida llegó el chico—. Te necesito en la barra.

En cuanto Joan ocupó su lugar, Anna, agachando la cabeza, se metió en el almacén.

Sin perder tiempo, cogió un rollo de celo transparente y pegó el fondo de una de las cajas. Cuando comprobó que estaba fuerte, agarró el otro cartón.

—Te estaba buscando. —Raúl entró en el almacén—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Las cajas cedieron. —Antes de que preguntara, Anna se adelantó—. Sí, las dos. Tengo una suerte... Igual debería echar un Euromillón —se dijo soltando una carcajada que poco tenía de divertida.

—Anna, esto... mi primo me ha dicho que te dé esta nota.

—¿Qué es? —preguntó mientras la sujetaba.

—No sé. Léelo.

Perdona por lo de antes.

Leyó en voz alta. Después, miró a Raúl.

—¿Qué coño significa esto? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Está claro; se está disculpando por lo de antes.

Le entregó el papel y siguió preparando la segunda caja.

—¿No vas a contestarle? —la interrumpió.

—Pues mira, sí. Le voy a contestar.

Se sacó el boli del bolsillo y escribió:

¡Gilipollas!

Sin llegar a enseñarle la respuesta a Raúl, dobló el papel y se lo devolvió.

—Toma, dáselo. —Le guiñó un ojo.

Raúl se fue, pero no tardó en regresar con la hoja en la mano. No dijo nada, se la entregó y esperó paciente a que la leyera.

¿Qué tengo que hacer para caerte bien?

Cogió el boli y contestó a la pregunta sin titubear:

Desaparecer de mi vista. ¡Gilipollas!

Le dio el papel y siguió a lo suyo. No habían pasado ni dos minutos cuando, otra vez estaba allí Raúl y con un nuevo mensaje. Atrapó rabiosa el papel y leyó en falsete de forma teatral.

Si ponemos un poco de nuestra parte, igual podemos ser amigos.

Miró al mensajero y este le señaló el papel. Volvió a escribir:

¡Vete a la mierda! ¡Gilipollas!

—Pablo quiere ser tu amigo. —Sonrió—. ¿Y tú qué dices?

—Que se vaya a la mierda.

Raúl, muy serio, atrapó la nota de un manotazo y volvió a dejarla sola.

Esta vez tardó un poco más en aparecer por la puerta, Anna tenía casi todo recogido.

—¿Me traes otro mensajito? —le dijo cabreada.

Raúl, en silencio, se encogió de hombros y le dio la carta.

Estoy pasando por un momento complicado, perdona si me pongo borde, yo no soy así.
No te molesto más :C

Anna dio un gran suspiro y delante de la cara de Raúl rompió el papel en pedazos pequeños y los lanzó por el aire.

—¡Hala! Mira qué me importa a mí que esté pasando un momento complicado.

Raúl no dijo nada, salió del almacén cabizbajo. Entonces fue cuando Anna se dio cuenta de lo mal que lo había hecho. Después de cómo se estaba portando Raúl con ella... Se sintió fatal. Se dejó caer en el suelo y miró a su alrededor: ¿Tanto le costaba hacer un pequeño esfuerzo y llevarse... tolerar al *sevillano*? Lo intentaría, pondría un poco de su parte. Respiró hondo y terminó de arreglar el estrago que había causado. Anna suspiró profundamente al poner la última caja en la estantería.

Cuando salió del almacén y se fue a la barra, buscó con su mirada a Pablo. En cuanto lo localizó, él levantó sus ojos y los posó en los de ella. ¿Cómo iba a hacer para soportarlo?

6

Diez días después. Pablo, en casa con Raúl

Miré el teléfono y comprobé, una vez más, que mi familia no quería saber de mí. Casi veinte días en los que no había tenido ningún contacto, ni siquiera con Rocío. Mi hermana me contestó con un escueto mensaje de ánimo cuando le escribí el día de mi llegada y, hasta el momento, nada.

Sin dejar de mirar la pantalla y con mil dudas, terminé por mandarle un wasap a Rocío. Le pregunté por mi familia y le indiqué que yo seguía adaptándome en Barcelona.

Cuando Raúl entró en el salón y me vio con el móvil en la mano se le ensombreció el rostro.

—¿No estarás hablando con Tesa?

—No, ni loco.

—No quiero tener a tu hermano tocando en la puerta para partirme las piernas.

Hasta el momento, Raúl, había respetado mi silencio sobre lo ocurrido en Vélez; la tregua al «tema tabú» había expirado.

—No vendrá. Si no lo hizo en Vélez que me tenía a tiro de piedra, no se desplazará a casi mil kilómetros de distancia.

—¿Por qué lo hiciste?

—No quiero recordarlo, Raúl. Me he quitado de en medio como querían y ahora son ellos los que tienen que arreglar las cosas.

—Arreglar lo que tú has roto —me increpó. Aquello me dolió.

—¡No sabes nada de lo que ocurrió! —dije con los dientes apretados.

—Sé lo suficiente —manifestó serio. Nunca había visto a Raúl con el rostro tan grave—. Vuestro amor fue un enamoramiento de niños. ¿Cuántos años teníais Tesa y tú? ¿Doce, trece, catorce...? —Suspiró—. Fran y Tesa, en cambio, se conocieron de adultos y, como adultos, decidieron unirse y tener una hija. Nunca debiste meterte en medio. Por mucha nostalgia que tuvieras.

—No sabes nada —repetí, moviendo la cabeza de un lado a otro, harto de escuchar aquellas absurdas palabras.

Nadie parecía querer escucharme y terminé por agachar la cabeza y recibir todos los palos que me daban. Jamás se me hubiera ocurrido inmiscuirme en aquella relación, ni siquiera si mis sentimientos hubiesen sido otros. A la mente me vino la vez en la que, toda mi familia, pasamos juntos un fin de semana en la casa de campo de mis padres. Aprovechando que mi hermano estaba como una cuba, Tesa se metió en mi cama, desnuda. No pasó nada, la eché de allí casi de forma violenta. Creí que ahí terminarían sus intentos de liarme, pero me equivoqué. Tras esa primera prueba, procuré estar más avisado. Llegué a poner un cerrojo en mi habitación, no me

acercaba a ella, no me quedaba a solas con ella; esquivaba sus ataques como podía. Pero, como a Tesa se le metiera algo en la cabeza... no paraba hasta conseguirlo; y lo consiguió.

Aquella noche, en una fiesta con mis colegas y mi hermano cogimos una buena cogorza. No sé cómo llegamos a su casa y, ni mucho menos cómo acabé en la cama de mi hermano con su mujer. Por la mañana, cuando mi hermano nos vio, ella se defendió diciendo que había creído que era Fran. Cuando mi hermano escuchó la versión de su mujer, no solo la creyó, también me acusó de violador y la cosa se puso realmente fea. Fue «gracias» a Tesa que no terminara en la cárcel; lo convenció para que no me acusara a la Guardia Civil. No hubo denuncia, pero sí el desprecio de toda mi familia y de mis amigos; no sabía qué era peor.

—Espero que hayas aprendido la lección y no vuelvas a tropezar dos veces con la misma piedra —me aconsejó.

—He aprendido la lección.

—¿Pablo? ¿La quieres... quieres a Tesa?

Me dieron ganas de reírme, pero me parecía un tema demasiado delicado para carcajearme delante de Raúl.

Cuando empezamos a jugar al amor en el instituto con trece años, todo se veía distinto: novedoso e ilusionante. Ella era inocente, como yo. Lo último que recordaba de Tesa era que desapareció antes de terminar el curso. Tras casi una década sin saber nada de ella, apareció convertida en mi cuñada; y Tesa ya no era la dulce niña que recordaba, era una auténtica depredadora sin escrúpulos y yo, un pardillo.

—Raúl, nunca la quise.

—¿Entonces...? —preguntó aturdido.

—Es una arpía —le confesé con los puños apretados—. Es la peor persona con la que me he topado.

—No entiendo, entonces por qué...

—Solo me arrepiento de haber bajado la guardia —declaré—, pero lamentablemente no puedo cambiar nada.

Raúl quedó callado, mirándome pensativo.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —Ahora sí me reí.

—No —le dije con firmeza.

—Lo dices muy convencido, ¿cómo lo sabes? —me preguntó.

—Si alguna vez lo estoy, lo sabré —afirmé con seguridad.

—No creas que es tan fácil de descubrir. Se pasa por varias fases —me confesó Raúl.

—¿Lo dices por experiencia?

—Sí. —Sonrió—. He pasado por varias confirmaciones y por miles de dudas.

—Ahora, ¿por cuál andas? —lo interrogué divertido. Me gustó la vuelta que dio nuestro diálogo.

—Dudas, dudas y más dudas. —Me sacó la lengua.

—¿Xavi?

—¿Tanto se nos nota? —Levanté las cejas en señal de evidencia—. ¿Y qué opinas?

—No lo dejes escapar, se ve un buen tío.

—No como su hermano. —Puso los ojos en blanco.

—¿Su hermano? —pregunté sin entender nada.

—Xavi es hermano de Marc, ¿no lo sabías?

—No. —Me quedé pensativo—. Y por lo que veo, Xavi se lleva mejor con Anna que con su propio hermano.

—Marc tiene una visión distinta a la de su hermano: chocan mucho; y si lo aguantaba, era por Anna. —Dio otro hondo suspiro—. Cambiemos de tema. Y ahora bien, sé que hoy es tu día libre y que te habíamos prometido llevarte al Museo Nacional de Arte en Montjuïc y al Pueblo Español, pero...

Pablo, en el Museo Nacional de Arte de Cataluña (Montjuïc)

—¿Me estás diciendo que te acaba de mandar un mensaje Mireia diciendo que tampoco puede venir? —Le pregunté alucinado a Anna, que me miraba con cara de confusión.

El *grup* llevaba varios días planeando llevarme al Museo Nacional de Arte de Cataluña y al Pueblo Español. Días en los que, con extrema ilusión, no paraban de maquinarse lo que haríamos. Hasta Neus iba a dejar de estudiar para venir; fue cuando me enteré de que quería opositar. Por eso mismo, cuando Anna y yo nos encontramos solos, con nuestras entradas en la mano en la puerta del gran museo, no dejábamos de mirarnos sin entender qué había pasado.

Justo antes de salir, Raúl me dijo que lo perdonara a él y a Xavi porque al final no podrían ir. Un amigo al que llevaba años sin ver, iba a pasar ese día en Barcelona y quería presentarle a Xavi. Aunque no me gustaba la idea de salir del bloque solo con Anna, no dije nada. A Anna, por su parte, cuando me vio a mí, sin Raúl, le cambió el semblante, pero tal y como llevaba haciendo desde el día de los mensajitos, hizo de tripas corazón y entró por el aro. Desde aquel día todo era paz y armonía en Còctels, aunque más de una vez la vi morderse la lengua para no crear ningún conflicto.

Cuando llegamos al museo, el teléfono de Anna sonó, era Mireia. Le dijo que iba de camino, que fuéramos sacando nuestras entradas. Diez minutos más tarde su móvil volvió a sonar, esta vez como una notificación de un mensaje escrito: Neus no podía venir, tenía que llevar a su hermano pequeño a un cumpleaños. Cinco minutos después, un nuevo mensaje, esta vez de Joan, confirmaba otra baja, ahora por diarrea. Así que, cuando vio un tercer mensaje, el de Mireia, diciendo que se tenía que volver porque su vecino la reclamaba por una humedad, no nos lo podíamos creer.

—¡Todos nos han dejado tirados! —dijo en apenas un susurro.

—Si quieres nos largamos ahora mismo —añadí sabiendo que no le apetecería pasar la mañana conmigo en su día libre.

—Yo ya tengo la entrada sacada —me dijo enseñándomela—. Tú haz lo que quieras, yo voy a entrar.

—¿Te importa que te acompañe?

—No. Ya me estoy acostumbrando a tener un grano en el culo.

Si ese comentario aparentemente despectivo, lo hubiera dicho a los pocos días de mi llegada, la habría dejado ahí mismo; pero después de casi tres semanas de convivencia en el

trabajo, lo entendí como un «halago sátiro». No dije nada y entramos.

La primera sala que visitamos estaba dedicada al medieval gótico. Aquellos antiguos retablos, pergaminos y demás piezas decorativas de la época, no me decían mucho. Ella me miró y se rio leyéndome la mente; mi cara siempre fue demasiado transparente.

Se acercó a mí y, en voz baja para no molestar a los demás curiosos, empezó a explicarme. Como la otra vez, su narración me hizo abrir los ojos y ver más allá de lo físico. Donde antes advertía una pintura vieja y oscura, ahora distinguía una escena de la época o reparaba en detalles imperceptibles o simplemente veía HISTORIA (en mayúscula y con lo que implicaba esa gran palabra). Así, fuimos pasando de sala a sala; ella sin parar de hablar y yo escuchando todo lo que decía con sincera admiración. Lo que más me gustaba de sus relatos eran las leyendas o coletillas que siempre acompañaban a una explicación.

La mañana pasó veloz. Salimos saciados de cultura, cerca de las cinco de la tarde y sin haber parado a comer.

En cuanto el sol nos dio en la cara, mi estómago protestó. No me había acordado de la falta de alimento, hasta ese instante.

—Te invito a comer —le propuse agradecido por la compañía.

—No sé si es buena idea. —Miró de un lado a otro.

—Quizás nos venga bien pasar la tarde juntos. —Me encogí de hombros—. Los planes ya estaban hechos y nos puede servir para limar asperezas.

—Pablo...

Anna, en el Pueblo Español

El Pueblo Español era otro de los puntos de interés de los turistas. No había mucha gente cuando llegaron y se podía pasear por el precioso recinto.

Al final, Anna aceptó acompañarlo, por sus amigos, no quería volver a recibir la misma charla de últimamente.

Dentro del recinto, le explicó que fue construido para la Exposición Internacional de 1929. En ese lugar se edificaron distintos espacios emblemáticos de la geografía española. La idea era derribarlo al término de la Expo, pero su gran éxito, la salvó de la destrucción.

Ahora era una especie de parque temático en el que no solo podías contemplar la diversidad arquitectónica del país, también había restaurantes, talleres artesanales y tiendecitas de suvenires en donde pasar una buena tarde.

Se sentaron en uno de los restaurantes y pidieron unos bocatas y unos refrescos.

—Hacía años que no venía aquí —confesó Anna, mirando a su alrededor.

—Me gusta el contraste de culturas. La Ciudad Condal es eso, un contraste de culturas.

Lo observó con curiosidad. Había notado que el chico, en el museo, ponía mucha atención cuando ella hablaba de acontecimientos sobre las distintas civilizaciones que pasaron por allí. Y ese comentario volvía a confirmarle que había algo más.

—¿Qué has estudiado? Me he fijado que pones mucho interés en las culturas.

—Al final, nada. —Bebió de su refresco—. Me hubiese gustado ser arquitecto, me gusta la arquitectura. Sin embargo, mira como he terminado, siendo un camarero y bastante mediocre.

—A Anna le dio un golpe de risa al escuchar la expresión que más utilizaba contra él.

—Eso puede cambiar. Digo, lo de ser un camarero bastante mediocre. Solo tienes que hacerme caso. Y lo de arquitecto... nunca es tarde.

—No me veo con casi treinta años volviendo a coger los libros. —Anna miró al horizonte. Lo que vio hizo que su gesto cambiara—. ¿Qué has visto? —Pablo volvió su cara hacia donde ella observaba.

—Me ha parecido ver a Neus. —Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—¿D6nde era el cumplea6os de su hermano? Igual era aqu6.

—No. —Mir6 el m6vil y confirm6 que era donde ella viv6—. Me puso que era en Matar6.

—Neus tiene una cara muy com6n, igual la has confundido. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú qué estudiaste?

—Bellas Artes.

—Y has terminado como *bartender* de C6ctels.

—Bueno, es un trabajo creativo y da mucho tiempo libre para poder pintar. Pablo, ¿por qué dejaste M6laga para venir a Barcelona?

—¿Mi primo no te ha contado nada? —pregunt6 algo sorprendido.

—Si dijo algo, no presté atenci6n.

—No te interesaba, ¿por qué te interesa ahora?

—Sigue sin interesarme, pero para que no digas que soy una borde, solo intento ser cortés. —Le regal6 una sonrisa.

—Me peleé con mi familia.

—¿Por una pelea familiar dejas tu vida en M6laga y te vienes a Barcelona?

—En V6lez-M6laga, un municipio de M6laga —puntualiz6—. Si hubiera vivido en M6laga capital, posiblemente me habr6a quedado, pero V6lez no es muy grande y no te puedes esconder —le dijo.

—Barcelona tambi6n es grande y hemos coincidido muchas veces. A menos que me persiguieras.

Llevaba varios d6as en los que en sus «rutas de pintura» se lo encontraba con un mapa en la mano y mirando, como un turista m6s, lugares simb6licos.

—Échale la culpa a Ra6l, es 6l el que me prepara el recorrido —coment6 con una sonrisa—. ¿Todos los d6as pintas?

—Los domingos descanso.

—¡No jodas! ¿Los domingos descansas?

—Esa boca, se6orito —lo amonest6 haciendo una mueca de disgusto—. Y s6, los domingos descanso. —Al ver la cara de desconcierto del chico, le explic6—. Mi mente tiene que descansar. Los lunes, cuando cojo los l6pices, lo hago con energ6a renovada.

—Muy pr6ctico.

Cuatro días después. Pablo, en la casa con Raúl.

Para ese sábado Raúl no me preparó ningún plan. Desde mi llegada a Barcelona, todos los días me daba un plano con un recorrido específico y, me empapaba de lo que ofrecía la Ciudad Condal.

Sin nada que hacer, decidimos disfrutar de una buena peli.

Estábamos los dos, tirados en el sofá, viendo *El Señor de los Anillos* y bebiéndonos un gazpacho fresquito que había preparado esa misma mañana, cuando tocaron al timbre.

—Ve y abre —me mandó Raúl sin ganas de levantarse.

—¿Esperas a alguien? —le pregunté.

—No. —Se encogió de hombros.

Al abrir la puerta me encontré con Anna. La miré con curiosidad. Su pelo lucía ese estilo informal que acostumbraba, sujeto por un lápiz. Como vestimenta llevaba una camiseta de andar por casa y unos pantaloncitos cortos (creo que mi hermana Rocío los llamaba *shorts*). Vi que portaba varias revistas. Tras el rápido repaso, mis ojos se posaron en su cara; una media sonrisa me saludó.

—Hola —le respondí.

—¿Estás solo? —me preguntó con cierto tono... dulce; cosa que me extrañó. Anna estaba siendo simpática.

—No, no —tartamudeé nervioso—. Raúl está dentro. Pasa.

Vi que dudaba. Apostaría lo que fuera a que después de lo sucedido con Marc no había vuelto a entrar en el piso.

Lo hizo con paso vacilante mirando hacia todos los lados. En cuanto se encontró en el salón-cocina, su mirada se quedó postrada en la encimera; su rostro palideció.

—¿Anna? ¿Qué has traído? —pregunté para despertarla de su sueño particular.

—¡Eh! —Movié la cabeza suavemente—. Como el martes me dijiste que te gustaba la arquitectura, te he traído material para que le eches un vistazo.

—Hola, Anna, ¿hoy no has salido a pintar? —preguntó Raúl.

—No, te dije ayer que hoy no me movería de casa —respondió algo más relajada.

—¡Ah! No me acordaba. —Raúl siguió pendiente de la tele.

—¿Estáis viendo *El Señor de los Anillos*?

—Sí, y tomando gazpacho, ¿quieres? —Mi primo mostró su vaso—. Lo ha hecho Pablo.

—¿Lo has hecho tú? —Me estudió con curiosidad.

—Sí, ¿no me ves capacitado? —comenté al notar cierto escepticismo en su tono de voz.

—No es eso. Solo... que me encanta el gazpacho.

—Raúl me ha obligado a hacerlo —contesté sintiéndome torpe. Con Anna no parecía

acertar en nada.

—¿Quieres probarlo? —le ofreció Raúl.

—Si no es mucha molestia —contestó azorada.

Me acerqué a la cocina y llené un vaso. Antes de dárselo la miré con atención.

—Antes de dártelo quiero que me digas algo.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Todos estos días que hemos coincidido en mis rutas turísticas, ¿me estabas persiguiendo?

La tos que le dio a mi primo Raúl, hizo que nos volviéramos hacia él. Tenía el vaso de gazpacho en una mano mientras que, con la otra, se tapaba la boca sin dejar de sacudirse.

—¿Estás bien, Raúl? —lo interrogué asustado viendo que no se le pasaba.

—Sí —afirmó, algo más repuesto, aunque rojo como la grana—. Se me ha ido el gazpacho por la vía respiratoria.

—Ya no sé si probarlo. —Rio Anna al ver lo ocurrido con mi primo.

—Toma. —Le di el vaso.

Como quien catava un vino: primero lo observó, seguidamente lo movió, después lo olió y por último, lo saboreó.

—No está mal del todo —afirmó con la frente fruncida. Preferí no contestar a aquella respuesta que no me dijo mucho.

Nos sentamos con Raúl en el sofá y mientras la peli avanzaba, Anna me enseñó revistas de dibujo arquitectónico. Me quedé embobado mirando y escuchando todo lo que ella me iba explicando.

Las horas pasaron rápido y cuando nos quisimos dar cuenta, ya teníamos que irnos a Còctels.

El grup, en Còctels.

Aprovechando que Xavi había mandado a Anna y a Pablo, en su moto, a por limas y piñas a la frutería de Dolors, se juntaron en un corrillo ignorando por completo a los clientes.

—Creí que me pillaban —les informó Raúl—. Cuando mi primo le preguntó que si lo iba persiguiendo... —Silbó.

—Es que tenías que haber sido algo menos descarado —le recriminó Xavi—. ¿A quién se le ocurre mandarlo todos los días, sin excepción, al mismo lugar donde se encontraba Anna pintando?

—¡Bah! —Raúl le quitó importancia con la mano—. Lo de Montjuïc ha sido el antes y el después. Me quedo con eso.

—Sí —afirmó Xavi con una sonrisa—. Neus niega que viera nada entre ellos cuando los estuvo vigilando en Montjuïc, pero es cierto que desde que pasaron su día libre juntos, en el trabajo se ven distintos.

—Ayer hablé con Anna, no me dijo nada, pero es cierto que hay cambios para bien entre los dos —apuntó Mireia—. Pablo ya le pide las comandas a ella y veo que se miran y se sonríen. Creo que se empiezan a gustar.

—Mireia. —Joan comenzó a aletear las pestañas frente a la chica—. Igual nos vendría bien,

como a ellos, un paseo de esos por el museo.

—Tú estás tonto... —Se rio—. Además, estamos hablando de Anna y Pablo, no cambies de conversación.

—Chicos, no discutáis otra vez —los reprendió Xavi.

—Tampoco han protestado cuando Xavi les ha mandado a por la fruta en su moto —apuntó Raúl contento.

—¿Crees que se estarán tocando? —comentó Joan con una sonrisa pícar—. La próxima vez nos mandas a Mireia y a mí... a ver si así me quiere de una vez por todas.

—Joan, qué *pesaito* eres con el tema —le espetó Raúl.

—Mireia —Xavi le llamó la atención—. Todo esto lo vas apuntando en el «libro rojo», ¿no?

—Con todo lujo de detalles.

Mireia iba anotando en una libreta roja, como en un diario, todos los movimientos que daban, tanto los del *grup*, como los de la pareja. De esa manera tenían una visión precisa de la evolución. Todos lo empezaron a llamar el «libro rojo».

—Perfecto —añadió Raúl.

—Entonces ¿seguimos así o los *estimulamos* más? —preguntó Joan impaciente.

—¿Y si los dejamos por ahora? —añadió Xavi viendo que unos clientes se levantaban por no ser atendidos—. Joan, vete a atender que se nos va la gente.

—¡Siempre yo! —Se fue protestando.

—Podemos seguir animándolos un poco. —Sonrió Raúl—. Están así gracias a nosotros. Los dos son muy sosos y no habrían llegado hasta donde están, sin una ayudita.

—Apuesto a que ya has pensado en algo —repuso Xavi.

—Han estado toda la tarde viendo revistas de dibujos de estructuras de iglesias y demás. A mi primo le flipan las construcciones antiguas, estaba atontado pendiente de lo que Anna le decía. Creo que por ahí podemos hacer algo. —Una mueca maliciosa se instaló en su boca.

8

Seis días después. Pablo, en la plaza de San Felipe Neri.

La semana pasó volando. Apenas me acordé de la limitación de noticias sobre mi familia. Rocío contestaba a mis preguntas con mensajes concretos y breves; estaban relativamente bien; aunque seguían necesitando tiempo. Casi un mes más tarde, todo seguía igual.

Después de que Anna me despertara el interés por la arquitectura, sobre todo la de edificios antiguos, me atreví a volver a coger el lápiz después de muchos años.

El lunes por la mañana, y por la matraca que dio Raúl, Anna me acompañó a comprar un bloc y unos lápices. Ese día, en mi casa, no paré de dar forma a una fachada copiada de una revista (en términos arquitectónicos, un alzado). Cuando, en Còctels, le enseñé el resultado de mi alzado a Anna, me dijo que estaba muy bien. Fue mi primo Raúl el que me animó a dibujar algo real. Y otra vez metió a Anna en el lote; quería que fuera con ella, pero la chica se negó en rotundo a hacer de maestra.

Al día siguiente, me fui al parque Güell y, con mi espalda apoyada en una de las paredes de la tienda de la entrada, me dispuse a dibujar la hilera de columnas que el segundo día de mi llegada a Barcelona me había llamado tan poderosamente la atención. Lo que no esperé en ningún momento fue encontrarme allí con Anna; que, al igual que aquel día, iba a inmortalizar con sus trazos alguna parte de aquel lugar mágico. Al verme se rio, creo que por no llorar. Parecía que el destino siempre terminaba poniéndonos en el mismo camino. Terminamos sentados frente a la entrada del parque, callados, dibujando.

A partir de ese día, decidimos salir a pintar juntos, a fin de cuentas, era raro el día que no nos encontrábamos. La semana transcurrió con esa rutina, nos acompañábamos para pintar. Me gustaba ir con ella porque no solo me iba corrigiendo y me enseñaba técnicas que yo desconocía, también me narraba alguna historia del sitio que visitábamos. No me cansaba de escuchar todos aquellos relatos. Hicimos alzados de la fachada de la Biblioteca y de la basílica de Santa María del Mar. Esa mañana de viernes me llevó a la plaza de San Felipe Neri.

—Se llama así por su iglesia —me contó.

Cada vez que me contaba algo, me quedaba callado, casi hipnotizado, mientras me transportaba al pasado. Tal y como ocurría en los alrededores de la Biblioteca, ese lugar me transmitía bienestar. Había una paz espiritual que se me colaba por dentro y sentía cómo limpiaba mi interior de preocupaciones y malos rollos.

—Lo más destacado de esta plaza son las cicatrices de sus muros. En plena Guerra Civil, el 30 de enero de 1938, una bomba cayó aquí, dejando, no solo la huella de la metralla incrustada en las paredes, sino cuarenta y dos personas muertas, la gran mayoría niños y mujeres. —Su voz sonó quebrada por las distintas emociones que debía sentir.

Viendo que no seguía hablando, comenté mis sensaciones.

—Siento la misma calma espiritual que en el patio de la Biblioteca.

—Son lugares especiales. A mí también me pasa. Y es curioso, porque son sitios en los que hubo mucho dolor.

—Ahora solo se respira paz. —Me quedé pensativo.

—Sí. —Suspiró—. Ven, vamos a sentarnos. Si te parece, nos vamos a centrar en ese alzado con la fuente delante.

Anna, en la plaza de Felipe Neri.

Miró de soslayo a su lado izquierdo. Pablo estaba muy concentrado dibujando en su bloc. La faceta escondida del chico la había sorprendido hasta el punto de aceptar su compañía en sus «rutas de pintura». Y el destino, como decía él, siempre los unía. Lo estudió y sin saber explicar el motivo, sintió una enorme ternura por él. Reconocía que no se había portado bien con Pablo. Había llegado a un lugar nuevo, no conocía más que a su primo, y ella se portaba de forma estúpida con él. Recordó las veces que lo atacó simplemente por no soportar su acento. El deje seguía ahí, seguía sin gustarle, pero su oído ya se había acostumbrado a él.

—Déjame ver cómo lo llevas —lo interrumpió Anna.

El chico aparcó lo que estaba haciendo y le mostró el boceto.

—¿Cómo lo ves? A mí me gusta. —Pablo observaba sus propios trazos moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Pablo? ¿Has dibujado antes?

—Sí, hasta que terminé el bachillerato no paraba de practicar el dibujo técnico y el artístico también, pero menos. En cuanto renuncié a mis aspiraciones, dejé de hacerlo. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no estudiaste arquitectura?

—Los estudios no se me daban mal, aunque tampoco me entusiasmaban; pero fueron dos motivos los que hicieron replantearme la elección: cuando me informé sobre la carrera, me pintaron el panorama laboral muy pesimista. Aparte, en cuanto terminé el bachillerato encontré trabajo. Ganar dinero es más tentador que estudiar una carrera con un futuro poco prometedor cuando uno tiene dieciocho años.

—Pero si te gustaba, podías haberlo intentado. Podías haber alternado, estudios y trabajo.

—Cuando tomé la decisión, no contemplé otras posibilidades. Tampoco hubo nadie que me alentara a seguir con los estudios. Trabajar con un buen contrato era todo un lujo; tuve mucha suerte.

—¿Te arrepientes de no haber escogido estudiar? —quiso saber.

Se quedó callado, meditando las palabras de la chica. Sus ojos castaños se posaron en los de ella y un escalofrío le recorrió de los pies a la cabeza. Pablo tenía una mirada muy intensa y hasta ese momento no se había dado cuenta.

—Anna, me arrepiento de muchas cosas, pero el pasado no se puede cambiar.

Anna supo que Pablo no hablaba solo de la elección. Su mirada se perdía en el horizonte pensando quizás en sus remordimientos. Recordó la conversación que mantuvieron en Pueblo Español, hacía más de una semana y desde entonces no habían vuelto a hablar sobre nada.

personal. Anna se preguntó qué habría pasado con su familia. Nada que no se pudiera remediar.

Pensó en su propia vida, ¿se podría arreglar su vida? Su mente volvió a clamar por Marc. Aunque intentara disimular, no se le iba de la cabeza, todo le recordaba a él y la congoja no se iba del estómago. Su única debilidad era él. Lo echaba tanto de menos. Echaba tanto de menos estar bien, estar alegre, con ganas de vivir, con sueños que cumplir... Todo se había esfumado con la marcha de Marc.

El pasado no se podía modificar, había dicho Pablo.

—Pero siempre hay tiempo para encaminarlo —añadió Anna en un susurro.

Al día siguiente.

Anna, en la discoteca Nit de Festa

Esa noche, el *grup* propuso salir al cierre del local. Hacía mucho que no salían juntos y ya tocaba; eso fue lo que le dijo Raúl.

A pesar de que a Anna no le apetecía aquel plan, aceptó la propuesta por sus amigos.

Antes de ir a Còctels, Anna se arregló tal y como habría hecho en una noche de salida normal: se planchó el pelo dejándolo con unas estilosas ondas que daban volumen a su cabello. Se maquilló con colores naturales, pero destacando sus labios con un intenso burdeos. Y por último, eligió un vestido negro ceñido y unas sandalias de tacón alto; se las colocaría una vez terminada la jornada laboral.

En Còctels, ese sábado fue como siempre; sin ningún contratiempo. A las dos y media, todos los empleados del *pub*, más Neus que se había apuntado a última hora, salían por la puerta del local maqueados.

Se fueron directos a una de sus discotecas favoritas, la Nit de Festa, que se encontraba en el Paseo Marítimo de la Barceloneta, no muy lejos de Còctels. Un local amplio, con zona interior destinada para bailar y escuchar música marchosa; y un agradable espacio en el exterior, más tranquilo, para tomar copas y poder charlar con una sutil música de ambiente.

Cuando entraron en la discoteca, pidieron unas bebidas y se fueron hacia la zona ajardinada. Se sentaron ante una mesa y comenzaron a hablar:

—¿Dónde habéis estado hoy? —preguntó Mireia a Anna.

Todos sabían que Anna y Pablo se habían hecho «colegas de pinturas» y que llevaban toda la semana quedando para visitar y pintar algún paraje de Barcelona.

—Hemos estado dibujando el puente de la calle Obispo —apuntó Anna.

—¿El puente de la calle Obispo? —añadió a modo de aprobación.

—Mireia, ¿sabías que realmente ese puente no fue construido en la Edad Media? —le comentó Raúl haciéndose el interesante—. Lo hizo Joan Rubio en 1928.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Xavi con la boca abierta. Raúl no era muy dado a hablar de historia y aquel comentario chocaba con el Raúl que conocían.

—Cada vez que he pasado por allí con Anna, me lo ha repetido hasta la saciedad.

—Para que hayas terminado recordándolo tan bien, estoy convencido de ello —añadió Xavi, moviendo la cabeza de arriba abajo exageradamente.

—¡¡Estos zapatos me están matando!! —protestó Neus descalzándose allí mismo.

—Neus, acabamos de salir —profirió Mireia mirándola asombrada—. Si sabes que no aguantas los tacones, ¿por qué te los pones?

—Es mi madre, me obliga a ponérmelos.

—Joder, Neus, que tienes casi treinta años; no tienes que hacer caso a todo lo que te diga tu

madre —añadió Joan.

—Según mi madre, mientras viva bajo su techo se hará lo que ella diga.

—No sé a qué esperas para independizarte —manifestó Raúl.

—Tengo algo ahorrado, pero sin ingresos no me fio. —Dio un hondo suspiro—. Ahora mi vida está centrada en las oposiciones, en cuanto tenga un trabajo estable, me busco algo.

Sin ganas de escuchar más penalidades de su amiga, Mireia se levantó y tiró de la mano de Neus y de Joan.

—Prohibido hablar de trabajo. ¡Vamos dentro a bailar! —dijo con una sonrisa.

—Los zapatos me hacen daño —protestó Neus.

—Sin zapatos. Descalza. ¡¡Vamos a la pista!!

Joan y Neus fueron arrastrados por una precipitada Mireia que solo dejó que Neus cogiera sus tacones para salir de allí apresuradamente.

Anna vio que Raúl le decía algo al oído a Xavi y este movía la cabeza en señal de afirmación.

—Anna, ¿tú no bailas? —habló Pablo frente a ella.

—No me apetece, prefiero tomarme algo aquí.

—¡¡Estupendo!! —gritó Raúl—. ¿Queréis que os traigamos otra copa? Casi no os queda.

—Sí, por favor —afirmó Anna—. Ron cola, doble de ron.

—Yo, una cerveza —añadió Pablo.

—Xavi, ¿me acompañas? —Le guiñó un ojo al chico.

En cuestión de segundos se quedaron solos. Anna miró a Pablo y le sonrió sin saber qué decir.

—Algunas veces creo que nos dejan solos a posta —declaró Pablo observando a su alrededor.

—No. —Negó ella con la cabeza—. Imposible.

—Tú los conoces mejor que yo. —Se encogió de hombros—. Mañana me voy a encontrar raro, me estoy acostumbrando a que me enseñes a dibujar Barcelona.

—Los domingos yo no pinto, pero si a ti te apetece, no hay nada que te lo impida.

—Creo que sin ti me vería raro. No sé...

—El lunes fuiste al parque Güell a pintar, solo —le recordó.

—Pero apareciste tú. —Le sonrió. Anna desvió la mirada hacia otro lado. En una semana, el *sevillano*, se estaba tomando demasiadas confianzas.

—Pablo, que compartamos una afición no implica que tengamos que estar pegados el uno al otro cada vez que queramos pintar. Si acepté que saliéramos juntos solo fue porque sé que no conoces mucho de la ciudad.

—¿Prefieres que no te acompañe?

—No es eso, solo que... —titubeó. Ni ella sabía qué quería—. No tenemos ningún compromiso, si nos apetece hacer algo separados, no tenemos que dar explicaciones.

—En esta semana he aprendido mucho contigo y me gustaría seguir acompañándote, si no te importa. Pero no quiero que te sientas obligada.

—No me siento obligada y no me importa que vayamos juntos, pero quiero dejar claro que no estamos atados. —Anna vio un destello de decepción en los ojos castaños del chico.

—Cuando te moleste mi compañía, solo tienes que decirlo —apuntó él.

—De eso puedes estar seguro.

No siguieron hablando, justo en ese momento aparecieron Raúl y Xavi con las bebidas, las dejaron en la mesa y con las mismas desaparecieron de nuevo.

Comenzaron a consumir las recién llegadas bebidas. En el primer sorbo, Anna notó un gran picor en la garganta que la hizo toser; se lo achacó al doble de ron que llevaba. Después, siguió bebiendo sin problema. Llevaba media copa bebida y notó un ligero mareo que le hizo soltar una carcajada.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó Pablo sonriendo al verla reír. Llevaban rato hablando de luces y sombras.

—No. ¿Sabes? Me apetece bailar. —Volvió a desternillarse por nada en concreto—. Los andaluces tenéis mucho arte, baila conmigo, Pablo.

—Creo que soy la excepción que confirma la regla. No me gusta bailar. —Le sonrió tímidamente.

—No me irás a dejar sola. —Se levantó de su sillón, se sentó junto a él y a pocos centímetros, le puso ojitos. Vio al chico tragar saliva, pero afirmando con su mirada.

Lo cogió de la mano y tiró de él. Antes de echar a andar, cogió su vaso y se bebió el resto. Anna se encontraba en un estado muy agradable. No sentía nada, solo ese ligero mareo que le hacía reír y estar contenta. Quería pasarlo bien y, por qué no, acompañada de Pablo.

No supo cómo llegó a la pista de baile. Las luces le daban en los ojos y la música amortiguaba su voz, pero se sentía protegida por él y lo demás no importaba. Anna comenzó a contonearse frente al muchacho con movimientos sensuales. Su cuerpo rozaba ligeramente el del chico mientras bailaba un reguetón. Pablo no tardó en relajar su expresión tratando de seguir su ritmo. Los balanceos de Anna, casi obscenos, intentaban calentar a un Pablo bastante aturdido por el cambio de actitud de la chica; ella soltó una carcajada. «¿De dónde había salido ese casto *sevillano* que temía tocarla?», pensó entre risas. Vio como comenzaba a sudar y su pelo se pegaba de forma muy sexi en su cara. En ese momento, Anna entendió a Mireia y a Xavi cuando comentaron que el chico era muy guapo. Se rio a carcajadas pensando que, las dos copas que llevaba encima, la estaban alterando más de lo normal.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Pablo en el oído.

Anna le echó los brazos al cuello y con su cuerpo totalmente ajustado al de él, siguió con ese movimiento sensual que seguro que lo estaba poniendo cachondo.

—Me encuentro mejor que nunca. Pablo, esta noche te veo especialmente guapo —respondió poniendo la nariz en su cuello; olía muy bien. Sintió que la boca se le hacía agua. En cambio, el chico se tensó.

—Anna... —contestó nervioso. Ella volvió a reír sobre su cuello.

—¿Sabes? No solo eres guapo, también hueles muy muy bien. Y además, hasta tu acento me está resultando de lo más sexi. —Dio un suspiro.

—Anna, ¿cuánto has bebido? —la interrogó con voz suave y dulce.

—Dos copas, ¿me he mareado con solo dos copas? —Volvió a carcajearse. Se abrazó más a él con la nariz en su cuello. «Dios, cómo olía». No pensaba soltarlo en la vida. El *sevillano* sería para ella sola, por siempre jamás. Sintió otro ligero mareo.

—No estás bien. —La voz de Pablo sonó muy lejos.

Pablo, en la casa de Anna

La noche transcurrió con relativa normalidad hasta que Anna se tomó el último ron cola y comenzó a comportarse de manera extraña. Cuando uno toma unas copas y se marea, suele hacer cosas anormales, pero en el caso de Anna, me puso en alerta que el cambio de actitud fuera tan brusco. Pasó de intentar poner una barrera entre los dos a meterme mano en la pista de baile.

Los roces contra mi cuerpo, los aguanté; los besos en el cuello, los esquivé como pude; pero cuando su mano acarició mi bragueta... decidí llevarla a su casa.

No negaré que me hubiera encantado dejarme llevar y seguir aquel lujurioso juego, pero no era lo correcto; aunque ella insistiera y mi cuerpo lo deseara, no estaba bien.

Por más que busqué, no encontré a nadie del *grup* y me urgía llevarme a Anna lo antes posible de allí; la osadía de la chica se acentuaba por segundos. Pensé en llevarla al hospital, pero como estaban las cosas, podrían acusarme de haberla drogado. Después de lo ocurrido en Vélez, no podía arriesgarme. Decidí aventurarme y llevarla a su casa. Solo esperaba que aquella imprudencia quedara en una anécdota más.

Dando un paseo por las calles iluminadas de Barcelona y, abrazada a mí mientras me susurraba entre risas en el oído todo lo que tenía pensado hacerme, llegamos al edificio. Me dio las llaves de su casa sin problema y entramos en la vivienda. De pronto, la risa descomedida de la muchacha se convirtió en una mirada felina.

—¡Pablo, te deseo! ¡Bésame! Quiero follarte —Intentó sacarse el vestido por la cabeza, pero no pudo.

—Ven, vamos a tu cuarto. Mejor dejamos el sexo para otro día, necesitas descansar un rato.

—No. —Se lanzó sobre mí y me dejó acorralado contra la pared. «¿De dónde sacaba esa fuerza?». Comenzó a besarme en la boca de forma desesperada. Al ver que yo no le correspondía, levantó su cabeza y me miró—. ¿Es que no te gusta?

—Anna... no es eso. Necesitas descansar, no estás bien.

—¡Y una mierda necesito descansar! —gruñó, llorosa sobre mi pecho. Mi estómago se encogió al verla sufrir de esa manera—. Marc prefería follar con otras porque ya no le gustaba hacerlo conmigo. Y a ti tampoco te gusta.

Sus lágrimas me conmovieron hasta el punto de abrazarla con fuerza.

—Anna eres una persona maravillosa y seguro que encuentras a alguien que te quiera como te mereces.

—Esa frase está muy manida. Yo no quiero gustar a otro, quiero gustarte a ti, ¿por qué no te gusta, Pablo? —preguntó haciendo un mueca de dolor.

—Anna... claro que me gustas, te estás convirtiendo en alguien muy especial para mí. —le declaré con el corazón, dándole un dulce beso en la frente. Ella pareció tranquilizarse. La vi bostezar—. Vamos a tu cuarto, vas a dormir un rato. Ya verás como por la mañana te sientes mejor.

—Duerme conmigo, por favor. No te separes de mí nunca, quiero tenerte a mi lado para siempre.

Sonreí con tristeza. Nadie me había dicho nada parecido y un escalofrío me recorrió por las venas. ¿Cómo sería que alguien te necesitara a su lado para siempre? Anna, aunque fuera por una noche, me necesitaba. Di un suspiro.

—Vale, pero solo a dormir.

Cogida fuertemente de mi mano me llevó hasta su habitación, miré hacia la ventana y vi mi oscuro dormitorio. Respiré hondo.

La senté en la cama, le quité los tacones y la ayudé a acostarse. Anna se echó a un lado y me miró esperando a que lo hiciera a su lado. Tras quitarme los zapatos y apagar la luz, me acomodé tras ella. Vestidos, a oscuras y abrazados en su cama, sentí que su cuerpo se relajaba. Era comfortable tenerla ceñida a mí.

Pasadas unas horas, su cuerpo tranquilo comenzó a moverse de forma inquieta; noté que sudaba. A pesar de la penumbra de la noche, la claridad de la luz del patio, entraba por la ventana abierta del dormitorio.

—Anna, ¿te encuentras bien? —intenté despertarla.

Encendí la luz de su mesita. No paraba de moverse de un lado a otro, molesta por algo.

—Anna, ¿qué te pasa? —insistí asustado.

—Me duele la barriga y... tengo mucho calor.

Le vinieron unas enormes arcadas. La incorporé rápido con la intención de llevarla al baño. No dio tiempo a llegar, en el pasillo comenzó a vomitar.

—Lo siento, lo siento —decía mientras lloraba.

—¡Shhh! —La intenté calmar—. Relájate, ¿vale? No es la primera vez que me veo en una situación como esta.

Entramos en el baño, la puse de rodillas junto al inodoro, subí la tapadera y le recogí el pelo con una mano para que siguiera vomitado sin impedimentos.

—Nunca me había pasado esto. No quiero que pienses... —Las náuseas la callaron. Con toda la delicadeza que pude, la guíe para que vomitara dentro del váter—. Yo no soy así. No sé qué me ha pasado —volvió a repetir cuando terminó. La Anna que me deseaba y que me quería a su lado para siempre había desaparecido.

—Después hablamos. Tranquilízate.

Estuvimos un buen rato en esa posición, ella llorando y vomitando, y yo, sosteniéndola y consolándola. Cuando creí que había echado fuera todo lo que su estómago contenía, la incorporé. Tiré de la cisterna. No tardé en comprobar cómo la manivela se quedaba pillada, dejando el agua caer. Con varios toquecitos pude establecerla.

—Hay que arreglar esta cisterna —le dije poniendo algo de humor en mis palabras para quitar tensión.

—Sí.

—Anna, sé que es una situación incómoda, pero necesitas una ducha —le dije con tono amigable.

—Sí —afirmó lloriqueando.

—Espero que no te importe que te ayude. —Con el tono, procuré suavizar lo que aquello implicaba.

—Pablo, yo... —Nuevos lloros de impotencia.

—Escúchame. Vamos a hacer una cosa. —Respiré hondo—. Lo que está pasando esta

noche, quedará entre nosotros. No volveremos a hablar del tema. Como si nunca hubiera pasado.

—No voy a poder olvidarlo. En cuanto te vuelva a ver no podré mirarte a la cara de la vergüenza. —Más lágrimas cayeron por su demacrada cara.

—Anna, no sé cómo ha sido, pero te han metido alguna droga en la bebida. Esta noche no eras tú.

—¿Una droga? —dijo asustada.

—Seguro. Tu forma de actuar no era normal. Se te pasará, todo quedará en una anécdota más para contar a tus nietos, no te preocupes. —Le besé la frente—. ¿Cómo te encuentras?

—Después de vomitar, mejor. ¿Me pasará algo?

—No. Estarás dos o tres días con resaca, pero ahí quedará todo.

—Me siento fatal. He hecho cosas que... —Se calló.

—¿Te acuerdas de todo lo que ha ocurrido esta noche?

—Tengo algunas lagunas. —Bajó la cabeza—. Pero me acuerdo de casi todo. Era como si... otra persona me poseyera. ¿No sé si me explico?

—Puedo hacerme una idea. —Le sonreí—. ¡Venga! ¡Vamos a la ducha!

—Creo que podré ducharme sola —añadió azorada, mirando al suelo.

—¿Seguro? ¿Te puedes mantener en pie?

—Tengo pocas fuerzas, pero si me siento un poco, seguro que se me pasa.

—Voy a meterte en el plato de ducha y te voy a quitar el vestido; vas a estar todo el rato sentada, ¿vale? —Asintió con la cabeza—. Mientras, buscaré algo para limpiar lo que se ha ensuciado y te traeré algo de ropa.

—Pablo, gracias. Otro en tu lugar... —Me miró con cara asustada, quizás pensando en lo que podía haber ocurrido.

—¡Shhh! —La silencié—. No tienes que darme las gracias; somos amigos. —Le sonreí acariciando su pálido rostro.

Con sumo cuidado la metí en el plato de ducha. Ella no se quejó, ni dijo nada cuando le bajé la cremallera del vestido y se lo saqué por la cabeza; quedó con tan solo un conjunto de ropa interior de encaje negro. Le di la alcachofa y abrí el agua. Se estremeció de pies a cabeza al sentir el líquido frío en su piel. Cogí el gel de baño y su esponja y se los situé cerca.

—No tardará en ponerse templada. ¿Estás bien?

—Sí. Gracias —dijo con la mirada gacha.

—Voy a por algo de ropa, te la dejaré en el taburete. —Le volví a acariciar el rostro—. La puerta del baño se va a quedar entornada, por si me necesitas. Aunque no esté cerrada, vas a tener la intimidad que necesitas. Si te notas cualquier cosa, aunque solo sea un simple mareo, lo que sea, no dudes en llamarme. ¿Vale?

—Sí.

—Estaré fuera limpiando.

Como prometí, le busqué algo que ponerse y se lo coloqué en el baño. Con la puerta entornada y con el oído atento a cualquier sonido que me alertara, fregué el pasillo.

Anna salió del baño vestida con lo que le había dejado. Estaba claramente decaída e intuía que más que por los efectos de las drogas, por la extraña situación.

—Pablo, muchas gracias, no sé cómo agradecerte todo.

—Es lo mínimo que podía hacer. —Le sonreí—. Vete a la cama, necesitas descansar un rato más.

—¿Y tú? ¿Te vas ya?

—Me quedaré un poco más. En el sofá. —Lo señalé con el dedo—. No quiero dejarte sola... aún.

Dos días después. Pablo, en casa de Anna.

Estábamos apoyados en la encimera de la cocina de Anna, cada uno frente a su batidora de vaso. Tras colocar todos los ingredientes, ordenados, en la parte central del granito para facilitar el acceso a los dos, los fui señalando.

—Tomate, pimienta, pepino, cebolleta, ajo, aceite, sal, pimienta, vinagre y agua.

—Vale —dijo Anna mirándolos con interés.

—Esto es como hacer un cóctel, pero en vez de licores vamos a utilizar hortalizas.

—Lo que yo te he dicho —comentó Raúl desde el sofá con las piernas sobre una mesa baja y comiendo unas gominolas que Anna tenía en una bombonera—, el cóctel de la cocina andaluza.

—Vamos a lavar bien los ingredientes. —Seguí a lo mío, ignorando a mi primo—. Después, las troceamos echándolas en el vaso batidor.

—Para hacer un cóctel utilizo un medidor, aquí todo es a ojo. Un pimienta. —Resopló—. Los pimientos son de muchos tamaños, esos dos son distintos y pasa lo mismo con las demás hortalizas, ¿cómo sabes cuánto tienes que echar de cada?

—Piensa que la base principal del gazpacho es el tomate. Los ingredientes secundarios los añades en la cantidad que creas conveniente, según tu gusto. Con la experiencia, la irás modificando hasta encontrar el punto perfecto a tu paladar.

—Entonces no es como en un cóctel —protestó—. Para hacer un buen cóctel tienes que poner siempre las medidas justas; no puedes salirte de ahí.

Me eché a reír por sus ocurrencias. Anna era imposible. No había que hacer tanto para fabricar un simple gazpacho, solo echar los ingredientes, batirlos y meterlo en el frigorífico. No había más.

—Hazle caso a mi primo, que él entiende de eso —gritó desde el sofá Raúl.

Él había sido el artífice de la idea de enseñar a Anna a elaborar el auténtico gazpacho andaluz; y todo, por un simple comentario que hice.

Raúl y yo estábamos plácidamente en nuestra casa descansando después de comer y se me ocurrió comentar que ya tenía los ingredientes para hacer el gazpacho. Llevaba días diciéndome que tenía ese antojo y quise «premiar» para que me dejara en paz de una vez. Se levantó del asiento dando saltos, me dio un beso en la cara, emocionado, y salió de la casa dejando la puerta abierta. Me quedé estupefacto, preguntándome dónde habría ido. El gran misterio de su desaparición, se desveló después de quince minutos, en el instante en el que llegó con Anna de la mano. La cara de la vecina era todo un poema. Varias veces, Raúl, me había dicho que a Anna le encantaba el gazpacho y me lo volvió a repetir una vez más, pero esta vez matizó: al no saber hacerlo, no lo tomaba en su casa y quería que yo la enseñara.

La vi incómoda, llevábamos intentando hacer como si nada hubiera ocurrido en la madrugada del sábado, pero costaba. Yo procuraba normalizar lo nuestro hablando con ella con naturalidad y tratándola como antes de lo acaecido, pero era casi imposible. Ella sentía pavor cada vez que dialogábamos; y yo... yo me quedé tocado con lo sucedido y con todo aquello que me dijo.

Raúl y los demás no se enteraron de nada. Esa noche, mi primo la pasó con Xavi, y cuando al otro día me preguntó que qué tal, yo solo le dije que Anna se sintió mal y nos vinimos rápido; en ningún momento le comenté que estuve toda la noche con ella; asistiéndola.

Por supuesto, cuando Raúl me propuso enseñar a Anna a hacer gazpacho, no puse ninguna pega; cuanto más tiempo estuviéramos juntos, antes volveríamos a ser los de antes. Ni el día anterior ni ese habíamos salido a dibujar y lo echaba en falta.

Anna puso mil excusas, pero con Raúl había topado. Al final no le quedó otra que ceder. No quiso que la «clase magistral» se realizara en nuestra cocina; queja perfectamente entendible. Cogí mi batidora y los ingredientes, y nos desplazamos hasta la suya.

—¿Hay que pelar los tomates? —me preguntó mirándome de reojo.

—Sí, los pelaremos para no encontrar nada de piel; también le quitaremos la parte dura y lo trocearemos.

Tras la explicación, procedí a manipular los tomates; ella también se puso manos a la obra.

—¡Pablo! —me llamó Raúl. Ese llamamiento me sonó a petición; ya empezaba a distinguir cuando mi primo me iba a solicitar algo.

—¿Qué necesitas, Raúl? —respondí paciente.

—Hoy era cuando ibais a hacer la ruta de pintura nocturna, ¿no?

«Pero...». Me giré en silencio hacía Anna, intentando buscar una aclaración, pero la cara de Anna, como la mítica frase de la que fue la duquesa de Alba, indicaba: «yo no sé nada. Yo no sé nada».

Hace unos días, estando los tres en nuestra casa, Anna comentó que, en invierno (que oscurecía tan rápido) muchas veces se dedicaba a pintar de noche. Dijo que las luces puestas a los monumentos y la de las farolas de las calles, daban mucho juego y creaban imágenes enigmáticas y siniestras. Cuando Anna nos contó esto, Raúl *mencionó* que podíamos ir a hacer una «ruta de pintura nocturna», ahí quedó. Por eso, que diera por hecho que era esa misma noche, nos dejó sin palabras.

—Raúl, ¿de qué hablas? —pude decir al cabo de unos largos segundos de turbación.

—Anna dijo que no le importaría acompañarte —añadió él ofendido por mis palabras.

—Pero en ningún momento dijo que fuese esta noche —lo recriminé. Anna seguía enmudecida, atónita.

—Vale, vale. —Suspiró ruidosamente mi primo—. Es que quería darle una sorpresa a Xavi. —Al ver que ninguno decíamos nada, siguió—. Tenemos una fantasía romántica en nuestra casa.

—¿Y?

—¿Por qué no te quedas a dormir en la casa de Anna?

—¡¡Raúl?!! —le llamé la atención. Anna no parecía estar allí, la miré y la vi pálida.

—Solo será una noche. Os vais a pintar por ahí, y pasas la noche en el sofá de Anna. ¿Qué más os da? Y nos haríais felices a Xavi y a mí.

—Dormiste con Xavi el sábado y el domingo.

—¿Y? —Levantó las manos al aire, ofendido.

—Vale, vale. —Traté de calmarme—. Si te parece bien, hablo con Joan y me quedo en su casa, pero será mañana, que trabajo. —Era martes y ese día, Anna y yo librábamos.

—¡No! Tiene que ser hoy. Para Xavi y para mí es un día muy especial y quiero darle la sorpresa. No me vale otro día. —Puse los ojos en blanco—. Escuchadme los dos. Estáis haciendo el gazpacho, después, os vais a dar una vuelta con vuestros cachivaches de pintar y estaréis disfrutando de «el arte de pintar» hasta altas horas de la noche. Por cierto, la luna está llena; preciosa. Podéis pasear por Montjuïc. ¡Anna!, Pablo aún no ha visto la función de la Fuente Mágica.

El grup, poco antes de abrir Còctels.

—No puedo creer que hayas hecho eso —comentó Xavi tapándose la cara, rojo como un tomate, mientras Joan, Mireia y Neus miraban a Raúl con la boca abierta sin creer que se hubiera atrevido a ser tan directo.

—Con lo del gazpacho me vine arriba y... ha sido algo como el Nesquik, y lo he soltado.

—¿Cómo el Nesquik? ¿Negro? —preguntó Joan reflexivo.

—Instantáneo, capullín. Además, el Nesquik es marrón.

—Espera, espera, que me estoy perdiendo —habló Neus, con los ojos como platos, sin dar crédito a lo que oía—. ¿Estás diciendo que los has convencido para que pasen la noche juntos en casa de Anna?

—Justo eso —manifestó Raúl, satisfecho por su proeza—. Lo del sábado no salió como esperábamos, de hecho desde entonces no han vuelto a salir a pintar juntos y, de esta noche no pasa que ocurra algo entre ellos. —Ensanchó su boca—. Xavi y yo estaremos pendientes de todo lo que suceda tras las paredes de mi casa.

—¿No dijimos que íbamos a ir despacio? —protestó Neus enfadada.

—No sé por qué te pones así. Todos queremos que Anna sea feliz y, un revolcón con un buen semental seguro que le quita la pena que le quede.

—Antes de seguir empujándola hacia tu primo el semental, podíamos llevarla a un psicólogo.

—Anna no necesita psicólogo. ¿No negarás que está mucho mejor desde que pasa más rato con Pablo? —aludió Raúl.

—El otro día la vi riendo por algo que le decía el semental —añadió Mireia, sonriendo.

—De primeras, no apostaba mucho por la pareja —dijo Xavi—, pero es verdad que su relación ha cambiado para bien. Y Anna está muy mejorada, aunque lleva desde el sábado... ¿No creéis que nos pasamos con los «polvos mágicos»?

—Yo la veo igual. Con resaca, pero igual —apuntó Raúl—. Creo que tu amigo te dio gato por liebre, Joan.

—Me aseguró que pondrían a cualquiera cachondo... no sé.

—El caso es que eso no sirvió de nada y tenemos que buscar otras vías. Esta es buena.

—A ver qué sucede. Está visto que son imprevisibles —manifestó Xavi.

—Y, si no... preparamos otro plan. —Los miró con una sonrisa pícaro Mireia—. Desde que

Pablo está en la vida de Anna la veo distinta, mejor.

—¿Ves? —Raúl le devolvió la sonrisa—. Y todo gracias a nosotros. Sin esos *estímulos*, Anna seguiría llorando por las esquinias.

—Mireia, saca el «libro rojo» y apunta las novedades de hoy —la instó Xavi.

—Entonces, toca esperar a ver qué sucede esta vez —comentó Joan.

—Sí, pero podemos tener varias ideas preparadas para el siguiente paso.

Pablo, en La Rambla

Miré a Anna de reajo mientras estudiaba absorta a un mimo que posaba en silencio sin mover un milímetro de su cuerpo. ¿Cuántas horas de ensayo habría empleado el mimo para llegar a ese punto? Decían que todo estaba en la mente. Yo creía que no solo era eso, también esfuerzo y pasión por una profesión poco comprendida y poco valorada.

—¿Puedo verlo? —le pregunté señalando su bloc con la barbilla.

Paró lo que estaba haciendo para enseñármelo.

Lo que esperaba que fuera un día tranquilo y descansado, se estaba convirtiendo en todo lo contrario, pero no me importaba, volvía a disfrutar de su compañía fuera del trabajo.

El primer gazpacho de Anna fue todo un acontecimiento que me hizo reír por sus ocurrencias. Todo le parecía muy complicado de entender. Ella, acostumbrada a las medidas exactas de los cócteles, no concebía que esa bebida se hiciera más por instinto que por peso. Cuando terminó, el resultado fue perfecto y sus pupilas brillaban de emoción. Fue gracioso ver las anotaciones en su libreta; explicó todo el proceso con especial detalle; hasta los segundos que dejó trabajando a la batidora.

Parecía que realmente necesitábamos ese tiempo juntos para estabilizar lo nuestro.

Tras la «clase magistral», hicimos caso a Raúl: cogimos todos nuestros cachivaches (así los llamó él) y, como aún era de día, decidimos pasar por La Boquería para cogernos algo para merendar.

Era toda una gozada visitar ese lugar. Desde que lo descubrí al poco de mi llegada a Barcelona, prácticamente todos los días lo visitaba para comprar casi cualquier cosa: desde productos frescos como carnes, pescados, verduras... hasta comidas preparadas. Luego estaban los embutidos, los bombones, las chucherías y los frutos secos. Pero sin duda, de todo, yo me quedaba con los puestos de frutas y verduras. El colorido de los vegetales se te metía por los ojos y, aunque no te gustaran, era imposible resistirse a ellos.

Tras comprar unos zumos de frutas, nos sentamos en un banco en La Rambla. Entre sorbo y sorbo y nuestros ya habituales silencios, nos sumergimos en los dibujos. Ella pintando a aquel mimo que teníamos frente a nosotros con un disfraz de estatua de bronce, y yo, con el alzado de un edificio.

Observé su obra con admiración; había utilizado muy poco tiempo y ya prácticamente lo tenía terminado.

—¿Te gusta? —me preguntó al verme callado.

—Me encanta. Lo tienes casi terminado —le contesté sin poder dejar de admirar el bloc.

—Aún le faltan detalles. Quiero que las luces se aprecien mejor.

—Y lo has dibujado en poco tiempo —apunté.
—La rapidez se adquiere con la práctica. Yo le dedico muchas horas.
—¿Tienes muchos bocetos como este?
—Sí. Obras de todo tipo. —Rio—. Acuarelas, acrílicos, oleos, carboncillo... La otra habitación de mi piso está plagada de ellos.
Su piso era igual al nuestro, pero a la inversa.
—¿Y qué piensas hacer con esas obras?
—No sé, nunca me he planteado hacer nada. Dibujo porque me gusta.
—¿Nunca has pensado hacer una exposición o algo similar?
—No creo que sean tan buenos como para eso. —Volvió a reír.
—¿Me vas a dejar verlos? —Su expresión cambió; estaba claro que no le hacía especial gracia—. No me digas que te da vergüenza.
—No es eso... —Miró al mimo que en ese instante se movía tras recibir una moneda de un crío pequeño.

No quise insistir. No por ahora.

La tarde pasó deprisa y cuando el sol desapareció, Anna me llevó a ver la Fuente Mágica. Una vez más, mientras andábamos por las calles de Barcelona, me narró con emoción historias sobre los lugares por los que pasábamos. Cuando llegamos a la famosa fuente de colores, era totalmente de noche. Una luna llena y grande comenzaba a despuntar por encima de los bloques de la Ciudad Condal.

Había bastante gente mirando el espectáculo. Sin decir nada, Anna me miró con ojos asustados, me cogió de la mano y tiró de mí.

Anna, noche en Montjuïc

Con su mano cogida, lo arrastró hacia una dirección sin rumbo.

Anna no supo por qué ocurrió, no percibió ningún síntoma que la advirtiera. De pronto sintió que se asfixiada al verse rodeada de aquella gente. Su cabeza le repetía una y otra vez que necesitaba salir de allí. Sus piernas comenzaron a moverse más deprisa para desaparecer de ese lugar. ¿Por qué le pasaba eso? Nunca había sentido esa presión en sus pulmones y, a fin de cuentas, tampoco había tanta congregación de gente para sentir ese pánico.

En su huida, Anna atrapó la mano de Pablo. Por alguna razón, su subconsciente no lo dejó en el olvido. Él no dijo nada. Pablo no solía hacer preguntas a sus desvaríos; o era muy prudente o simplemente pasaba de ella.

Subió las escaleras del Museo Nacional de Cataluña, donde aún se veían personas que disfrutaban del espectáculo desde allí. Paró unos segundos, dejando libre la mano del chico, para intentar respirar, pero no podía. Se dio media vuelta para buscar los ojos de Pablo; las luces de la fuente le hicieron desviar la mirada y la presión aumentó; Anna no sabía qué hacer.

—Ven. —Ahora fue él, el que la aferró de la mano.

Siguieron por el paseo de Jean Forestier sorteando gente.

En un momento determinado, mientras bajaban una escalinata, Pablo paró; allí no había nadie. La sentó en uno de los laterales, en donde caía agua, le quitó las deportivas y los calcetines

y le metió los pies en el agua. Después comenzó a echarle líquido en la cara y en la nuca. Era la segunda vez que cuidaba de ella.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó en un susurro. Su voz temblaba, señal de que estaba asustado.

—Me costaba respirar. No sé qué me ha ocurrido.

—Puede que aún sean los efectos de la droga. Vamos a un hospital y que te miren.

—No, hospitales, no. Ya se me ha pasado.

—¿Segura? Tienes mala cara.

—Sí, ya respiro con normalidad, pero tengo unas tremendas ganas de llorar —comentó Anna con picor en los ojos.

—No hay nada que te lo impida.

Con solo escuchar sus palabras, las lágrimas comenzaron a resbalar por su cara. No quería llorar más, no quería sentirse mal, pero sabía que esa descarga la liberaría de la presión que aún la oprimía. Llevaba más de una semana en la que no derramaba ni una sola lágrima por Marc, puede que ese hecho también influyera. ¡Maldito Marc! Él era el culpable de todo lo que le estaba pasando. ¿Por qué le había hecho daño? ¿Por qué? Recordó las veces que habían paseado de noche por los alrededores de Montjuïc, ignorando a transeúntes que se fijaban en una simple fuente musical, cuando el verdadero encanto de la montaña estaba en la subida hasta el Anillo Olímpico; en pararse en algún lugar, lejos del bullicio; en sentarse en el suelo frente a unas maravillosas vistas nocturnas de la ciudad y abrazarse para sentirse, mientras Barcelona también te observaba. El llanto apareció sin compasión. Necesitaba tanto que toda aquella congoja desapareciera...

Pablo, intuyendo lo que le sucedía, se acomodó a su lado, se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Como por arte de magia, su cuerpo se relajó al notarse arropada por esos brazos protectores. Respiró hondo sobre su cuello; Pablo olía a seguridad, a fuerza, a confianza, a equilibrio... a todo lo que ella añoraba. Los sentimientos vividos el sábado, mientras estaba supuestamente bajo los efectos de alguna droga, volvieron a recorrerle las venas. Deseaba a Pablo con todas sus fuerzas. A diferencia de la otra vez, en ese instante era consciente y podía controlarse. Sin querer separarse del chico, respiró su aroma, quizás lo único que podría conseguir de él.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó cuando se separó de su contacto.

—Perdona —se disculpó Anna notando el calor en su cara. Estaban sentados, el uno al lado del otro—. Últimamente no sé qué es lo que me pasa —respondió avergonzada—. Creía estar mejor, pero veo que solo fue un espejismo.

—Esos altibajos forman parte del proceso de recuperación. —Le sonrió acariciando su mano con dulzura.

—Llevo semanas intentando no llorar —confesó—. Mis amigos no se merecen verme así.

—Tus amigos te van a querer igualmente. Si necesitas llorar, hazlo sin miedo. —Le rozó el rostro con un dedo, Anna percibió un agradable cosquilleo en su interior.

—Nunca me lo hubiera esperado de él; después de tres años juntos.

—Mira hacia adelante y lo superarás sin problema. No olvidarás, pero llegará el día en que todo eso que pasaste, no te afectará.

—¿Cuándo llegará ese día? Necesito sentirme bien.

—Llegará —le aseguró—. Pero mientras, llora si quieres. Aunque yo preferiría ver esa preciosa sonrisa que tienes. —Con la vista puesta en sus labios, subió su mano y con el dedo pulgar los acarició. Anna cerró los ojos concentrándose en ese cálido contacto. Era fácil dejarse llevar por Pablo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, deseando que él la besara. Quería sentir que el chico la liberaba del peso que soportaba desde que su vida dio ese gran giro. No encontraba una explicación lógica a lo que le sucedía con el malagueño. En poco tiempo, se había metido dentro de ella haciendo que sus tripas se removieran por dentro como nunca antes lo había hecho nadie. Él estaba ahí, compartían muchas cosas y, no solo eso, también sentía una gran calma a su lado.

Desilusionada al no sentir ese contacto tan ansiado, abrió los parpados. Lo que vio la dejó confusa, Pablo también quería besarla. No paraba de escrutar su boca con una clara intención, la de robarle un beso. Anna le acarició el rostro y él cerró los ojos.

—Pablo...

En cuanto pronunció su nombre, el chico se lanzó a sus labios casi con desesperación. Una descarga eléctrica sacudió su interior al notar el firme contacto. Su lengua exploró su boca con intensa dulzura; ella le respondió sin acobardarse. Sus manos se enredaron en su cabello corto, mientras se pegaba más al cuerpo del chico que aferraba con fuerza su cintura. Un súbito calor le recorrió por dentro. Pablo besaba muy bien, con Marc nunca sintió lo que estaba experimentando en ese momento. Al recordar a su ex, Anna se sintió mal. ¿Qué estaba haciendo? Hacía un rato estaba con ansiedad por culpa de su desequilibrio emocional y ahora se liaba con Pablo. Estaba totalmente confundida. ¿Cómo había llegado a desear que Pablo la besara? Se separó de él con la respiración agitada, incómoda y sabiendo que aquello solo había sido fruto de su desorden.

—Es muy tarde —dijo ella esquivando su mirada sin saber cómo actuar. Necesitaba tiempo.

—Anna, perdona. Lo último que quiero es confundirte más —contestó él, entendiendo lo que le ocurría.

—No. —Movió la cabeza de un lado a otro procurando quitarle importancia—. Soy yo la que tengo que agradecer tu comportamiento —le dijo con sinceridad, poniéndose de pie—. Es tarde y aún no hemos cenado.

—Vamos a algún restaurante y comemos algo —le propuso Pablo.

—No me apetece estar donde haya gente. ¿Comparamos unos bocatas y nos los comemos en mi casa?

—Anna... —dudó.

—¿Sí?

—Sé que no terminas de estar cómoda a mi lado y, lo de este beso...

—Pablo, no te entiendo.

—Creo que es mejor que esta noche te deje un poco de espacio. Me buscaré un hotel para no molestarte.

Tres días después. Pablo, de camino a Còctels

—¿Está todo listo? —Escuché que preguntó Raúl a través del móvil, justo al entrar en la casa. Cuando mi primo me vio, me miró con una sonrisa tensa—. Bueno, te dejo, te dejo. Luego hablamos. Besos.

—¿Con quién hablabas que le has dejado con la palabra en la boca?

—Con nadie. —Colocó su móvil sobre la mesa y me observó sonriente—. Yo quería hablar contigo.

—¿De qué? —Estaba empezando a temer a mi primo cuando notaba que sus ojos brillaban de esa manera tan «peculiar».

—¿Tú sabes hacer tortilla de patatas?

—¿Me estás preguntando... si sé hacer tortilla de patatas? —repetí alucinado.

—Tengo un antojo. —Se encogió de hombros.

—Primero fue la lasaña, después, el gazpacho... ahora, tortilla. Porque sé que Xavi no te puede dejar embarazado, que si no... —Puse los ojos en blanco.

—¿Sabes o no sabes hacerla?

—¡Perdona! Hablas con un experto.

—Espero que seas pro cebolla. —Me guiñó un ojo.

—La auténtica tortilla de patatas es CON cebolla.

—¿Cuándo me la vas a hacer?

—Compraré los ingredientes. ¡Cansino!

Me fui a mi dormitorio e intuitivamente miré por la ventana hacia la habitación de Anna. Ella estaba allí, buscando ropa en su armario. Al darse la vuelta me encontró observándola y sonrió, yo le contesté con un guiño. Cada día que pasaba, se metía un poco más en mi interior y ella no parecía, o no quería, darse cuenta.

Temí que lo ocurrido el sábado y, después, lo del martes en Montjuïc terminara por enfriar nuestra recién nacida amistad, pero no fue así. Hablé con Anna y le pedí que me dejara seguir acompañándola en sus «rutas de pinturas» (como las llamaba ella) y no puso ningún impedimento.

Esa tarde estuvimos en el paseo de Gracia visitando la conocida Manzana de la Discordia. No había mucha gente y pudimos sentarnos en un privilegiado banco frente a la Casa Amatller de Josep Puig i Cadafalch. Allí estuvimos dibujando la famosa fachada escalonada mientras admirábamos las casas colindantes a esta: la Casa Bonet, de Marceliano Coquillat (más sobria) y la Casa Batlló, de Gaudí (elegante y señorial). Era una gozada observar y comparar las distintas obras de los grandes arquitectos del modernismo catalán. Anna me explicó la historia que había tras esa conocida zona del paseo de Gracia. Disfrutamos de una agradable tarde de pintura, como

siempre que salíamos con nuestras mochilas. Me alegraba verla reír y divertirse con mi compañía.

Cogí mi ropa y me fui a la ducha, en breve estaría trabajando. A pesar de ser viernes, se esperaba un día calmado; el mes de junio entró raro: no hacía calor, más bien todo lo contrario y a la gente le costaba sentarse en las terrazas cerca del mar. Esa misma mañana había estado lloviendo y aunque a mediodía la lluvia cesó por completo, el ambiente estaba cargado de humedad y hacía un fresco más típico del mes de noviembre que de junio.

Ya dispuestos, los tres nos encaminamos hacia Còctels. Íbamos hablando; Anna aconsejaba a Raúl que se hiciera una analítica, cuando al llegar a una calle estrecha, ocurrió algo extrañamente extraño (valga la redundancia).

Anna, de camino a Còctels

—¿Seguro que no te ha pasado nada con Xavi? —le volvió a preguntar Anna a Raúl que esa tarde lo encontró llamativamente silencioso y pensativo.

—¡Nooo! —contestó alargando la vocal, enfadado por su insistencia.

Anna no dejaba de estudiarlo, conocía a Raúl desde hacía mucho y estaba convencida de que a su amigo le pasaba algo.

—Ha vuelto a tener otro antojo —comentó de forma graciosa Pablo—, esta vez tortilla de patatas CON cebolla.

—Pues los antojos son síntoma de algún déficit. —La chica levantó las cejas—. ¿Cuánto hace que no te haces una analítica?

—No es nada de eso. —Levantó la mano con un movimiento para quitar importancia—. Hace tiempo que la única tortilla que como es la precocinada del OpenCor, es totalmente normal que me apetezca una casera. Simple y comprensible.

De pronto, Raúl se quedó parado, sus ojos alarmados estaban puestos en la carretera. Anna se giró y miró hacia donde observaba su amigo: un cachorrito estaba siendo arrojado al asfalto por una persona vestida de camuflaje y un pasamontañas cubriendo su cabeza. Un coche se acercaba directo a él.

Lo que pasó en esos segundos, Anna lo percibió a cámara lenta.

Una ráfaga de adrenalina recorrió por su cuerpo. Iba a lanzarse hacia el perrito, para que no fuese atropellado, pero no le dio tiempo; Raúl fue más rápido. En cuanto Raúl se percató de lo que ocurría, le dio un fuerte empujón a Pablo que, ajeno a todo, cayó de bruces contra el pavimento justo cuando el vehículo se encontraba a escasos metros de ellos. Tanto el can como Pablo iban a ser atropellados.

Un grito de estupor salió de la garganta de Anna vaticinando el desenlace.

Gracias al cielo el coche paró a tiempo. La calzada era estrecha, de un solo sentido y los vehículos pasaban a una velocidad bastante limitada. El audaz conductor frenó, tocando con el paragolpes, levemente, el cuerpo de Pablo.

Inmovilizada, con la respiración agitada, al escuchar los quejidos de Pablo, ahora sí, se lanzó hacia el chico.

De rodillas, a escasos centímetros de él, con manos temblorosas le acarició la cara. Por el

otro lado: un precioso cachorro de setter inglés, blanco con motas negras y una oreja y parte del ojito derecho completamente negras que llamaban poderosamente la atención, lamía el cuello del malagueño.

Anna, enseguida se percató de que el chico se quejaba de su tobillo.

—Pablo, ¿estás bien? —le preguntó angustiada y sin parar de temblar por el susto.

—Me duele el tobillo —respondió aguantando el dolor—. Me lo he torcido.

—¿Solo el tobillo? ¿No tienes nada más? —El chico asintió sin dejar de tocarse el lugar afectado. Movi6 la cabeza para enfrentarse a Raúl. Su amigo tenía los ojos como platos y, quieto como una estatua, observaba la rocambolesca escena—. ¿Por qué lo has empujado? —le recriminó Anna enfadada. Su vecino no dijo nada, parecía estar en estado de *shock*.

El conductor, un muchacho de unos veintipocos años, se bajó del coche, pálido como el papel.

—Se me ha echado encima —se excusó tocándose una y otra vez su corto cabello—. ¿Llamo a una ambulancia?

—Sí, por favor —afirmó Anna cuando al levantar la pernera del pantalón de Pablo, comprobó que tenía el tobillo hinchado.

—No, no llames a nadie, no hace falta. Con un poco de hielo se me pasa —añadió Pablo. El cachorro, con las patitas apoyadas en su brazo izquierdo, no paraba de lamerlo—. ¿De dónde coño ha salido este chucho?

—Raúl, coge al setter, por favor. —Raúl pareció reaccionar. Se acercó con paso titubeante y cogió al animalito—. Tenemos que ir al hospital, Pablo. Te tienen que mirar el tobillo.

—Os llevo yo —se ofreció el muchacho.

—¿Al hospital? —contestó Raúl—. Mi primo asegura que con un poco de hielo...

—¡No! —exclamó Anna—. ¿Es que no ves cómo lo tiene?

—Xavi nos está esperando en Còctels —protestó Raúl nervioso—. Vamos para el *pub* y allí vemos qué hacemos.

Pablo, pálido y sudoroso, apretaba los dientes para impedir soltar algún quejido y evitar así ir al hospital; a ella no la engañaba.

—Si ahora te duele, en cuanto se enfríe, el dolor va a aumentar. —Miró a Raúl—. Vete a Còctels y le cuentas a Xavi lo que ha ocurrido. Yo me voy con Pablo al hospital —habló con firmeza. Se volvió y dijo al conductor del coche—. ¿Nos puedes llevar?

—Sí, sí, claro.

El grup, en Còctels

Xavi y los demás, se quedaron con la boca abierta cuando Raúl les explicó lo acontecido con Pablo.

Enseguida se echaron en cara que debieron haber previsto las fisuras que tenía el arriesgado plan; Neus los había advertido, pero las explicaciones de Raúl fueron tan convincentes...

Tras el nuevo fiasco de la noche del martes (Pablo tampoco terminó en el piso de Anna), decidieron cambiar de estrategia y hacer algo que le tocara la fibra sensible a la chica. La idea era sencilla: Pablo salvaría a un perrito de un *aparente* atropello y se lo entregaría con una sonrisa

aduladora a Anna (mujer enamorada de los canes) la cual quedaría prendada por su heroicidad. Pero, todo salió al revés.

—Te lo podías haber cargado —le espetó Xavi tapándose la boca con las manos, poniéndose en lo peor.

—No. No lo empujé tan fuerte. Solo tuvo la mala fortuna de doblarse el tobillo, nada más. Anna es una exagerada —manifestó Raúl con arrojo, ya totalmente repuesto del susto.

—Entonces ¿al final Pablo no pudo salvar al perro? ¿No ha servido de nada el pastón que nos hemos gastado en él? Mira que dije que compraríamos uno más económico —meditó Joan moviendo la cabeza de un lado a otro.

—A Anna siempre le gustó esta raza —añadió Mireia. Ella fue la que tuvo la idea de adquirir un setter inglés para esta nueva misión.

—En vez de hacerle el boca a boca al setter, el setter se lo hizo a mi primo. Todo fue muy raro —siguió explicando Raúl.

—¿Realmente esperabais que saliera bien? —cuestionó Neus, aún vestida con la ropa de camuflaje.

—A mí me pareció un pelín estrambótico todo —manifestó Xavi.

—¡¡Y tú!! —Raúl señaló con el dedo a Neus—, te dijimos que dejaras suficiente espacio hasta que llegara un coche. Han estado a punto de atropellarlos de verdad.

—No veía bien con el pasamontañas —se excusó la chica—. Me pareció que el conductor *perricida* estaba lo bastante lejos como para que a Pablo le diera tiempo de salvar al perro.

—Pues ya ves que no —gruñó, enfadado con Neus—. Para colmo, Pablo no estaba atento y tuve que empujarlo para que salvara al perro.

—¿Y dices que el *perricida* los llevó al hospital? —preguntó Xavi.

—Por la insistencia de Anna. No era para tanto, pero ella erre que erre.

—Bueno, la cosa no ha salido como habíamos planeado, pero por lo menos está preocupada por Pablo y ahora mismo está con él en el hospital. Algo tiene que sentir, ¿no? —añadió Mireia.

—Sí, supongo que podemos dar por apta esta misión —afirmó Raúl.

—¿Anna no dijo nada sobre el perro? —preguntó Joan—. En el plan, ella terminaba quedándose.

—Anna estaba más pendiente de Pablo que del perrito. Lo único que dijo de él fue que lo cogiera; no paraba de lloriquear y de lamer al quejica de mi primo.

—¿Pero crees que se lo quedará? —insistió Joan.

—Si no se lo queda... —Silbó Neus—. El dependiente nos dejó claro que no sería posible una devolución.

—Si no lo quiere, que se lo lleve Joan. En el jardín de su casa estaría a las mil maravillas —propuso Mireia.

—Ni pensarlo... ni imaginarlo —negó Joan—. Cuando ese bicho crezca, sus mojones también lo harán. Yo, paso de recoger eso de mi césped.

—No crece tanto. Además, no los recojas, abono ecológico para la hierba —sugirió Mireia con una risita.

—Sí, a ver quién es el guapo o la guapa que pone su toalla allí. Os lo digo de antemano, yo no me quedo con el perro. Buscadle otro dueño.

—Anna se quedará con el setter —lo tranquilizó Raúl.

—Y si no, hacemos un sorteo —propuso Xavi—, a quien le toque, se queda con él.
—Vuelvo a repetir, ¡que yo no quiero perro! —dijo una vez más Joan.
—Bueno —añadió Raúl—. Joan, si te toca siempre puedes venderlo en Wallapop o regalarlo a un mendigo o cocinarlo para el día de la Mercè.
—¡Hala! ¡Qué bestia eres Raúl! —bufó Mireia—. Mira la cara que tiene el perrito. Es muy mono, hay que buscarle un nombre.
—Y si lo llamamos, Lametones —sugirió Xavi viendo cómo el cachorro no paraba de dar lengüetazos a las manos de Raúl mientras lo sujetaba.
—Ese no es un nombre para un perro. Mejor Valentín por eso de que intentó unir a Pablo y a Anna, como el santo —dijo Mireia moviendo las pestañas.
—Ese santo terminó decapitado —añadió Neus.
—Joder, Neus, eres la alegría de la huerta —manifestó enfadada Mireia, por la actitud pesimista de su amiga.
—Yo le veo cara de Roky —apuntó Joan.
—¡No se pone nombre! —dejó claro Raúl—. Por ahora será Sinnombre. Cuando tenga dueño, si quiere, que se lo ponga.

Pablo, en el hospital

Tardé un buen rato en entrar en la consulta para que me examinaran el tobillo. Me hicieron una ecografía articular y enseguida vieron que se trataba de un esguince de primer grado. El médico me dijo que se pasaría en unos diez o quince días. Yo esperaba que fuera lo mínimo posible.

Sentado en una silla en la sala de espera, observaba a Anna. Con el móvil en la mano, la chica llamaba a Xavi para informarlo de los resultados.

—Hola, Xavi. —Imaginé a nuestro amigo, saludando y seguidamente preguntando por mí—. Está aquí. Sí, ya hemos salido, tiene un esguince en el tobillo. El médico le ha dicho que tiene para dos semanas, quizás algo menos si hace todo lo que le han mandado. —Se calló un momento y escuchó lo que Xavi le decía—. No te preocupes, todo está controlado. Ahora mismo nos vamos para su casa, las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales para su recuperación. —Volvió a callar—. Me dejas más tranquila, no quería dejarlo solo. Tiene que ponerse hielo cada hora o así, y además, tengo que pasar por la farmacia. —Otro mutismo—. Yo se lo digo, muchas gracias Xavi. Adiós.

Cuando colgó dio un largo suspiro.

—Xavi dice que no te preocupes por nada y que te recuperes sin prisas. Todos te mandan abrazos. —Asomó la cabeza un poco y miró hacia el exterior—. El taxi tiene que estar al llegar.

—Anna, no deberías molestarte tanto, solo tengo un pequeño esguince, me dejas en mi casa y después te vas al *pub*.

—No pienso dejarte solo. Ya has escuchado lo que ha dicho el médico: es importante que te pongas hielo en las primeras horas de la lesión. Además, Xavi me acaba de decir que apenas hay gente y me ha dado permiso para quedarme contigo el tiempo que necesites.

—Anna... —fui a protestar, pero no me dejé.

—Ya ha llegado el taxi. ¡Levanta!

Me elevé ayudándome de su brazo. No podía negar que me encantaba que se preocupara por mí, pero me sentía fatal por haberle trastocado sus planes. Y no solo eso, también tenía la impresión de que lo hacía obligada, por lo que yo hice por ella.

Cuando llegamos a mi casa, me senté en el sofá y Anna me hizo poner la pierna en alto, tal y como había recomendado el médico; debía estar por encima de mi corazón para que la hinchazón remitiera lo antes posible.

Anna salió a la calle y tras comprar los medicamentos que necesitaría para los próximos días, volvió al piso y se sentó a mi lado.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó con una mueca amable.

—Ahora mismo no me duele, pero me siento fatal por tenerte aquí retenida.

—No estoy retenida, eres tú el que va a estar retenido.

—De eso nada. Me tomaré el fin de semana con tranquilidad, pero si el lunes me encuentro mejor, iré a trabajar.

—No. El médico ha dicho...

—Me da igual lo que haya dicho el médico. No puedo estar aquí encerrado sin hacer nada, me agobia. Prefiero que me duela el tobillo a terminar loco de remate.

—¡Qué exagerado eres! —Se rio—. Te traeré revistas para que dibujes.

—Desde que me has enseñado la calle, no me gusta copiar una imagen de una revista.

—Solo será mientras estés convaleciente, te prometo que después te llevaré donde quieras.

Cuatro días después. Pablo, en casa

Miré mi móvil con una enorme impotencia.

En cuanto Raúl se fue al trabajo aproveché para llamar a mi hermana Rocío. Llevaba en Barcelona casi mes y medio, y un simple mensaje ya no era suficiente; además de necesitar escuchar su voz, me veía en la obligación de informar a mi familia de mi tonto percance.

Me dio un bajonazo oírle decir que todo allí seguía mal. Fran llevaba semanas sin aparecer por la casa de mis padres y ellos estaban hechos polvo por no poder ver a mi sobrina. Cuando colgué el teléfono, sentí tal frustración... Y todo por mi culpa. Nunca debí bajar la guardia, tenía que haber estado más atento.

Desilusionado por no poder hacer nada, cogí un bloc y me puse a copiar una imagen de las revistas de Anna.

Escuché unos ladridos en el rellano y aquello me hizo sonreír: Anna llegaba con Oria. Tanto Anna como Raúl, se habían intercambiado un juego de llaves de sus casas, para utilizar en caso de emergencia. Desde que comencé mi convalecencia, Anna venía a nuestra casa frecuentemente y estaba un rato con nosotros. Ese martes libraba y me había prometido que vendría en cuanto sacara a Oria un rato a la calle; me advirtió de que utilizaría su juego de llaves para no hacerme levantar.

—Hola. Ya estoy aquí —saludó Anna—. ¿Cómo está mi *sevillano* favorito?

Me eché a reír: Anna había cambiado mucho en esos cuatro días. Y no sabría decir si a raíz del accidente o simplemente desde que tenía a Oria con ella; me atrevería a decir que más bien por lo segundo. Oria la hacía feliz y ella transmitía esa felicidad a los demás. Anna estaba realmente preciosa.

—Con ganas de salir de aquí —respondí mirándola embobado.

El tobillo aún me dolía al apoyar el pie en el suelo, así que procuraba moverme lo mínimo posible.

—He conseguido unas muletas. Me las traen mañana. Así que podremos bajar y dar un paseo, corto.

La perra no paraba de tirar de ella mirándome con alegría, quería saludarme, pero ella no la dejaba.

—Déjala que venga. No ves las ganas que tiene de besarme. Creo que le gusto. —Le guiñé un ojo.

—Sí, reconozco que el «casi atropello» os unió. Oria se vuelve loca cada vez que te ve. Con los demás no hace lo mismo.

Soltó a la perrita y salió corriendo hacia mí. En cuanto se subió en mis piernas, empezó a lamerme toda la cara mientras yo le acariciaba su oreja negra.

—Yo también te quiero, Oria, pero deja algún lengüetazo para otro, no los gastes todos en mí —dije sin poder parar de reír.

—¡Oria, ven!

Por supuesto, Oria no hizo el menor caso. Anna tuvo que acercarse hasta nosotros y cogerla en brazos para despegarla de mí.

—Ahora mismo tengo la boca con sabor a perro. —Anna dio una carcajada.

Se sentó a mi lado dejando a la perrita bastante apartada.

—¿Estabas dibujando?

—Sí. —Le enseñé lo que estaba haciendo—. Me gusta más dibujar en la calle. Echo de menos el patio de la Biblioteca.

—Da gracias a que la lesión no es para mucho tiempo, pronto podremos salir. Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar .

—¿Dónde?

—Es una sorpresa —me respondió.

—¿Entonces para qué puñetas me lo has dicho? Eso no se hace, a menos que lo vayas a desvelar ya.

—No. Hay que crear expectación hasta entonces. —Me sonrió con picardía.

Mis ojos se fijaron en sus labios rosados. Desde el beso en Montjuïc, deseaba volver a probarlos otra vez. Anna me gustaba mucho. Ella pareció leerme el pensamiento y se levantó del sofá sobresaltada.

—¿Te vas? —pregunté con voz afligida.

—No, solo... voy a por un vaso de agua. ¿Quieres algo?

—Dame una cerveza; a ver si el alcohol me hace olvidar que estoy postrado en este sofá.

Abrió el frigorífico y lo miró.

—Solo hay cervezas sin alcohol —me informó con una risita.

—¡Vaya mierda! Voy a tener que hablar seriamente con Raúl —manifesté en tono burlón—. ¿Anna?

—¿Sí? —Sus pupilas se pusieron en alerta.

—Quiero ver tu famoso cuarto de las pinturas.

Con Raúl, hacía dos días, habíamos mantenido los tres una conversación sobre este tema y por más que lo intenté por activa y por pasiva, no hubo suerte. Después, a solas, mi primo me comentó que Anna no había dejado husmear a nadie en esa habitación, ni siquiera a Marc. Todas sus pinturas, bocetos y material... estaban celosamente guardados allí. Por no enseñar, no tenía ni una obra expuesta en su vivienda. Indagué acerca del porqué de su conducta: según Raúl no había traumas, simplemente Anna no aceptaba comentarios, consejos ni halagos. Podías ver lo que iba dibujando sin ningún problema, pero los tesoros que guardaba allí, estaban vetados al público.

—Pablo. —Mi nombre sonó a protesta.

—Quiero ver tus obras —le dije bajando el volumen de voz mirándola fijamente.

—Pero es que... —Ella desvió sus ojos y los puso sobre Oria, sin saber qué decir.

—Raúl me dijo que no dejabas entrar a nadie, ni siquiera a Marc. ¿Por qué?

—¡Eso no es verdad! —gruñó—. Las puertas del dormitorio siempre han estado abiertas.

—Déjame ver tus bocetos.

—No son buenos.

—No te creo. —Había visto algunos de sus dibujos y me parecieron realmente buenos—. Déjame entrar allí solo una vez. Después, te dejo en paz. —La vi pensativa, sopesando la propuesta—. Sabes que hasta que no me lleves, voy a seguir insistiendo.

—Levanta antes de que me arrepienta —aceptó enfadada.

Anna, en el cuarto de las pinturas

Anna estaba nerviosa. Dentro de ella, un cosquilleo fastidioso no la dejaba respirar con normalidad; y todo por culpa de Pablo, porque se había empeñado en «colarse» en su espacio. Ya hablaría con Raúl, no debería haberle contado a su primo que no los dejaba entrar allí. Como si el acceso a ese dormitorio estuviera prohibido; las puertas del cuarto de las pinturas siempre estuvieron abiertas para Marc y sus amigos. Por qué no le contó que realmente nadie mostró mayor empeño en descubrir qué guardaba en su interior. Todos habían pasado por aquel cuarto en más de una ocasión, por unos motivos o por otros, pero nunca por interés a su trabajo. Por supuesto, ella no pensaba insistir en que miraran y opinaran sobre sus obras. Prefería que sus amigos y familiares estuvieran al margen. No negaba que las críticas no las llevaba bien; ni le gustaba escuchar falsas alabanzas sobre sus trazos ni opiniones negativas de ellos; solían ser injustificados debido a la diferencia de perspectiva o por ignorancia. Además, aquel cuarto era su vía de escape a un mundo donde el estrés y los malos rollos se quedaban fuera.

—Espera un momento. —Metió a Oria en su dormitorio —. Ahora vengo a por ti, bonita. —Le cerró la puerta para que no los molestara.

Cuando puso la mano en la manivela del cuarto de las pinturas, el revoloteo de las incómodas mariposas se intensificó. Pablo era la primera persona que entraría allí interesado en su trabajo. Había tardado un poco, pero ahora no solo tenía muy buena impresión del malagueño, también había nacido un sentimiento dentro de ella complicado de denominar. Le caía mejor que bien e intuía que en cuanto se entrometiera de forma directa en sus pinturas, este sentimiento podría cambiar; Anna no quería que eso ocurriera.

Entraron en la habitación. A pesar de que la ventana siempre estaba de par en par, el olor a óleos y disolventes era inconfundible.

Anna no tenía ni un cuadro colgado, todos estaban minuciosamente apoyados contra las paredes y cubiertos con sábanas blancas. Solo se podía admirar el que estaba en el caballete y apenas empezado.

—¿Los tienes todos ocultos? —preguntó.

—No están ocultos. Los tapo para que no cojan polvo. Siéntate. —Señaló una silla de playa con respaldo que había tras la puerta—. Te saco unos cuantos blocs, les echas un vistazo y te largas.

Pablo no dijo nada. Cogió la silla y se sentó.

Anna sentía los ojos del chico en su espalda y sus nervios aumentaron unos cuantos grados más. Desde el accidente o quizás desde Montjuïc o desde el fatídico sábado en el que supuestamente la drogaron, Anna no podía precisar bien, le parecía que Pablo la miraba de forma distinta. Ella seguía pensando que solo lo hacía por lástima. Aunque en ese momento

también pudiera ser que, el hecho de estar todo el día postrado en su casa, con la única compañía de su primo y la suya propia (de vez en cuando) se asemejaba a un secuestro; en muchos casos, las víctimas terminaban con el síndrome de Estocolmo. Anna veía que la conducta de Pablo se asemejaba bastante.

Abrió con decisión la puerta del armario donde conservaba todos sus cuadernos y blocs de dibujo. Miró algunos y, de entre ellos, eligió cinco; para su parecer esos reflejaban lo que significaba su trabajo.

Cerró el armario y se acercó a él. Se dio cuenta de que los llevaba muy pegados a su pecho, sujetos de forma posesiva.

—¿Puedo? —preguntó él con una sonrisa tranquilizadora.

—Pablo... —Vaciló en el último instante antes de acercarse a él—. No sé si...

—Anna, solo quiero verlos. Te prometo que no digo nada.

Se aproximó a él con paso lento y se los cedió. Presentía que todo cambiaría a partir de ahí.

Pablo cogió uno y dejó el resto sobre la mesa que ella utilizaba para colocar materiales. Cinco cuadernos con distintos dibujos, pero todos de Barcelona: calles, detalles de Gaudí, monumentos, fuentes, parques, estatuas... En el cuaderno escogido por el chico, la gran mayoría de las hojas, estaban dedicadas a elementos religiosos. En él se podían ver: fachadas, techos abovedados, imágenes de santos, Vírgenes, angelitos, vidrieras...

Pablo miró los dibujos en silencio y con detenimiento, mientras el corazón de Anna no paraba de trotar, como si de ese examen, dependiera el curso de su vida.

Los fue viendo uno por uno sin prisas y sin pronunciar palabra, como le había prometido. Su mutismo la intranquilizaba más si cabía; casi hubiera preferido algún que otro inocente comentario. Anna estudiaba su cara en busca de alguna pista, pero de su rostro no sacaba nada en claro.

Cuando terminó el último, levantó la vista y la posó en ella. Llegaba el momento que más temía y Pablo seguía callado, contemplándola.

—¿Y bien? ¿Qué tienes que decir? —dijo ella con arrogancia.

—Quiero ver los cuadros —manifestó Pablo.

—¿Los cuadros también? —Puso mala cara.

—¿Qué más te da? —Se levantó de la silla cojeando, mientras Anna cogía nuevamente los cuadernos y los guardaba en el armario—. ¿Me dejas? —preguntó delante de uno de los montones.

—Sírvete —respondió ella, vencida.

Con sumo cuidado destapó los lienzos que reposaban en ese lado de la pared. Fue pasando uno por uno, de forma pausada, los cuadros de ese montón. Sin mediar palabra los volvió a tapar, poniendo especial delicadeza en el acto. No se atrevió a mirar más montones. Quizás percibió la desnudez de Anna, porque así era como ella se sentía en ese momento: desnuda y expuesta ante él. La sensación era rara; no sabía si aquella intromisión le agradaba o, por el contrario, le parecía irritante. Su pulso estaba acelerado y su respiración precipitada. Solo podía asegurar que no le era indiferente y él seguía sin pronunciar sonido alguno.

—¿No vas a decir nada? —explotó la chica jadeante.

—¿Quieres que te diga algo? —La miró a los ojos. En otra situación, ella habría apartado la vista de ese intenso ataque, pero esta vez no lo hizo.

—Sí, ¿por qué no? —respondió envalentonada.

—Viendo todos esos dibujos y cuadros... —Se paró sopesando qué decir—. Viéndolos, he recordado los cócteles que preparas.

—¿Los cócteles? —pronunció Anna desconcertada; no lo entendía.

—Sí. —Respiró hondo—. Lo que acabo de ver me ha recordado a uno de tus cócteles, pero este, con sabor a Barcelona.

Pablo, en casa

Sentados en el sofá de mi casa, Anna y yo, veíamos un capítulo de *Friends*. Desde que regresamos de su apartamento la encontraba muy callada. No era ninguna novedad que no le gustaba que metieran las narices en sus cosas, pero incluso conociendo esto, sabiendo que para ella aquel lugar era como un santuario, no me importó profanarlo. En ese instante, me arrepentía de haber llegado tan lejos en mi empeño por conocer su refugio sagrado; prácticamente la obligué a que me llevara allí y me enseñara sus obras.

—Anna, perdóname —le dije en un susurro, lleno de remordimientos. Ella pareció despertar de su sueño particular y me miró turbada sin saber de qué hablaba.

—¿Perdonarte? ¿Por qué? —me preguntó con los ojos muy abiertos y expectantes.

—Por haberte obligado a que me enseñaras tu cuarto de las pinturas.

—Tú no me has obligado a nada, si te he llevado allí es porque he querido.

—No. Tú no querías, pero fui un pesado y... ahora me arrepiento. No me gusta verte así, apesadumbrada.

—Pablo te estás equivocando. —Me miró sería—. ¿Qué te ha hecho pensar que estoy, apesadumbrada?

—Llevas desde entonces muy seria y pensativa.

—Son tus palabras. —titubeó—. Tus palabras las que me hacen pensar. Un cóctel con sabor a Barcelona.

—Entonces ¿todo bien conmigo? —Le sonreí aliviado.

—Sí, todo bien. —Me sonrió dulcemente.

Esa expresión me desarmó. Anna me atraía, me atraía por muchas cosas. Y, últimamente, ejercía un poder sobre mí que me inquietaba. Me miraba, me sonreía y mi cuerpo reaccionaba de forma automática. Estudié sus labios rosados. Llevaba días con ganas de probarlos de nuevo; mi cabeza seguía recordando el sabor de su boca y quería más. La tenía tan cerca, que podía oler su suave perfume floral. Cerré los ojos y aspiré profundamente aquella esencia que me estaba volviendo loco, poco a poco. «Joder, ¿cómo podía resistirme a eso?». Cuando los abrí, la vi analizándome; Anna intuía lo que me pasaba. Lejos de salir corriendo, como poco antes, esta vez no se asustó y sus pupilas se dilataron de forma desafiante. O, al menos, eso quise pensar yo. Extendí mi mano y rocé su mejilla: suave, delicada, cálida... el cosquilleo de mi estómago se desplazó hasta mi entrepierna; sentí una dolorosa erección. «Dios, ¿podría correrme con tan solo tocarla?». Anna cerró los párpados, centrándose en la acaricia. Advertí que los vellos de sus brazos se erizaban. Se estaba excitando, como yo. «Joder, joder, joder». Y esta vez, Anna, estaba en plenas facultades. No pude esperar más, me acerqué hasta ella y posé mis labios sobre los

suyos: suaves, delicados, cálidos... Anna no se opuso, abrió la boca y me besó sin miedo, dejándose llevar. Mi sexo volvió a protestar; agradecí llevar unos pantalones de chándal. El beso no tardó en subir de intensidad mientras nos acariciábamos casi con desesperación, nos fuimos recostando en el sofá, quedando ella sobre mí. Anna se acomodó en mi entrepierna, a horcajadas, para facilitar el contacto, sin reservas. Me besó, revolviéndome el pelo; yo me dejaba llevar sin parar de tocar su cuello y su cabello. Después de unos segundos, una de mis manos se deslizó debajo de su camiseta, tocando su piel caliente y sedosa; iba a estallar de un momento a otro.

No estallé, pero me faltó poco cuando escuché mi teléfono sonar, deshaciendo el arrebato que habíamos sufrido.

Anna, aún sobre mí y con la respiración agitada, me miraba como un animal asustado, sin saber muy bien qué había pasado. Otra vez le asaltaban las dudas. El teléfono seguía sonando, era una música molesta que ponía cada cosa en su lugar:

Anna se levantó, cogió mi móvil y lo miró.

—Tu primo Raúl —dijo lanzándome el aparato.

—Anna... —murmuré al ver que se iba sin decir nada.

—Pablo, lo siento. No deberíamos... Esto se nos está yendo de las manos. Necesito recuperarme de mi anterior relación.

Ese fue su adiós. Se largó sin poder escuchar una réplica por mi parte. El teléfono había parado de sonar y yo me quedé vacío. ¿Por qué era todo tan difícil?

Once días después.

Anna, en Còctels (noche de Sant Joan)

Para esa noche se esperaba un gran bullicio de gente y quedaron en ir a Còctels dos horas antes de lo habitual para adelantar trabajo. Por supuesto, la noche de Sant Joan también implicaba salir más tarde; otras dos horas. Incluso haciendo el cierre de madrugada, después saldrían por ahí a disfrutar de lo que quedara de noche. Todos sus amigos habían hecho planes; en cambio Anna, solo se propuso una cosa, se aseguraría de tomar bebidas con garantías. Para ello, de su casa cogió un termo (que usaba para mantener caliente el café) y antes de salir, lo llenó de cava fresquito. Era de un litro, con eso tendría para toda la noche.

—Veo a Pablo muy bien —apuntó Mireia mientras la ayudaba a preparar la fruta.

—Sí. Lo ha pasado mal, pero ha merecido la pena.

A Pablo, el pasado martes, por fin, le habían dado el alta. Lo miró: guapo, seguro, protector; perfecto. Trabajaba alegre, ayudando a unos y a otros, sonriendo, disfrutando del trabajo. El chico estaba trastornando, más si cabía, su vida. «¿Cómo era posible que, en tan poco tiempo, sintiera ese tonto enamoramiento de adolescente por él?». No había que ser un lince para saber que todo lo que sentía por el malagueño era, en parte, producto de su inestable situación económica. Lo deseaba, quería estar con él. Pero Anna temía que su maltrecho corazón se terminara de destrozar. «¿Cómo se protegía un corazón perjudicado?». Desde el revolcón que se dieron en el sofá, se preguntó si, la próxima vez, se dejaría llevar o cortaría por lo sano. Todo dependería de cómo se encontrara en la siguiente ocasión. Porque, por alguna extraña razón, intuía que habría más momentos como ese.

Había seguido pintando con él y, en esos encuentros, la química que había entre ellos casi se podía palpar con las manos. Aumentaron los flirteos, las miradas, las risas, los roces accidentales... Anna creía que si les echaban agua fría por encima, se evaporaría de forma inmediata. Por otro lado, ninguno de los dos se atrevía a dar el paso. Anna por miedo y Pablo... ella pensaba que por sus «rechazos».

—¿Te gusta? —le preguntó Mireia sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo. Una pregunta sencilla, sin aparente maldad. «¿Se le notaría tanto?».

—¿Y a ti? —la contraatacó utilizando el mismo tono indiferente.

—Es muy muy guapo y, muy simpático; me cae superbién.

—Entonces, te gusta —afirmó Anna viendo a Mireia ponerse nerviosa; por dentro soltó una carcajada.

—Sí, pero no como piensas. Ya sabes que yo solo tengo ojos para una persona. —Su mirada se posó en Joan.

—Deberías lanzarte de una vez. —No era la primera vez que le aconsejaba; y, aquellas palabras volverían a caer en saco roto. Mireia nunca se lanzaría.

—No me fio de él. —Se encogió de hombros y dio un suspiro—. Me dijo Raúl que el otro día le enseñaste tu cuarto de las pinturas a Pablo. —Su corazón dio un vuelco por aquel nuevo contraataque.

—Quería ver mis cuadros —se justificó.

—A nosotros nunca nos los has enseñado —dijo en un susurro para que Anna no se enfadara, pero sí se enojó.

—¡Otra! Eso no es cierto, ¿de dónde habéis sacado tal estupidez?

—Anna. —La miró a los ojos—. ¿Desde cuándo nos conocemos?

Mireia, Xavi, Neus y ella llevaban juntos desde el instituto. De sus tres amigos, Mireia, era la más observadora y la más intuitiva. Muchas veces, Anna sentía cierto pavor al escucharla hablar; parecía leer la mente.

—¿Alguna vez te lo he negado? —le preguntó Anna.

—Es verdad que nunca has dicho nada al respecto, pero cuando conoces tanto a una persona, no es necesario utilizar las palabras. Anna, sé perfectamente que no te gustaría nada que entrara en ese cuarto y me pusiera a ver tus pinturas. Es algo como... —Le dio unos golpecitos en su pecho—. Como de dentro, como muy íntimo. Algo tuyo. —Mireia no podía estar mejor encaminada, su amiga la conocía muy bien—. Cuando Raúl me dijo que Pablo había estado viendo tus pinturas pensé que te tenía que gustar mucho mucho, para habérselas enseñado.

—No fue para tanto —mintió, procurando parecer indiferente.

—Nos conocemos desde hace muchos años, conmigo no tienes que disimular. Ver esos cuadros es equivalente a verte DESNUDA; no en el sentido literal de la palabra, sino con mayúsculas, desnuda de verdad.

Cerró los ojos al escuchar aquellas palabras. Era justo la definición que ella misma utilizó: se sintió desnuda y expuesta. Anna advirtió el calor ascender hasta su rostro. Mireia daba miedo.

—Fue raro —respondió imaginando que su amiga esperaba una explicación.

—¿Qué dijo él? ¿Le gustaron?

Un remolino de mariposas revolotearon en su estómago. Sabía que nunca escucharía una frase que plasmara tan a la perfección lo que eran sus cuadros: «Un cóctel con sabor a Barcelona»; aquella definición se le grabó a fuego en el alma y cada vez que hacía un cóctel o pintaba, su cabeza se la recordaba.

—Sí, le gustaron —añadió al cabo de unos segundos.

Pablo, en Còctels

De vez en cuando, se me iba la vista hacia la barra y observaba a Anna preparar la fruta con Mireia.

—Al principio me quería —comentó Raúl lloriqueando—, pero ahora me odia. Y sobre todo odia mis zapatos.

—Eso es porque no la llamas por su nombre —le contesté yo, riendo—. Esa perrita es muy lista.

—Cuando Anna la adoptó, yo ya le había puesto un nombre.

—Sigues sin caer del burro. —Volví a reír—. Todos le pusisteis un nombre. Tú, Sinnombre;

Joan, Roky; Xavi, Lametones; Mireia, Valentín; y Neus, Santodecapitado. Todos nombres MASCULINOS. —Di otra carcajada—. ¡¡Que es una PERRA!! UNA CHICA. Es normal que se enfade.

—Eso la perra no puede saberlo. —Se cruzó de brazos—. Y a ti te adora. —Le dio un leve empujón—. Dicen que los perros se parecen a sus amos. —Me guiñó un ojo.

—No me importaría que Anna sintiera por mí algo parecido a lo que siente Oria. —Le respondí divertido.

—Haz algo. ¡Ataca, león! ¡Ataca! —lo instó Joan que se encontraba al otro lado—. Esta noche es la ideal. Te la llevas a la playa y te enrollas con ella en la arena.

No le quise decir que yo no aspiraba a tener un simple rollo de San Juan con Anna. Un sucio revolcón en la arena, delante de miles de personas que hacían lo mismo que tú para aliviar un calentón, era muy poco para mí; yo aspiraba a más con ella. Preferí desviar ligeramente la conversación.

—¿Qué soléis hacer en San Juan por Barcelona?

—Los barrios hacen verbenas, se tiran petardos y no paramos de beber, sobre todo, cava. Bebemos cava y comemos cocas. A mí la que más me gusta es la de piñones. Mientras, se tiran unos cuantos petardos. Al final, terminamos en la playa, sin dejar de beber, comer y de tirar más petardos. ¿En Málaga también celebráis Sant Joan? —quiso saber Joan.

—Sí, es una fiesta muy extendida —afirmé—. Nosotros no tiramos petardos, no bebemos cava, ni comemos cocas. Nosotros hacemos moraga de sardinas en la playa con los amigos, acompañados de mojitos bien aliñados. A media noche nos bañamos y, cuando salimos del agua, aprovechamos las hogueras para calentarnos. La noche más corta del año, se convierte en la más larga, con tanto desmadre.

—Eso es lo que más me gusta a mí, el desmadre... y los petardos —apuntó Joan riendo—. Con eso de que es mi día, me aprovecho y termino enrollándome con cualquier chica que me deje.

—Sí, y estás tan borracho que ni te acuerdas de con quién —repuso Raúl—. ¿De qué te sirve echar más de un polvo rápido y luego no acordarte de nada? Cualquier día aparecerá por Còctels un *minitú* diciendo «Por fin te encontré, *papito lindo*». ¡Aplicarte el cuento! Échale narices de una vez por todas y éntrale a Mireia.

—Lo he intentado, pero no me hace el menor caso, solo le intereso como amigo.

—Tú estás tonto. —Raúl, le dio una colleja—. Abre los ojos y asienta la cabeza; cenutrio.

Trabajamos entre diálogos divertidos y risas hasta que se abrieron las puertas del *pub*. A partir de ahí, no tuve tiempo ni de observar a Anna. Pasamos de currar en un ambiente tranquilo y sosegado, a correr de un lado a otro sin poder parar ni para ir al baño. La noche transcurrió rápida y sin incidentes, hasta que llegó la hora de cerrar; al final, una hora antes de lo esperado.

Cansado, pero con ganas de marcha, decidí hacer caso a Joan y «atacar». No me daría un revolcón en la playa con Anna entre petardos, cava y cocas, pero podría hacer algún importante avance. Esa noche estaba muy guapa. No se había arreglado, pero tenía un brillo especial. Además, las miradas que nos cruzábamos eran muy insinuantes. Todo iba perfecto: yo estaba decidido a dar un paso más y ella parecía estar receptiva. Todo iba perfecto, hasta que apareció él.

Anna, noche de Sant Joan

Reía por algo que había dicho Mireia cuando, al volver la cara, Anna, se dio de bruces con la mirada de Marc. Un súbito escalofrío le recorrió todo el cuerpo. «¿Qué hacía él allí? Tenía que estar en Monza».

La primera reacción que Anna tuvo fue la de girar la cabeza para no verlo, pero su imagen ya se había grabado en su retina a fuego. No podía ignorar a Marc, solo habían pasado dos meses de su ruptura y seguía revolviéndola por dentro. No quería sentirse una cobarde, ella no era ninguna pusilánime. Envalentonada, Anna volvió la cabeza dispuesta a enfrentarse a su pesadilla. Marc la miraba sonriente, no pudo evitar recordar su primer encuentro.

Mireia, Neus, Xavi y Anna eran inseparables en el instituto. La primera vez que Anna vio al hermano de Xavi se quedó prendada de él, por esa sonrisa que le dedicó cuando se presentaron. Pasaron algunos años hasta que el *grup* se formó. Los colegas de Marc: Raúl y Joan, se fusionaron con los de Xavi, y todo, gracias a la química que siempre hubo entre Raúl y Xavi. Llevaban años con ese juego de tira y afloja que no acababan de sentenciar.

Durante mucho tiempo, a Anna y a Marc les unió la amistad, hasta que se decidieron a dar el gran paso y hacer oficial su relación. Los tres años de noviazgo fueron maravillosos... pero su historia tuvo ese final tan brusco y devastador para Anna, que echaba por tierra los momentos buenos que pasó con él.

Se acercó a ella despacio, como el gato que se aproxima a su presa sigilosamente para no espantarla. Se paró a un metro de ella.

—Hola, Anna, te veo muy guapa —le dijo Marc mirándola de arriba abajo.

—¿Por qué has venido, Marc? —preguntó con aspereza Xavi, poniéndose al lado de Anna, en un claro acto protector—. Creo que te dejé bien claro que no te acercaras a ella.

—No seas así, Xavi. La noche de Sant Joan es una noche mágica, en la que puede pasar de todo. —Volvió a mirarla de forma insinuante. En cambio, Anna, seguía muda, procesando lo que estaba ocurriendo en ese momento—. He venido a hablar con Anna, lo necesitamos —añadió serio.

—No hables en plural, Anna ni quiere ni necesita hablar contigo —aseguró Raúl, poniéndose al otro lado de su amiga, en la misma pose de guardián.

—Tenemos que aclarar las cosas, nos lo debemos.

—¿Aclarar? Marc, no me hagas hablar —comentó Raúl echando fuego por sus ojos.

—Raúl, no te metas donde no te llaman —gruñó Marc.

—¿Que no me meta donde no me llaman? —Sus pupilas se clavaron como cuchillos en él—. Anna es mi amiga y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que sea feliz. No quiero que sufra más por tu culpa.

—Somos humanos. Reconozco que he cometido muchos errores. —Dio un fuerte suspiro—. He aprendido la lección y me he dado cuenta de que no puedo estar sin ti, Anna.

—No lo escuches —le dijo Xavi agarrándola del brazo.

—Anna, por favor. Tenemos que hablar —insistió.

—Está bien, hablaremos —declaró Anna, decidida.

—Aquí no. —Miró a Xavi y a Raúl despectivamente—. Demos un paseo.

—Anna, no vayas. Recuerda lo que te hizo. No vayas, te hará más daño —la intentó convencer Raúl. Pero Anna, ya estaba decidida.

—Gracias, chicos. —Observó a todos, dejando su mirada unos segundos más clavada en Pablo, que la estudiaba serio—. Pero Marc tiene razón, tenemos que aclarar cosas. Entended que esto solo es entre nosotros dos.

El *grup* no rebatió su determinación.

Anna los dejó atrás y caminó junto a Marc. Era la noche de Sant Joan y más de las tres de la madrugada, la gente ya estaba fuera de sí por culpa del exceso de consumo de alcohol y drogas; incluso Anna percibió que Marcapestaba también a alguna bebida.

—Anna, te he echado mucho de menos.

—Marc, lo he pasado fatal —dijo ella sinceramente.

—Entonces ¿qué hacemos separados? Yo también lo estoy pasando mal.

—Marc. —Se paró en seco y se enfrentó a sus ojos—. Me engañaste. He estado tres años engañada. —Unas lágrimas surcaron su rostro—. Creí que me querías.

—¡Y te quiero! —exclamó con efusividad.

—No. Si me hubieras querido, jamás habrías estado con otras.

—Solo fue un desliz —protestó.

—¿Un desliz? —Una carcajada amarga salió de su garganta—. Por lo que sé, en los tres años que hemos estado juntos, has vivido dos vidas paralelas.

—Raúl y Xavi te han emponzoñado la mente, ¿verdad?

—¿Cuántas veces has follado con otras mientras estabas conmigo? —preguntó con brusquedad; Anna no se reconocía.

—Anna... —gruñó.

—¿Con cuántas? ¿O es que no eres capaz ni de recordar la cantidad? —le escupió con frialdad—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has venido, Marc?

—He venido por ti. Neus me ha dicho...

—¿Neus? —lo cortó, sin entender por qué el nombre de su amiga aparecía en esa conversación.

—He hablado con ella y...

—Marc, me trae sin cuidado lo que hayas hablado con ella.

—Vale, vale. Pero lo importante es que estoy aquí. Y que he venido a luchar por ti.

—¿Luchar? —Soltó una sonora carcajada—. Marc, no me fío de ti, contra eso no se puede luchar.

—Fui débil, pero he cambiado.

—La gente no cambia de la noche a la mañana —apuntó ella en un susurro, agotada de escuchar tanta estupidez.

—Sí cuando el golpe es violento y te deja tan tocado. Estoy destrozado desde entonces no duermo, apenas como, no quiero estar con nadie que no seas tú. Anna, ¿no lo entiendes?

—Creo que eres tú el que no lo entiende. —Cogió aire para soltar el nudo que la tenía agarrotada por dentro—. Ahora soy yo la que no quiero estar contigo. Marc, ya no quiero estar contigo. Es sencillo: NO QUIERO ESTAR CONTIGO.

—Pero, has dicho que lo estabas pasando fatal.

—No olvidaré, pero pronto todo esto no me afectará —recordó las palabras de Pablo y sintió un cosquilleo en su interior al recordarlo. Sonrió al darse cuenta de que realmente ya nada le importaba de Marc—. Acabo de pasar la página que me quedaba para finalizar esta historia.

Pablo, en la playa de la Barceloneta

Me atrevería a decir que la aparición de Marc en escena, no solo fue una «sorpresa» para mí o para Anna, todos estaban estupefactos. Esperaba que la noche de San Juan fuera especial, pero jamás habría esperado esto.

Desde el principio, Marc no me cayó bien. Había visto fotos del ex de Anna, pero hasta que no lo tuve delante, no pude comprobar que poseía otras cualidades que, en una simple imagen, no se podían apreciar. Y no se trataba de su atuendo (polo de Ralph Lauren en marino, con la bandera de Italia y el cuello hacia arriba; acompañado de una bermuda verde, seguro que de la misma marca), sino de la prepotencia con la que llegó. Era un tipo aparentoso y seguro de sí mismo. Intentaba simular arrepentimiento, pero a mí no me engañaba, solo era un arma para conseguir su objetivo; y ese objetivo no era otro que Anna.

De buena gana me habría metido, como hicieron Xavi y Raúl, en aquella extraña conversación; pero no lo vi conveniente. Además, era ella la que tenía que decir la última palabra; y la dijo.

Cuando Anna accedió a hablar con él, fue como si me cayera un cubo de agua fría por la cabeza. Sabía que Marc intentaría por todos los medios llevársela a su terreno y Anna aún estaba muy vulnerable.

Anduvimos por la playa de la Barceloneta observando las hogueras y la diversión entre petardo y petardo. No tardamos en juntarnos con más gente.

—Toma, primo. —Raúl me ofreció un vaso con cava.

—¿Cuánto crees que tardará en llegar Anna? —pregunté preocupado, bebiendo un gran sorbo del líquido dorado.

—No te preocupes por ella. Es lista y sabrá capear a Marc. —Su voz no sonó tan segura como sus palabras.

El desasosiego hizo que perdiera la cuenta de las veces que me rellenaron el vaso con cava. Y, aunque Anna seguía en mi cabeza, me relajé. Reímos, cantamos, bailamos, tiramos petardos y, sobre todo, seguimos bebiendo mucho.

Sentados alrededor del calor de una hoguera mientras cantaban, Anna volvió a mi cabeza. ¿Dónde estaría? Miré a una pareja frente a mí: ella sonreía, esperando un beso del chico que tenía al lado; beso que no tardó en llegar. Saboreó sus labios despacio, con ternura, con pasión... No pude evitar ver en aquella pareja a Anna y a Marc. Noté algo así como una puñalada en mis entrañas. La chica se apretó contra él, en busca de más contacto. Sabía que no debía mirar ni pensar en ellos, que aquello era algo parecido al masoquismo, pero no podía apartar la vista de allí. Era como si mi cabeza quisiera abrirme los ojos y recordarme que ella, en ese instante, podría pertenecer a otro. La frustración me puso los pies en el suelo; me encontré con las manos atadas.

No sé en qué momento estallé. Me levanté y me quité de en medio. Salí corriendo sin rumbo por la playa, sorteando gente que no conocía de nada. Sabía que toda aquella exageración era, en parte, fruto del alcohol y que en cuanto estuviera fresco me avergonzaría por esa reacción infantil. Estaba borracho y necesitaba correr y correr. Fue Neus la que me paró al cogerme del brazo. La miré desconcertado.

—¿Dónde te crees que vas? —me preguntó con una risita poco típica en ella; otra que estaba pasada de vueltas.

—Necesito que me dé el aire.

—Ven, vamos. Te voy a presentar a unos amigos. Y vas a probar la mejor coca de *llardons* que hayas comido nunca. La hacen los padres de mi amigo Jordi.

Me llevó a otra hoguera.

No fue difícil relajarme nuevamente. El ambiente allí era cómodo y distendido. Seguí la fiesta, bebiendo cava y disfrutando de la noche, sin cohibirme. No quería cohibirme.

Ya bien entrada la madrugada y tirados en la arena de la playa, miraba exhausto el cielo estrellado. Estaba muy muy bebido, lo notaba y me adormecía los sentimientos.

—¿En qué piensas? —me preguntó Neus, tumbada a mi lado con su cabeza pegada a la mía.

—En nada. Estoy muy bebido y solo me apetece mirar el cielo.

—¿No decías que siempre te bañabas en la noche de Sant Joan?

—En la noche de San Juan hay que hacerlo a media noche; si no lo haces a las doce en punto, pierde la gracia.

—¿Qué más da la hora? La gracia es hacerlo de madrugada y sin ropa.

La muchacha se puso de pie delante de mí, quería que la observara. En cuanto se aseguró de que mis ojos estaban puestos en ella, con una sonrisa en la boca y acompañada de unos movimientos sensuales, empezó a quitarse la ropa suavemente.

Inició el espectáculo lanzándome las chanclas. Después, se quitó la camiseta y un sujetador de encaje negro muy sugerente apareció ante mí. Me pareció que sus tetas eran enormes, aunque puede que el exceso de alcohol tuviera algo que ver en mi percepción del volumen. Para colmo, aquella exhibición me estaba poniendo muy cachondo. ¡¡Neus!! Jamás me habría imaginado eso de ella. Me reí a carcajadas al sentir la notable erección. Siguió con los pantalones. Se desabrochó el botón, bajó su cremallera y los fue deslizándose suavemente por sus largas piernas; cuando los tuvo en el suelo, me los lanzó a la cara. Sus bragas iban a juego con el sujetador; seguro que se había puesto el conjunto a posta, sabiendo que alguien lo disfrutaría. Otra risa salió de mi garganta inundando la noche. Con sus manos en la espalda soltó el sujetador. Con mucha sensualidad sacó uno de los tirantes por su brazo y después hizo lo mismo con el otro. La prenda aún cubría sus tetas, gracias a sus brazos que lo sujetaban con destreza. Se puso de rodillas y se aproximó a mí con la clara intención de provocarme con aquella imagen.

Cuando se encontró a horcajadas sobre mi erección, dejó caer el encaje con delicadeza. Unas tetas firmes y grandes quedaron al descubierto. No podía quitar la vista de esos perfectos senos.

Me quitó la camiseta y la lanzó a un lado. Tras ello, se lanzó a por mi boca, besándome con ansia, mientras sus pezones rozaban mi torso desnudo.

La muchacha se apartó de mí y me dijo.

—Vámonos al agua.

Antes de arrastrarme y llevarme hacia el agua, se quitó las bragas. Tenía un cuerpo muy apetecible.

No sé en qué momento me deshice de las chanclas. De pronto me vi sumergido en las agradables aguas del Mediterráneo. El agua en Málaga solía estar algo más fresquita, allí estaba demasiado cálida y apenas daba impresión meterse. Las manos de la muchacha no se quedaban quietas y yo no podía parar de reír; estaba intentando quitarme el bañador, pero lo tenía algo complicado. Dejó la tarea aparcada para besarme de nuevo. Sus piernas se enredaron en mi cintura mientras nuestras lenguas no paraban de explorarse.

Una vez más, el alcohol hizo su trabajo aturdiéndome la mente: ahora quien me besaba y me abrazaba, casi con desesperación, era Anna. Yo me dejaba hacer como una marioneta a sus pies. La deseaba como nunca había deseado a nadie. La abracé con fuerza; no quería que terminara esa sensación de placidez que estaba teniendo. Su cuerpo se pegaba a mí buscando calor.

—Pablo, quítate el bañador —me susurró Neus al oído, arrojándome a la realidad.

Abrí los ojos asustado; de repente mi cabeza quedó totalmente lúcida. «¿Qué estaba haciendo con Neus?». No podía seguir por ahí; la solté como si me quemara y salí del agua corriendo. Cogí mis chanclas y la camiseta y, aunque de fondo escuchaba los bramidos de Neus para que diera media vuelta, no paré. Todo aquello me recordó lo de Tesa y no podía sentir más asco.

Pablo, en casa de Anna

Llegué a casa chorreando, con la respiración agitada y con una congoja en el pecho que no me dejaba en paz. Cogí las llaves mojadas del bolsillo y abrí la puerta del piso. Por un lado, me alegraba de que hubiesen dicho que esa noche nada de móviles (podían haber salido bastante perjudicados), pero por otro, me arrepentía de haber dejado el mío junto con los de mis compañeros, en el *pub*.

Me duché, me puse solo unos pantalones de algodón en gris y me tiré en el sofá mirando la pantalla de la televisión apagada; el cacao que tenía en la cabeza no me dejaba dormir: «¿Qué habría pasado con Anna? ¿Dónde estaría ella ahora?». Como si me hubiera escuchado, percibí el sonido del agua caer; la cisterna se había vuelto a quedar pillada. Miré el reloj, las seis y media de la mañana.

Me levanté del sofá, me dirigí hacia la vivienda de mi vecina y toqué con los nudillos.

No sé qué esperaba encontrarme, pero mi corazón bombeaba a gran velocidad, quizás a un Marc enfadado por la interrupción o algo similar. Los ladridos alegres de Oria resonaron tras la puerta y segundos después, pude oír a alguien trasteando la manivela.

Cuando ella apareció ante mis ojos, sus pupilas me revelaron que, lo de Marc había acabado.

—Pablo...

Se lanzó a mi cuello deshecha en lágrimas.

Como pude, me adentré en su casa con ella enganchada a mi cuello. Cerré la puerta con la pierna. Oria nos siguió como en una procesión, eso sí, se mantuvo al margen; era una perra muy

inteligente e intuía que no debía interrumpirnos.

Nos sentamos en el sofá, Anna llorando y yo, acariciando su cabeza. Oria se tumbó a los pies de su dueña. Sus lloros cesaron y, aunque no llegó a dormirse, sí se sumió en un estado de letargo, de tranquilidad.

Miré hacia el ventanal del pequeño salón, el día empezaba a despuntar. Pasó un buen rato antes de querer romper aquella paz.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté en apenas un murmullo.

Levantó la cabeza y me miró.

—Sí. Pero tengo una sensación rara.

—No le des más vueltas.

—Necesito hablar de ello. Necesito decir cómo me siento en voz alta. He estado mucho tiempo callada.

—No me gusta verte sufrir, mucho menos por él. —le dije mientras jugaba con un mechón de su pelo.

—Lo de Marc ya se ha acabado, para siempre. Realmente hace días que se acabó todo. — Suspiró; como si así se deshiciera de ese lastre que la oprimía—. ¿Sabes? Me alegro de que haya aparecido esta noche sin avisar, porque me ha abierto los ojos y por fin voy a poder cerrar esa historia.

—Me alegro de que lo tengas tan claro.

—He podido decirle todo lo que pensaba de él y no le dije en su día. Me he quitado un gran peso de encima, me noto más ligera. Sé que era lo que necesitaba para poder avanzar.

—Me alegra que estés tan segura.

—Pienso saborear bien lo que tengo: me gusta mi trabajo, disfruto con mi *hobby* y mis amigos son excepcionales. Me voy a centrar en lo que tengo.

¿Cómo encajaría yo en su vida? Ni se me ocurrió formular esa pregunta en voz alta, por miedo a la respuesta. Estaba claro que ahora no era el mejor momento para saber en qué lugar me ponía a mí. Miré sus labios rosados, me encantaba observarlos; tan sensuales, tan tiernos, tan dulces... Mi pene, como un zombi dormido, empezaba a resurgir de las profundidades. Recordé que, con los pantalones de algodón finos que me había puesto y sin ropa interior, aquello podría dejarme en un mal lugar. Cerré los ojos intentando alejar de mi mente esos pensamientos pecaminosos que me venían cuando miraba su boca. Una nueva punzada. «Mierda». Cogí un cojín rápidamente y me lo coloqué delante.

—¿Pablo...? —Abrí los ojos y la vi observando el cojín.

No quise dar explicaciones, ¿para qué? ¿No era obvio? De pronto la vergüenza se esfumó. ¿Por qué tenía que ocultar lo que me provocaba cuando estaba a mi lado? Creo que el efecto del alcohol que consumí, aunque había bajado considerablemente, aún me infundía cierta osadía.

Aparté el cojín y me lancé a su boca. El ataque la cogió desprevenida y aunque al principio se quedó inmovilizada y estuve a punto de parar, de pronto comenzó a responder al asalto. Me acariciaba la espalda desnuda mientras yo la abrazaba con fuerza. Fue al besarnos y acariciarnos cuando me di cuenta de que la quería. Aquella preciosa barcelonesa se había convertido en alguien muy importante para mí. No quería separarme de ella; en ese instante era vital sentirla mía, sentirme suyo. Le quité la camiseta y sus pechos desnudos aparecieron ante mí. Mi boca se deslizó por su cuello buscando aquellos deliciosos manjares. La escuché gemir mientras me

dedicaba a saborear sus pezones duros. Necesitaba más, llevaba semanas que me moría por comérmela entera. Le bajé los pantalones del pijama y descubrí unas pequeñas braguitas de encaje blanco que apenas cubrían su sexo; se me hizo la boca agua. Pero, justo antes de bajarle aquella delicada prenda, dudé.

—Anna —dije con la respiración alterada—. ¿Quieres seguir adelante? No quiero que...

—Pablo, por favor no te pares ahora. Ahora no, te necesito, te deseo... Después pensaremos en lo que hem...

Me lancé a sus labios de nuevo, para acallarla. Mientras mi boca exploraba la suya, mi mano jugaba con la goma de la única prenda que llevaba encima. Sentía su pelvis subir ligeramente pidiendo más, pero quería que me gritara que me deseaba.

—Pablo. —Su aliento se mezclaba en mi boca como una suave caricia.

Mi mano se introdujo entre sus bragas buscando su humedad. No me defraudó, estaba preparada. Comencé con un ligero masaje en el clítoris mientras se retorció de placer entre mis brazos. Me estaba matando, aquello me superaba. Los gemidos que salían de sus labios eran música celestial para mis oídos, la mejor banda sonora que podíamos tener.

Su mano buscó mi dureza y la sacó del interior del pantalón casi con desesperación. Con su mano dirigió mi miembro a su sexo.

—Espera —dije entre jadeos—. ¿Tienes un preservativo?

—Sííí, mierda. Hay una caja. En el baño.

—Lo siento, preciosa. No te muevas de aquí. —Le di un beso en la punta de la nariz y me levanté del sofá volviendo a colocar el pantalón en su lugar de origen.

Con celeridad, me dirigí hacia el baño. Allí solo había un armario. Miré de arriba abajo, puertas y cajones, hasta que di con la dichosa caja. «Mierda», estaba cerrada. Con manos temblorosas la abrí rompiendo el plástico y el cartón. Volví al salón y tras coger uno de los preservativos, tiré el resto en la mesa. Mirando a Anna, que me observaba con deseo, me quité el pantalón y me puse el condón bajo su inspección. Me recosté a su lado y la besé. No tardamos en volver a subir la temperatura. Sus manos comenzaron a acariciarme los glúteos, pegándose más y más a mí. Sentí su humedad entre mis muslos y ya no pude aguantar más. Con un solo movimiento, la cogí de la cintura y la subí sobre mi abdomen. Se agachó para besarme mientras se colocaba sobre mi endurecido miembro. Fue introduciéndolo poco a poco, en una dulce tortura. Pronto mi pene se amoldó en su interior; apretado, húmedo, caliente... La detuve; si seguía así me iba a vaciar muy pronto.

—Espacio, espacio —le dije entre jadeo y jadeo.

—Pablo, eres lo mejor que me ha pasado.

—Tú también, Anna. Dios. No puedo...

Se movía con una sensualidad que me estaba volviendo loco. Sus pechos se agitaban al compás de ese baile lascivo que me trastocaba las entendederas. «¿Pero cómo podía sentir tanto por ella?».

—Anna... —dije cuando noté las contracciones de su vagina abrigando mi miembro. No pude resistirme a aquello; la presión, la humedad, ese calor que me abrasaba... y dejé de luchar. Moviéndonos los dos al mismo ritmo y jadeando en cada investida, me vacié. Creí que me moría, nunca había sentido nada igual. Nunca había vivido un orgasmo con tanta intensidad.

Sudorosa y agotada se tumbó sobre mi pecho, aún atrapado dentro de ella. Fue entonces

cuando percibí una inmensa paz en mi interior:
—Joder, Anna; ha sido bestial.

Dos días después. Anna, en su casa

Apoyada sobre su brazo, Anna, no podía dejar de mirar los ojos castaños de Pablo, que la observaba con una sonrisa de medio lado.

El domingo, Raúl no apareció por el piso, la noche de Sant Joan la terminó en casa de Xavi. Anna y Pablo no desaprovecharon el momento. En Còctels, aunque tuvo que dar explicaciones de todo lo ocurrido con Marc, pronto volvió la normalidad. Ese domingo, tras el trabajo, Raúl nuevamente se fue con Xavi; el lunes era su día libre y acostumbraban a pasarlo juntos. Una vez más, Pablo y Anna aprovecharon para no separarse hasta que, el lunes por la tarde tuvieron que ir al trabajo. El martes, a pesar de que estuvieron separados durante todo el día, en cuanto Raúl salió por la puerta para ir a Còctels, Pablo se plantó en casa de ella.

Acababan de terminar de hacer el amor y Anna se sentía relajada y de buen humor. Su día libre estaba siendo perfecto al lado del malagueño. Se encontraba contenta por cómo estaba yendo todo.

Él le acarició el cuello con su mano y ella dio un sonoro suspiro.

—Te invito a cenar; si me cuentas lo que estás pensando —le propuso el chico.

—Estoy contenta, solo pensaba en eso. Me gusta estar contigo. —Con el dedo, Pablo le dibujó algo en su piel. El cosquilleo que notó le produjo un estremecimiento de placer que le hizo sonreír.

—¿Dónde quieres que te lleve a cenar? —le preguntó en un susurro.

—En el barrio Gótico hay un pequeño restaurante en el que ponen comida mejicana; siempre me gustó.

Ese restaurante le encantaba a Anna, pero siempre tuvo que ir sin Marc, él jamás probaba comidas exóticas: ni chinos, ni mejicanos, ni hindúes...

—Perfecto. —Le dio un beso en la nariz y ella se rio. Pablo era muy cariñoso y eso le encantaba.

Se levantaron, se ducharon y se fueron al restaurante. Comieron tacos y guacamole mientras disfrutaban de una conversación distendida; a Pablo le encantaba escuchar las historias sobre Barcelona que ella le contaba.

Cuando salieron del restaurante, hacía fresco y un escalofrío recorrió el cuerpo de Anna; el verano no parecía querer llegar. Pablo, atento, se pegó a ella y le echó el brazo por encima. Anna lo premió con una mirada agradecida. Era reconfortante tenerlo tan cerca.

—¿Prefieres que pasemos por tu casa para que cojas algo antes de dar el paseo?

—No, así estoy bien —le contestó con una sonrisa.

Decidieron pasear por las calles de Barcelona, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el encanto de la ciudad. Estaban en el barrio Gótico y anduvieron por las calles estrechas, estudiando, una vez más, la estructura de aquel espacio. Pablo no parecía cansarse de caminar por allí.

Sin darse cuenta se encontraron en La Rambla, avanzando dirección al puerto. Abrazados, tranquilos y hablando un poco de todo, como si se conocieran de toda la vida, marchaban perdidos entre tanta gente. Llegaron al mirador de Colón y siguieron dirección a la Barceloneta. Terminaron sentados en la playa, bien retirados de Còctels, abrazados y mirando el extenso mar Mediterráneo. La suave brisa marina la estaba dejando helada y se pegó un poco más al calor del chico. Pablo era un estupendo calefactor natural y no quería irse de allí. En el cielo, una enorme luna brillante los observaba con descaro.

—Mañana hay un eclipse de luna —apuntó Pablo mirando al satélite terrestre.

—Mañana estaremos trabajando. —Anna lo observó con el ceño fruncido—. Pablo, preferiría que el *grup* aún no supiera nada de lo nuestro.

Hasta ahora no habían comentado nada al respecto, Anna creyó que por el momento, era mejor así.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. No creo que estemos haciendo nada malo.

—Ya, pero... —Dudó—. Los conozco muy bien y van a estar molestándonos con el tema cada vez que puedan. Ahora mismo no estoy preparada para aguantar sus preguntas y sus bromas.

—Como tú quieras. —Le dio un beso en la punta de la nariz—, pero no sé si voy a poder disimular; ellos saben que me gustas.

—¿Habéis estado hablando de mí?

—Me han preguntado; no son tontos; hemos estado muchos días compartiendo tiempo juntos. —Le acarició el brazo.

—En ese tiempo no ha pasado nada —comentó irritada—. Nos hemos dedicado a compartir un *hobby*, solo eso. No sé por qué sacan falsas deducciones.

—Vuelvo a repetirte que no son tontos. —Se rio y la apretó contra sí—. Saben que el roce hace el cariño; y, a los hechos me remito.

—Sabes perfectamente que podía haber quedado en nada. Aunque tengamos cosas en común, hay muchas otras que no compartimos. Además, empezamos con mal pie...

—Sí. —Volvió a reírse—. Yo te veía una niña mal criada y malhumorada. ¿Por qué te metías tanto conmigo?

—Fueron muchos factores, la verdad. —Lo miró con ternura—. El principal motivo fue que llegaste en el peor momento. Te vi como a un enemigo. —Su voz se quebró al recordar aquellos días tan duros.

—Yo no quise que eso pasara así —le dijo besándole la mejilla—. Todo habría sido más fácil si hubiese ocurrido de otra manera, pero...

—Me dijiste que llegaste porque te peleaste con tu familia.

—Sí, Fran, mi hermano... —Se quedó callado, sin poder hablar, mirando la enorme luna brillante—. Sé que todo se va a arreglar. Espero que todo se arregle.

—¿Pablo? —Sintió un gran miedo dentro—. ¿Y, cuando eso suceda? Cuando se arregle lo tuyo con tu familia, ¿te iras a Málaga?

—Ahora tengo mis dudas. —La volvió a besar, esta vez en el cuello. Pablo era muy cariñoso—. Ahora estás tú; no me podría ir a Vélez sin ti.

—No sé si yo podría dejar Barcelona —comentó algo más aliviada.

—A mí me gusta esto. —Con un ligero movimiento de cabeza, señaló las luces de la ciudad

con sus ojos—. Barcelona me ha acogido demasiado bien.

—¿Sabes? —Sonrió—. Otra cosa que no soportaba de ti era tu acento.

—Me di cuenta —dijo arrugando la frente—. He intentado suavizarlo, pero me cuesta mucho... es como si estuviera imitando a alguien, me suena antinatural.

—No lo hagas, sé tú mismo. —Le acarició la mejilla—. Es tu identidad. Nunca la pierdas, estés donde estés. Nunca pierdas tu identidad.

Pablo se acercó a sus labios y la besó con ternura. Se echó sobre ella, dejándola tumbada sobre la arena de la playa. Recostada en aquella improvisada manta y, con el chico sobre su cuerpo, el frío que sintió unos minutos antes desapareció por completo; en su lugar, un calor abrasador invadió su interior.

—Me estás volviendo loco —le susurró Pablo en el oído.

—Y tú a mí —le confesó Anna, apretándolo contra ella.

Enlazada a él, Pablo hizo un movimiento rápido y se vio sentada sobre la dureza del chico. Mientras se besaban y se acariciaban, la temperatura de sus cuerpos iba subiendo de forma acelerada.

—¿Por qué no nos vamos a tu casa? —le propuso Pablo jadeando.

Dos días después. Pablo, en su casa

Sentado en mi cama, con la espalda apoyada en el cabecero, mientras procuraba dibujar un alzado, volví a mirar por la ventana hacia su cuarto; sabía que ella no estaba allí y sonreí por mi estúpida manía de no parar de escudriñar su habitación aun advirtiendo que estaba vacía.

Llevaba en Barcelona casi dos meses y mi vida había cambiado de forma notable desde que me topé con Anna. Primero, cuando abrió la caja de Pandora, al recordarme mi pasión por la arquitectura. Y después, al conocerla a ella. Entrar en mi vida y yo en la suya me mantenía más vivo que nunca. Jamás pensé que pudiera sentir algo tan fuerte por una persona, y en tan poco tiempo.

Volví a mirar mis escasos trazos dando un hondo suspiro; me sentía feliz y agradecido por cómo iba encaminándose mi vida y todo gracias a ella.

Llevábamos desde la semana anterior sin quedar para pintar; teníamos que aparentar distanciamiento.

Por supuesto, no compartía su insistencia en ocultar lo nuestro a los chicos, aunque reconozco que la entendía. Había terminado una relación de forma dramática y se tropezaba conmigo; no quería agobios, necesitaba algo de espacio, necesitaba estar segura. Si para ello me pedía que «omitiera información» al *grup*, lo haría sin problema. Además, he de admitir que me provocaba cierto morbo.

Ese día, pretendía dibujar en casa, copiar imágenes de las revistas que me trajo, pero mi cabeza me pedía a gritos salir e ir a buscarla. Me levanté de la cama, cogí el bloc y los lápices, los metí en una mochila y salí de mi habitación dispuesto a visitar la Biblioteca, donde Anna me dijo que estaría con Oriá. A fin de cuentas, podríamos vernos sin que ellos lo supieran.

En cuanto me encontré en el salón, Raúl terminaba una conversación telefónica; se le veía preocupado.

—¿Pasa algo, Raúl? —indagué.

—He estado hablando con tu hermana.

—¿Hay alguna novedad? —le pregunté con el alma encogida. Me había olvidado totalmente de Vélez y de mi familia. Sentí un pinchazo en el estómago por mi despreocupación.

—Fran sigue sin asomar por la casa de tus padres. Han hablado con él, pero el cabezón de tu hermano les da largas. Rocío está preocupada.

—Hija de puta. Lo que ha liado —gruñí con los dientes apretados pensando en Tesa.

—Supongo que hablas de Tesa —apuntó con un tono desdenoso—. Pablo, tú también tuviste algo de culpa, ¿no?

—Sí, mi culpa fue beber hasta perder la razón.

—Siempre evitas hablar del tema y me escama escucharte comentarios como este, insinuando que fuiste una víctima. ¿Qué pasó? ¿Qué fue lo que ocurrió esa noche, Pablo?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. No me acuerdo. Esa noche salí con Fran y sus

colegas y bebimos mucho. Después, me despertaron las voces de Fran; fue cuando me di cuenta de que estaba desnudo, junto a Tesa.

—Joder, Pablo...

—No sé lo que pasó —repetí—. Pero, de lo que estoy totalmente seguro, es de que Tesa no es trigo limpio.

—¿No decías que estabas tan borracho que ni te acuerdas de lo que pasó? Igual te sobrepasaste.

—No lo creo, es más, pienso que fue al revés, que ella se aprovechó de mí.

—No puedes hablar en serio. —Me miró con severidad.

—Vamos a ver, Raúl. —Resoplé—. Ella se excusó diciendo que me había confundido con Fran. —Levanté los ojos evidenciando la afirmación—. ¿Crees realmente que, por muy dormida que estuviera, me podría confundir con mi hermano?

Sus ojos se abrieron como platos.

—Te confundió con Fran, dijo que estaba muy dormida —repetí mis palabras, pero sonaron con lejanía, como si aquella declaración la supiera de mucho antes.

—¿Muy dormida para no distinguirme de Fran, pero lo suficientemente despierta para asegurar que mantuvo sexo conmigo?

Ya desde pequeños la constitución de mi hermano y la mía eran bien distintas. Fran era mucho más fuerte y alto que yo. Y luego estaba lo del vello: mi hermano era calvo, pero su cuerpo estaba cubierto de pelo. Lo del olor también era otra distinción, los dos usábamos fragancias totalmente diferentes; hasta mi hermana nos reconocía sin vernos antes de entrar por la puerta del salón de la casa de nuestros padres. Tesa mintió cuando aseguró que estaba muy dormida y nos confundió.

—Entonces ¿por qué no te creen?

—No me escucharon. Intenté defenderme y no me quisieron escuchar. ¿Y sabes qué? Tesa llevaba tiempo intentando provocarme. —No le quise dar detalles, no los necesitaba—. Seguro que esa noche pensó que le sería fácil. Apuesto a que se aprovechó de mi gran borrachera.

—Pero... —Movié la cabeza de un lado a otro—. No lo entiendo. Tu hermano debe saber que miente.

—Mi hermano prefiere creerla a ella a ver la realidad —manifesté lo que creía—. Eligió seguir con su «perfecta vida conyugal».

—¿Y tus padres? —Raúl seguía balbuceando palabras sueltas.

—¿Mis padres? —Reí amargamente—. Mis padres son mayores y conservadores. Para ellos un divorcio es peor que los cuernos que pueda lucir Fran. Lo único que deseaban era quitarme de en medio para que el matrimonio pudiera seguir como si nada.

—No digas eso.

—Es lo que siento. Estoy dolido, muy dolido y defraudado.

—Joder, Pablo. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—¿Dicho? —Me reí—. No hay que ser un hacha para darse cuenta de que la versión de Tesa cae por su propio peso. Y tú la sabías, ¿me equivoco?

—Hablé con Rocío.

—Solo espero que mi familia no tarde mucho en darse cuenta. Mientras, me toca recuperar el control de mi vida aquí.

—¿Y lo estás consiguiendo?

—Sí —afirmé con rotundidad pensando en Anna—. Pero me da rabia que en Vélez sigan creyendo a Tesa.

—No te preocupes, todo se arreglará. —Respiró profundamente, pensativo. Al cabo de unos segundos, preguntó—. ¿Ibas a algún lado?

—Voy a salir a pintar antes de ir a Còctels.

—¿Con Anna? —me preguntó mi primo con una sonrisa ilusionada.

—No, voy solo.

—¿Solo? ¿Anna no te ha llamado para salir a pintar? —preguntó dejando su boca en una línea recta.

—Lleva toda la semana sin llamarme. Creo que ya se ha cansado de mí. —Me encogí de hombros.

—Pero... si estabais muy unidos. ¿El martes qué hicisteis en vuestro día libre? —quiso saber.

—Yo, ver Netflix.

—¿No la viste? —me interrogó con demasiado interés.

—No —mentí como un bellaco.

Esa mentira infantil me hacía gracia, ya habría tiempo de explicaciones si aquello se prolongaba.

—¿Crees que lo de Marc la habrá afectado? —apuntó con tristeza.

—Anna es una mujer muy fuerte. Lo superará. —Intenté quitar importancia—. Lo mejor será no agobiarla mucho.

—Pero... a ti te gusta —protestó.

—¿Y? —Lo reté con la mirada—. No sería la primera mujer que me ignora.

—No. —Negó con la cabeza—. Eres muy guapo, eres simpático y habéis conectado muy bien. No entiendo qué le pasa a esa niña, ¿cómo no lo ve?

Me reí por su comentario. De buena gana le habría dicho la verdad, pero una promesa era una promesa y no quería fallarle a Anna.

—Me tomaré tus palabras como un cumplido. Pero Raúl, es mejor que lo dejes estar. Anna necesita tiempo.

—¿Qué tiempo ni qué niño muerto? Tú no estarás ahí eternamente, esperándola. Anna tiene que espabilar de una vez por todas y olvidarse de Marc.

—Raúl, te lo vuelvo a repetir, déjalo estar. —Le palmeé el hombro al ver la cara de disgusto—. Venga, te dejo. Me apetece dar un paseo y dibujar algo.

El grup, en el café La Tacita de Oro

El mensaje que recibieron de Raúl no era muy explícito, pero por la urgencia, estaba claro que algo gordo pasaba.

Los cuatro amigos convocados a la reunión, confirmaron su asistencia; a las cinco se verían en La Tacita de Oro, una cafetería muy chic en la concurrida Rambla; no muy lejos de Còctels.

Quince minutos antes de la hora y, casi de forma sincronizada, aparecieron en la encantadora cafetería, Mireia y Neus.

—¿Qué crees que querrá decirnos Raúl? —preguntó Mireia a su amiga.

—Ni idea. —Se encogió de hombros Neus.

Mireia notó que a su amiga le pasaba algo. No paraba de tocarse las manos de forma nerviosa.

—Neus, por Dios. No creo que lo que nos tenga que decir Raúl sea para tanto, ¿qué te pasa?

—¿A mí? Nada, ¿por qué lo dices?

—A mí no me engañas, a ti te pasa algo. Habla —la instó con seriedad.

—Mireia —dijo el nombre de su amiga, lloriqueando—. El sábado pasó algo...

—¿Que pasó algo? Explícate, Neus.

—Pablo y yo nos liamos —soltó a bocajarro.

—¿Que qué? —Sus ojos se abrieron de estupor.

—Estábamos bebidos. Él estaba allí, tan guapo. Y, yo...

—Joder, Neus, yo también estaba bebida y no se me ocurrió enrollarme con nadie. Además, a ti Pablo no te gustaba.

—Yo no he dicho en ningún momento que no me gustara. No me gusta para Anna. Son dos cosas distintas.

—O sea, que es eso. —Su boca quedó ligeramente abierta por la sorpresa—. Por eso no parabas de poner pegas a lo de unirlos. Tú lo querías para ti.

—Eso ha sido un golpe bajo —protestó Neus.

—Raúl nos contó los planes que tenía para su primo antes de que llegara, sabías perfectamente que era fruto prohibido.

—¿Te estás escuchando? —bramó Neus acercándose a ella para no gritar—. Raúl no es ningún dios que pueda hacer y deshacer a su antojo. Ni Anna ni Pablo son marionetas que podamos mover al nuestro. ¡No podemos forzar esa relación!

—Solo estamos ayudando a que se conozcan —contestó Mireia con un hilo de voz—. No creo que estemos haciendo nada malo.

—Esto se nos fue de las manos cuando casi atropellan a Pablo. —Suspiró—. Pablo me gusta, Anna no quiere nada con él y no pienso seguir con este absurdo juego.

—¿Entonces, para qué has venido? —le espetó Mireia.

—Quería dejar claro que no contarais conmigo para seguir con esta atrocidad —respondió rompiendo a llorar. Se levantó de la silla—. Como ya lo sabes, me largo.

Salió corriendo y Mireia tras ella al ver a su amiga afligida.

Cinco minutos después, aparecían por la puerta de la cafetería, Joan, Xavi y Raúl.

—Raúl, ¿qué ocurre? —quiso saber Xavi inquieto en cuanto se sentaron.

—¿No esperamos a las chicas? —preguntó Joan.

—Mireia me acaba de enviar un mensaje diciendo que Neus y ella no pueden venir —apuntó Raúl y después los miró con preocupación pensando en lo que los había llevado hasta allí—. ¡Está decayendo! —les dijo

—¿El qué está decayendo? —quiso saber Joan.

—Lo de Anna y Pablo —le contestó Raúl—. Todo lo que hemos hecho no ha servido de nada.

—Con lo bien que iban... —se quejó Xavi—. Apuesto a que la culpa la tiene Marc; mi hermano no tendría que haber salido de Monza.

—Está claro que Marc le sigue afectando. Otra vez se ha encerrado en sí misma —comentó Raúl afligido—. No me gusta nada verla mal; y mi primo piensa quedarse quieto. ¡Que necesita tiempo! Me ha dicho.

—Así nunca levantará cabeza —manifestó Joan, chasqueando la lengua—. Igual Pablo tiene razón y solo necesita algo de tiempo, pasar su luto.

—Otro con el tiempo —gruñó Raúl—. ¡Nada de lutos! ¡Marc no se ha muerto! Marc le fue infiel infinidad de veces. Anna por fin es consciente de que cada migraña que tuvo su novio, fue un engaño y es hora de que espabile.

—Joder; con lo bien que estaban antes de que apareciera el estúpido de mi hermano —recordó Xavi.

—Exacto —afirmó Raúl—. Pero de nada vale que nos lamentemos; hay que actuar. Gracias a nosotros, a esos *estímulos*, los dos estaban muy bien y por ahí hay que seguir.

—Quieres que los *estimulemos* más —repitió Joan con una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Así es —contestó Raúl alegre.

—¿Tienes algún plan? —indagó Xavi.

—Para eso estamos aquí; hay que buscar ideas.

—Yo tengo un montón. —Los ojos de Joan brillaban de pura perversión.

—Joan, tu eres un bestia. —Xavi lo señaló con el dedo índice de forma acusadora. Después, respiró hondo intentando ordenar sus ideas—. Debemos utilizar la sutileza. Vamos a pensar en algo sencillo, nada estrambótico, que haga que se le remuevan las tripas por dentro y que se sientan tan atraídos el uno por el otro que solo piensen en estar juntos.

Anna, en Còctels

Al ver que quedaba poca fruta para la decoración, Anna cogió diferentes tipos de la cesta y con el cuchillo comenzó a cortar: unas en láminas, otras en dados para hacer brochetas y de otras sacó largas tiras utilizando el pelador.

La noche estaba inusualmente tranquila y se trabajaba en un ambiente agradable, sin prisas; el *grup* las llamaba «noches *light*».

Vio que Pablo se le acercaba.

—Anna, necesito dos colas *light*, tres cervezas, un tinto de verano y un cóctel con sabor a fresa. —Le guiñó un ojo con una sonrisa pícaro.

—Pablo...

Aunque intentaba aparentar normalidad con ella, sabía que Pablo no estaba bien; lo encontró raro en cuanto lo vio aparecer en el patio de la Biblioteca.

Estaba sumergida en uno de sus dibujos tirada en el suelo cuando, al levantar la vista, se encontró con él. Al verlo, el corazón de Anna dio un inesperado vuelco. Hacía tiempo que su cuerpo no reaccionaba de esa manera. Lo percibió al conocer a Marc; también ocurrió cuando empezaron a salir. Con los años, esa agradable sensación fue desapareciendo casi sin darse cuenta. Ahora, ese malagueño, le volvía a recordar esos años de atolondramiento: el inconfundible cosquilleo tonto al ver al chico que te gustaba, esa sonrisa bobalicona perenne que te salía en los labios... Todo aquello que creía olvidado para siempre, nuevamente volvía a

resurgir: Y con ello, también apareció un insólito y extraño miedo, difícil de explicar. Quizás, miedo a volver a revivir un desengaño. Anna luchaba por apartar esta negativa sensación de su mente.

Cuando Pablo se acercó hasta ella, en el patio de la Biblioteca, vio que sus ojos estaban llenos de preocupación. Sabía que algo le pasaba. Y no era difícil imaginar que ese «algo» era referente a su familia. Para Anna ese tema estaba vetado, Pablo lo guardaba herméticamente en su interior y ella no se atrevía a romperlo.

—Pasión de fresa —rectificó Pablo al ver la cara que puso Anna. Ella siempre lo regañaba si Pablo no utilizaba el nombre de los cócteles.

—Cómo te gusta hacerme rabiar —le dijo con una sonrisa coqueta mientras se ponía manos a la obra.

—En realidad, me gusta más hacerte otra cosa. —Le guiñó un ojo.

—Pablo, nos están mirando —apuntó Anna frunciendo el rostro.

Pablo se encogió de hombros y fue a limpiar una mesa que se había quedado libre mientras ella preparaba la comanda. No tardó en regresar a por la bandeja y tras regalarle un seductor gesto, se fue.

Aunque seguía trabajando sin parar, su cabecita loca no dejaba de hacerse la misma pregunta, ¿qué le habría pasado a Pablo con su familia? Estaba en esas cuando, a la barra llegó Mireia.

—Ponme: dos cervezas, un refresco de limón y un mojito —le pidió a Anna.

—Marchando. —Miró de reojo a su amiga, la vio inusualmente seria y pensativa—. ¿Mireia?

—¿Sí?

—Te veo muy seria.

—Me duele la cabeza. Y tú, ¿cómo vas? —Intentó claramente desviar la atención de Anna.

—Bien —contestó Anna.

—¿Y con Pablo? —Mireia la miró con atención.

—Es otro compañero más, no sé por qué me preguntas por él —manifestó indiferente. Sintió la mirada escrutadora de su amiga.

—No es otro compañero más —apuntó Mireia—. Con él, también compartes la pintura.

—Sí, pero eso no significa nada.

—Sí. Eso no significa nada. —Sus ojos no paraban de taladrarla y Anna comenzaba a ponerse nerviosa.

A la mente le vino un episodio ocurrido con el *grup*: el día antes de que llegara Pablo a Barcelona, Raúl no paró de contar cosas de su primo y de su familia. Ella no le prestó la menor atención. Anna estaba totalmente convencida de que todos, menos ella, sabían el motivo del enfado con su familia.

—¿Mireia?

—¿Sí? —respondió con duda.

—Y hablando de Pablo... hoy lo veo especialmente raro, ¿tú crees que la cosa con su familia estará peor? ¿Ha dicho algo?

—No sé nada —contestó Mireia.

Anna recordó algo que dijo Pablo. Solo fue una palabra, pero a la chica no le pasó

desapercibida. Intentó utilizar ese «detalle» para probar a su amiga.

—¡¡Y todo por su hermano!! —exclamó moviendo la cabeza de lado a lado con semblante serio.

—Bueno, fue Pablo el que empezó todo.

Con aquel comentario, Anna confirmó sus sospechas: Mireia sabía el motivo. Y, no solo eso, su amiga creía que ella también lo conocía. Sintió su corazón latir, pensando cómo sonsacar aquella información que tanto anhelaba saber. Lo que dijera sería crucial para hacerla hablar.

—Sí, pero yo me habría quedado en Málaga a solucionar «el problema». —Hizo las comillas de forma cómplice, dándole mayor importancia.

—Decidió poner tierra de por medio cuando todo estaba aún caliente —comentó pensativa.

—¡Son hermanos! —resaltó el vínculo que los unía para restar importancia al «problema» que hubieran tenido—. Terminarán haciendo las paces —añadió Anna con convicción.

—Eres muy optimista. —Le sonrió—. Creo que, a menos que su hermano se separe de su mujer; y, pasado mucho tiempo... —Volvió a quedar pensativa. Después, negó con la cabeza—. Aun separándose y pasando mucho tiempo, dudo que llegue a confiar nuevamente en Pablo.

Ya sabía una cosa más. La cuñada de Pablo también estaba implicada en la disputa y, por lo que Mireia decía, era parte muy importante. Pensó rápidamente una pregunta; el corazón seguía latiendo fuertemente.

—Igual... —titubeó—, después de provocar el enfrentamiento, el hermano de Pablo escoge a Pablo y no a su mujer.

Mireia la miró rara, como si no entendiera lo que decía; Anna contuvo el aliento pendiente de su respuesta.

—No se trata de escoger. —Fruunció el ceño—. Y, en todo caso, Pablo siempre saldrá perdiendo, no hay que olvidar que el matrimonio tiene una hija en común y eso tiene peso.

Nada, no soltaba prenda. Lo volvió a intentar otra vez.

—Pero si el hermano de Pablo se entera de que fue su mujer la que lo enredó todo...

—Esos *enredos* son cosa de dos. Y, Pablo, debería haber mantenido su cosita guardada y no haberse entrometido en un matrimonio con una hija —dijo con enojo, cogiendo la bandeja ya preparada y dejándola sola.

¿Pablo se había acostado con su cuñada? ¿Por eso se fue de Málaga? Ahora le cuadraban muchas cosas, por eso no quería hablar con ella del enfado con su familia. Su estómago se contrajo de forma dolorosa. A la cabeza le vino Marc y su engaño. Era inevitable no hacer comparaciones con su ex. Pablo era igual que Marc. Notó un inmenso dolor en su interior; quizás mayor del que le provocó Marc. Seguidamente su cabeza empezó a dar vueltas; cogió una cerveza y la bebió con avidez intentando paliar ese mareo que le causó el golpe.

Después de la revelación, como un robot, Anna siguió trabajando y, aunque la noche siguió *light*, su tranquilidad se había desvanecido. Se movía como un zombi mientras su cabeza no dejaba de devanarse los sesos.

Mientras sus compañeros trabajaban con vehemencia, Anna no podía estar más atormentada y con la mente más lejos de allí; solo pensaba en Pablo.

Fue justo antes del cierre cuando Mireia la irrumpió de nuevo.

—Anna, me ha dicho Xavi que te diga, que le enseñes a Pablo la ubicación de las bebidas en la barra y que le des un listado de los cócteles para que lo memorice —le comentó Mireia con

cara de preocupación.

—¿Dónde está Xavi? —preguntó sin entender nada de lo que su amiga le había dicho.

—¡¿No te has enterado?! ¡Vaya noche que llevas! —Al ver la cara de asombro de su amiga, Mireia le explicó—. Raúl ha tenido que llevarlo al hospital con el hombro fuera de su sitio.

—¿Otra vez? —No era raro que a Xavi se le saliera el hombro. Ahora tendría que estar varios días con el brazo inmovilizado.

—Sí —afirmó su amiga—. El tiempo que esté convaleciente tendrás a Pablo en la barra.

—¿A Pablo? —Un súbito escalofrío le recorrió la espina dorsal—. ¿Y por qué no te quedas tú o Joan o Raúl? No tendría que explicar nada.

—Órdenes del jefe.

—¡Joder! —protestó Anna. Justo ahora, cuando necesitaba espacio para pensar.

—Xavi le ha dado las llaves a Joan para que cierre. —Aunque Anna también tenía las llaves del *pub*, Xavi prefería, por motivos de seguridad, que lo hiciera un chico—. Ahora mismo Joan está en los baños y yo me pondré a recoger las mesas; me ha dicho que en cuanto termines con Pablo os larguéis. Él se encarga del resto.

—¡Joder! —Examinó de un lado a otro, buscando una salida imaginaria—. Y, ¿dónde está Pablo? —preguntó viéndose atrapada.

—Creo que está en el almacén.

Con la mano en la manivela del almacén, intentó organizar su mente antes de enfrentarse con Pablo. Respiró hondo, procurando tranquilizarse. Anna sabía que actuar en caliente nunca llevaba a buen puerto. Lo mejor era digerir la información y después hablarlo con él, como una persona razonable. Lo que ella ignoraba era cuánto necesitaría para asimilarlo todo. Intentaría esquivarlo en la medida de lo posible hasta poder hablar de ello con la mayor frialdad posible.

En cuanto Anna se vio preparada, empujó la puerta de metal con una seguridad que no tenía; la estancia se quedó expuesta ante ella. Cuando entró, escuchó el golpe seco del metal al chocar contra el marco. Se quedó con la boca abierta cuando vio a Pablo.

Pablo, en el almacén

En una noche más movida, todo habría sido más fácil, pero verla allí y sin poder tocarla, me estaba resultando toda una tortura.

Ya casi al final de la jornada, la tranquilidad del día se esfumó. Estaba en la terraza, limpiando las mesas para colocarlas, cuando escuché a Xavi gritar de dolor. Miré hacia él y vi que Raúl, más pálido que un muerto, a su lado, le agarraba el brazo con delicadeza. La cara del dueño de Còctels... daba miedo mirarla: sus ojos estaban desencajados y sudando de forma exagerada.

—¿Qué ocurre? —les pregunté asustado.

—A Xavi se le ha salido el hombro —respondió mi primo.

—Ven, te lo pongo en su sitio. A mi hermana le pasa mucho —me ofrecí.

—No, no. —Negó con la cabeza, Xavi—. Raúl me va a llevar al hospital. No es la primera vez que me pasa.

—Como quieras.

—Pablo —me llamó mi primo—. Se me han derramado unas cajas en el almacén ¿puedes ir a arreglar lo que he liado?

—¿Necesitáis que haga algo más? —le pregunté.

—Ve al almacén, Mireia se encargará de las mesas. —Desvió la mirada al brazo de Xavi—. Y Joan de cerrar. Esta noche me quedaré con Xavi, no me esperes, no sé cuándo llegaré.

—Tranquilos, yo me encargo.

En cuanto Raúl y Xavi desaparecieron de allí, me dirigí al almacén.

Abrí la puerta y entré. El portón se cerró tras de mí gracias al automatizado hidráulico, haciendo un ruido chirriante. Mis ojos se abrieron como platos ante aquella visión caótica. Parecía que allí se había librado una batalla campal. Había bolsas de pajitas por todo el suelo mezcladas con las de servilletas de papel y los palos de madera. Era un caos total.

—¿Pero cómo...? —pronuncie con incredulidad.

Vi las cajas a un lado tiradas y todas ellas con el culo abierto. ¿Cómo era posible que hubiera cedido el fondo de tres cajas? Respiré hondo dispuesto a no darle más vueltas y ponerme a recoger. Busqué algo con lo que volver a armar el cartón; no tardé en localizar un rollo de adhesivo transparente. Lo cogí y me dispuse a montar las cajas. Estaba en ello cuando escuché a Anna detrás de mí.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

—Raúl me dijo que se le habían derramado algunas cajas. —Levanté las cejas con una enorme sonrisa—. No creí que fuera tanto.

—¡Joder!

—Esa boca, señorita —la amonesté como ella hacía cada vez que yo decía alguna palabra que ella calificaba como incorrecta.

—¿Pero cómo...? —No pudo decir más y yo me reí. Justo lo que yo había dicho.

—Los culos de las cajas cedieron al cogerlas —le expliqué.

—Pero... —seguía balbuceando.

—¿Me vas a ayudar o te vas a quedar ahí como un pasmarote?

Aquello pareció hacerla reaccionar y no tardó en ponerse a trabajar conmigo.

Tardamos un buen rato en recoger todo, en un silencio casi sepulcral. Aunque intenté provocar conversación, Anna estaba inusualmente callada y pensativa. Algo había ocurrido y no creía que fuera lo ocurrido a Xavi.

En cuanto terminamos de situar la última caja en su sitio, habló:

—Me ha dicho Xavi que te explique cómo funciona la barra. Mientras él esté de baja, me acompañarás —dijo muy secamente, detalle que no me pasó desapercibido—. Te daré una copia con todos los cócteles que preparamos para que te los estudies.

—Bien. Pero, sé cómo se preparan los cócteles, he trabajado antes en sitios parecidos a Còctels, puede haber algún cambio, pero nada que no sepa solventar con tu ayuda. —Me acerqué a ella y fui a besarla, pero ella me esquivó.

—Pablo, no. —Desvió la mirada—. Me lo prometiste.

Me tranquilicé. Creí que Anna tenía algún problema conmigo, pero aquello me confirmó que no, solo estaba guardando las distancias en el trabajo; era cierto que podría aparecer Mireia o Joan en cualquier momento.

—Luego hablamos —le dije con una sonrisa; ella no me contestó y siguió andando.

Nos acercamos a la puerta del almacén y cuando fui a abrir no pude. Miré a Anna descolocado.

—¿Hay algún truco para abrir la puerta? —le pregunté.

—No. Déjame a mí. —Me aparté para que ella pasara. Tiró de la manivela sin ningún resultado; la puerta parecía cerrada.

Se volvió y me contempló con ojos asustados.

—No puede ser —tras decir esas palabras casi en un susurro, volvió la mirada a la puerta y comenzó a dar puñetazos y patadas contra ella—. ¡¡Abrid!! ¡¡Estamos aquí!! ¡¡Joan!! ¡¡Esto no tiene gracia!! ¡¡Abrid por favor!!

Al entender lo que ocurría, me sumé a la causa de hacernos oír con gritos y golpes.

Todo fue inútil; después de un largo tiempo (no había manera de saber cuánto) desistimos. Sin teléfonos para llamar; con tan solo nuestras voces y los puños para hacernos escuchar; terminamos agotados. Nos tiramos en el suelo el uno al lado del otro con la cabeza gacha.

—¿Crees que lo han hecho a posta? —pregunté por romper el silencio. Anna no estaba de humor.

—No lo creo. No tendría ninguna gracia.

—Si ha sido un accidente... —Me quedé pensando en voz alta—. Nos dejarán aquí hasta mañana.

Anna volvió la cabeza despacio y me miró con ojos aterrados. Movía la cabeza de lado a lado negando que aquello fuera a ocurrir realmente.

—Se darán cuenta antes. Cuando Raúl vea que no has llegado a tu casa irá a la mía y comprobará que yo tampoco estoy, vendrán aquí y... —No quise que siguiera y la corté.

—Raúl se va a quedar con Xavi en su casa, me dijo que no lo esperara.

—No puede ser —Comenzó a llorar desconsolada.

—¡Eh, eh! No estás sola, estamos juntos.

Me acerqué para abrazarla, pero no me dejó; se separó de mí con ojos coléricos, como si mi cuerpo le quemara. Se colocó bastante retirada, marcando claramente la distancia y mirándome como si fuera un monstruo. Aquello me dolió.

—¡No me toques! Ni se te ocurra volver a tocarme. ¿Cuándo pensabas contármelo?

Me quedé quieto, sin saber qué decir; ni cómo actuar. Era cuestión de tiempo que Anna se enterara de lo de Neus. Tenía que haber hablado con ella antes, pero con el avance de nuestra relación, se me había pasado.

—Tenía que habértelo contado —le dije avergonzado—, pero se me pasó.

—¿Qué se te pasó? ¿Cómo es posible? —Sus ojos denotaban incredulidad.

—De verdad que no le di mayor importancia. Los dos estábamos muy bebidos, tú te habías ido con Marc; y Neus...

—Espera, espera. ¿De qué coño hablas, Pablo?

Me quedé mudo. Si Anna no sabía de lo que hablaba, ¿qué era lo que le tenía que contar? No tuve que pensar mucho. Encerré la cabeza entre mis manos y esperé a que hablara.

—Pablo, me vas a volver loca —pronunció con voz agotada.

—En San Juan, cuando te fuiste con Marc, me quedé muy rayado y comencé a beber —le expliqué, era lo menos que podía hacer—. Neus estaba ahí, también muy bebida e intentó

animarme. Solo nos dimos unos cuantos besos, no llegamos a más. No te podía sacar de mi cabeza. —Suspiré—. Y, de lo otro, ¿qué es lo que te han contado?

Levanté el rostro y la miré.

—Que te acostaste con tu cuñada. —Me retó con la mirada. Era fría como un témpano, sentí una enorme punzada en mi interior —. Pablo, tú sabías lo que Marc me había hecho; sabías que cuando me enterara, no lo iba a tolerar.

—Anna, no sabes nada. —Negué con la cabeza.

—¿Qué tipo de personas son las que dañan a los que más quieren? Si causan dolor a seres importantes, ¿qué harían con los que no los son?

Sentí que la rabia me subía del estómago a la boca, al escuchar aquellas reflexiones baratas. Anna estaba claramente pensando en Marc. Era como si aprovechara «mi historia», una historia que ignoraba, para reprocharme todo lo que sintió cuando se enteró del engaño de su ex.

—¿Me estás comparando con Marc? —respondí alucinado.

—¡¡No lo nombres!! —gritó fuera de sí—. Ni se te ocurra nombrarlo. Los dos sois unos hijos de puta.

—¿No te ves? Creías que habías cerrado esa historia, tú me lo dijiste. Pero sigues enfadada con él —le espeté.

—¡¡Eso no es verdad!! —Se tapó los oídos con las manos.

—No sabes lo que me ha pasado. Podías haber preguntado, pero no, es más fácil hacerte tu propia película.

—¿Por qué no me lo has contado? Más de una vez pudiste hacerlo, ¿por qué me lo ocultaste?

—Porque esperaba que todo se arreglara.

—¿Que se arreglara? ¿Cómo? ¿Te acostaste o no con ella?

—No lo sé. No sé qué pasó. No me acuerdo de nada.

—¿Te acostaste o no con ella? —volvió a repetir.

—Anna, no lo recuerdo. Solo puedo asegurar que aparecí en su cama. Creo que ella me llevó hasta allí para aprovecharse de mí. —Resoplé impotente—. Pero a ti te da igual, ¿no? Ya me has juzgado y condenado.

Con los ojos inundados en lágrimas, se levantó y se sentó en la esquina más apartada de mí.

Apoyando los brazos en mis rodillas flexionadas, metí la cabeza entre ellos y comencé a llorar. Era la primera vez que explotaba después de lo ocurrido con mi familia. No lloré cuando tuve que aguantar la reprimenda de mi padre ni cuando vi la cara de desprecio de mi hermano o la de mi madre, de decepción. Nadie quería escucharme, nadie quería creerme. Todos confiaban en las palabras de Tesa.

Cinco días después. Anna, en su casa con Neus

Anna no dejaba de preguntarse una y otra vez cómo había llegado hasta ese punto. ¿Cómo? La noche que pasó con Pablo en el almacén no fue tan reveladora como los días que siguieron. El tenerlo cerca, el mirarlo, el olerlo, el no poder tocarlo... Ni con Marc había experimentado tantas emociones juntas como con aquel malagueño. Ese martes tendría un respiro; Xavi por fin estaba recuperado y ella podría disponer de su día libre. Desconectar totalmente sería algo complicado sabiendo que, solo una fina pared la separaba de Pablo.

Oria ladró en cuanto escuchó una notificación de wasap. Miró su móvil y vio que era Neus. Su amiga, llevaba desde el pasado viernes intentando hablar con ella, pero Anna le daba largas; no le apetecía escuchar de su boca que se había enrollado con Pablo. Esta vez, Neus, estaba decidida a verla, el mensaje que leyó lo dejaba claro: en cinco minutos estaría en su casa y por su bien, esperaba encontrarla allí.

Tal y como había prometido Neus, el portero sonó pasados pocos minutos. Anna le abrió la puerta del portal sin preguntar. Después fue el timbre de su casa el que anunciaba su llegada.

—Estás hecha una mierda —la saludó Neus cuando se encontró cara a cara con ella.

—Me da igual. —Anna le dio la espalda y caminó hasta el sofá—. ¿Qué quieres?

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué? Si es para contarme tu aventura con Pablo en Sant Joan, llegas tarde; ya me enteré.

—¿Por qué noto cierto tono de inquina? —preguntó Neus con los ojos clavados en ella—. Pablo y tú no tenéis nada.

Anna miró a Oria y la acarició, no quería enfrentarse a su amiga.

—¿Es eso lo que me ibas a decir o es otra cosa? —la interrogó con severidad.

—Es otra cosa. —Bajó el volumen de voz.

—Pues habla, hoy no estoy de humor.

—Siento venir a empeorarlo. —Suspiró—. Realmente, esta conversación, debía haberse producido bastante antes, pero sinceramente, nunca creí que llegarían tan lejos y no puedo dejarlo pasar ni un día más.

—¿Vas a hablar de una puta vez? Me estás poniendo nerviosa.

—Raúl embaucó al *grup* para intentar unirte a Pablo.

Anna no entendió nada de lo que había escuchado y su cara se frunció en una clara señal de confusión total.

—¿Qué?

—Raúl, con la ayuda del *grup*, ha creado situaciones para que vosotros dos estuvierais juntos —dijo más despacio.

—No entiendo nada —volvió a pronunciar.

—¿Te acuerdas cuando quedamos en el museo y nadie acudió a la cita? Todo estaba planeado. ¿Y que Pablo se encontrara contigo mientras pintabas por las calles de Barcelona? También. ¿Te acuerdas cuando salimos de marcha? Te metieron algo en la bebida para que te pusieras cachonda y facilitar el camino a Pablo. El accidente con el coche, vuestro encierro en el almacén... Todo lo que te ha pasado con Pablo ha sido fruto de la mente retorcida de Raúl y la ayuda del *grup*. Aquí tengo la prueba.

Neus le entregó una libreta. Anna sintió que su cabeza comenzaba a dar vueltas; daba un rápido repaso por todas esas extrañas situaciones de las que hablaba Neus, pero eran tantas, que su mente saltaba de unas a otras sin pararse en ellas.

—¿Por qué? —pudo decir observando la libreta.

—Según Raúl, había tenido uno de sus sueños premonitorios: vosotros dos seríais pareja tarde o temprano; él propuso acelerar el *proceso*. Ahí lo explica todo.

—¿Pablo estaba al corriente de todo esto?

—No, Pablo no sabe nada.

—¿Tienes algo más que decir? —preguntó al borde de la desesperación.

—Quería decirte que Pablo me gusta mucho y dando por hecho que tú nunca querrás nada de él, pienso hacerlo yo.

La observó con los ojos como platos y la boca abierta. Pasaron unos largos segundos hasta que asimiló lo que Neus le había dicho.

—¿Y si te digo que nunca des por hecho nada? —manifestó en un susurro.

—¿Tú también estás interesada en él? Creí que...

—Neus, Pablo me remueve por dentro. Me impulsa a seguir viviendo con ilusión. Hacía tiempo que nadie me hacía sentir así. A su lado, sé que sería feliz. —La miró a los ojos para que quedara bien claro—. Y sí. A tu pregunta, sí. Estoy interesada en él.

La cara de su amiga palideció al escuchar esas palabras. Realmente Anna, habló de forma mecánica, sin pensar en lo que decía; hasta ella misma se sorprendió de su impulsiva declaración.

—¿Que estás interesada en Pablo? Pero... si tú estás colada por Marc, siempre has estado colada por él.

¿A qué venía eso ahora? ¿Por qué nombraba a Marc? Anna no era ninguna niña ingenua. Recordó algo que le dijo Marc y solo tuvo que sumar uno más uno para dar con la solución.

Se acercó a ella y, a escasos centímetros de su cara, le preguntó:

—¿Por qué hablaste con Marc? En Sant Joan, me dijo que hablaste con él.

—¿Marc? Bueno, yo —titubeó—, pensé que lo arreglaríais, solo quería que os arreglarais.

—¡¡Neus!! Me fue infiel en infinidad de ocasiones —dijo indignada.

—A ti no parecía importarte. Con él eras feliz.

—¡No sabía que me engañaba! —le gritó—. Viví en un engaño. Raúl y Xavi me abrieron los ojos. —Quedó pensativa unos segundos con la boca abierta—. Tú lo que querías era quitarme de en medio para tener a Pablo libre para ti. Sabías que el *grup* no permitiría que te entrometieras en su plan.

—Vosotros no ibais a llegar a nada.

—¿En eso te excusas? Ellos no han jugado limpio, pero tú menos aún. ¡Eres lo peor!

—Quería que Pablo se fijara en mí —lloriqueó.

—¡Fuera de aquí! —Señaló el camino de salida con su dedo índice—. Amigas como tú, mejor tenerlas lejos.

Cuando Neus se fue, Anna notaba que la cabeza le iba a estallar. Se dirigió al cuarto de baño, abrió el grifo de la bañera y la llenó hasta arriba de agua caliente. El calor no parecía llegar a culminar ese verano y, cuando se introdujo en el líquido cálido, sintió un gran alivio. Echó la cabeza hacia atrás y con los ojos cerrados y la mente en blanco, se dejó acariciar por la grata sensación. Ya tendría tiempo de pensar; ya tendría oportunidad de poner en orden su mente; ya tendría tiempo...

Pablo, en su casa

Cuando advertí las voces de Anna en su apartamento, estuve tentado a ir, pero duraron poco. Lo último que se escuchó fue un gran portazo y todo quedó en silencio.

Como un viejo chismoso me acerqué a la mirilla para ver con quién había estado discutiendo. Al ver a Neus, solté el aire que tenía contenido. Menos mal que no irrumpí en su casa, la cosa se podría haber complicado bastante más.

Anna se metió en el baño y abrió el grifo de la ducha. Me la estaba imaginando, desnudándose para meterse en el agua, cuando mi teléfono interrumpió mi lujuriosa imaginación.

Al contemplar la pantalla vi que se trataba de mi hermana Rocío. Me extraño sobremanera, ella no solía llamar por teléfono a menos que fuera algo realmente importante. Mi corazón comenzó a latir desbocado mientras mi cabeza pensaba en cosas nefastas.

—Rocío. —La voz se me atragantó cuando la escuché llorar—. ¿Qué ha pasado?

—Pablo, Fran ha venido hace un momento —dijo entre sollozos—, y, sin decir nada, dejó a la pequeña Sandrita con nosotros.

—¿Se fue? ¿Sabes dónde? ¿Dijo algo? —le pregunté alterado.

—No lo sé. Ya te he dicho que no dijo nada.

—¿Nada de nada? —insistí.

—No —negó sin dejar de llorar—. Pablo, tenías que haber visto sus ojos, echaban chispas. Estoy segura de que algo ha pasado con Tesa.

—¿Y papá y mamá? —pregunté por mis padres.

—Están intentando animar a Sandrita. La pobre está asustada.

—¿Habéis hablado con ella?

—Sí. No sabe nada. —Suspiró—. Fran la recogió de la casa de su tata y la trajo directamente aquí. La pequeña no ha pasado por su casa.

—Joder, joder. —Lamenté que aún no existiera la teletransportación—. Rocío, escúchame: dile a papá que se acerque a la casa de Fran para comprobar que todo esté en orden, que no dude en llamar a la policía si ve cualquier cosa extraña. Yo intentaré llegar lo antes posible a Vélez.

—Pablo, tengo miedo. Nunca había visto así a Fran, ni cuando se peleó contigo.

—Tranquila —volví a calmarla—. Llamaré a Fran a ver si me coge el teléfono.

—Pablo, te necesito aquí. No tardes en venir. Por favor.

Los lloros de mi hermana pequeña me partían el alma y lo más frustrante era no poder

abrazarla para transmitirle mi apoyo.

—Rocío, haz lo que te he dicho. Pronto nos veremos.

Cuando colgué el teléfono, mis manos temblaban. Me fui a mi dormitorio y con determinación cogí mi portátil y me puse a buscar vuelos a Málaga. Mientras indagaba en el ordenador, intentaba hablar con Fran, pero su teléfono aparecía como apagado. Maldije a mi hermano por su actitud.

Tuve la enorme suerte de encontrar un vuelo que saldría en dos horas y no dudé en comprar un billete. Dando media vuelta, comencé a preparar una mochila con lo básico. Volví a coger mi teléfono, pero esta vez con la intención de avisar de todo a Raúl.

En media hora creía tener todo organizado. El taxi, al que había llamado para que me llevara al aeropuerto, llegaría en quince minutos. A la espera de este, miré la pared que daba al piso de Anna. No sabía si decirle algo o no. Respiré hondo y me dirigí hacia la salida.

Una vez me encontré frente a la puerta de la barcelonesa que me había robado el corazón, toqué sin pensarlo. No advertí el ladrido de Oria y supuse que habían salido de la casa. Cogí mi móvil y la llamé, pero fue inútil, escuché su estridente sonido a través de la puerta; lo había dejado allí. Me hice una nota mental: «enviar un mensaje a Anna cuando llegue al aeropuerto».

El taxi llegó poco después de que bajara hasta la entrada de la puerta de nuestro edificio. Antes de subirme al vehículo, hice un rápido repaso de lo que me rodeaba. No sabía cuándo volvería a ver aquella hermosa ciudad que se había colado dentro de mí en tan poco tiempo.

Horas después. Pablo, en Vélez-Málaga

Nada más entrar por la puerta de mi casa, Rocío se abalanzó hacia mí llorando desconsolada. No pude preguntar nada, ya que a lo lejos, escondida tras una cortina y acechándonos como un animal atemorizado, vi a mi sobrina; un enorme dolor inundó mi corazón.

—¡Sandrita! —Solté a mi hermana para dirigirme a ella—. ¿Qué haces todavía despierta? Es muy tarde.

—*Mamita* está en el hospital y *papita* está con ella —me dijo con los ojos muy abiertos sin dejar de observarme.

Me levanté y miré a Rocío para que me explicara.

—Pablo, mamá ha sufrido una angina de pecho. Papá está con ella en el hospital.

—Jod... —No terminé de maldecir; me acordé de que mi sobrina estaba delante—. ¿Cómo está? ¿Se sabe algo?

—Está controlada, pero tendrá que estar en el hospital unos días.

—Jod... —Volví a recordar a mi sobrina—. ¿Se sabe algo de...? —miré a la pequeña.

—No. Cuando papá iba a ir a buscarlo, mamá empezó con un dolor muy fuerte en el pecho.

—Bien. —Me quedé pensativo—. ¿Has intentado hablar con él? En el aeropuerto me quedé sin batería y no he podido hacer nada.

Esa era otra: sentando en el aeropuerto, a la espera de que anunciaran el embarque de mi vuelo, me dispuse a mandar el mensaje a Anna y después insistir con el teléfono de mi hermano, pero mi móvil decidió apagarse justo en ese preciso momento.

—No. Tiene el teléfono apagado —me confirmó lo que yo ya imaginaba.

—¡¡Este tío es gilipollas!! —Salté importándome un bledo que mi sobrina abriera los ojos alarmada.

—Tito, está feo decir palabrotas —me regañó Sandrita.

—Tápate los oídos, pequeña, creo que no voy a poder aguantarme. —Le acaricié la cabeza mientras ella se tapaba las orejas, obediente.

—Ven, Sandrita. —Rocío la cogió de la mano—. Aún no ha terminado *La Sirenita*.

Seguí a Rocío hasta el pequeño estar de la casa de mis padres y sentó a la niña en el sofá, frente al televisor.

—Quédate aquí. El tito Pablo tiene hambre, voy a prepararle algo, ¿vale?

—Vale, tita —contestó dando un bostezo.

Seguido de Rocío, me dirigí a la cocina. Notaba tanta presión en mi cabeza que creía que en cualquier momento podría romperse.

—Entonces ¿de Fran no sabes nada? ¿Has hablado con su amigo Jorge?

—Sí, pero está fuera y tampoco sabe nada.

—¡Joder! Parece que todo está en nuestra contra. —Miré a mi hermana—. Voy a ir a casa de Fran. Espero que tu moto esté a punto.

—Sí. Puedes cogerla. Pablo, en cuanto llegues, llámame, por favor. Me encuentro atada de pies y manos sin poder moverme de aquí.

—Mi móvil no tiene batería.

—Llama desde una cabina, para a quien sea y pídele el teléfono, pero no me tengas aquí mucho rato con esta angustia. Por favor.

—Está bien. Apúntame tu número.

Salí de casa, cogí la moto de mi hermana y me dirigí a casa de Fran. No sabía qué me podría encontrar cuando llegara. Como prevención, me llevé la copia de las llaves del piso de mi hermano que mis padres guardaban en su casa.

Cuando llegué, mi corazón latía desbocado, estaba agitado por culpa de la adrenalina. Toqué al portero; nada. Con las manos temblorosas, abrí el portal. No esperé al ascensor. A pesar de que vivían en un cuarto, me encaminé hasta la escalera. Subí los escalones de tres en tres, a todo lo que daban mis piernas.

Agachado por el agotamiento del repentino esfuerzo y con la respiración agitada, llamé al timbre; nada. Tardé más de lo normal en introducir la llave en la puerta; el tembleque que tenía en las manos retrasaba el acto. Cuando por fin introduje la llave, la abrí sin problema. Al entrar, con todo oscuro, presentía que no me encontraba solo. Los vellos de la nuca se me erizaron.

—¡Fran! —llamé a mi hermano, pero nadie contestó. Y yo seguía con la sensación de que no me encontraba solo allí.

Fui encendiendo las luces por las habitaciones por las que pasaba: el salón, nada; la cocina, nada... Según me iba acercando al dormitorio de mi hermano y de su mujer, mi inquietud aumentaba; quizás porque sabía que allí empezó todo. Cuando encendí la luz, vi a Fran tirado en el suelo. El dormitorio estaba destrozado.

—¡¡Fran!! —Corrí hacia él—. ¡¡Fran!! —Lo zarandé.

Apestaba a alcohol, pero no parecía herido, solo borracho.

—¿Dónde está Tesa? —preguntó mi hermano con la voz cargada y algo aturdido.

—Fran, levanta. Vamos a darte una ducha fría.

Casi arrastrándolo, lo llevé hasta el baño del dormitorio. Aquel espacio no estaba mucho mejor que el cuarto de matrimonio. Había vómito por el suelo y era imposible llegar hasta la ducha sin tocarlo; además, olía fatal. Ignorando estos detalles, eché a Fran en la bañera y sin quitarle la ropa comencé a echarle agua fría por encima. Le vinieron nuevas arcadas, que terminaron en nuevos vómitos. «Solo es líquido, solo alcohol», me decía para no unirme yo también a la *fiesta*.

Una hora después, Fran reposaba en el dormitorio de Sandrita; y yo, tras limpiar lo que pude del desastre, me encontraba sentado en el sofá con una carta que, aunque muy concisa, explicaba el comportamiento de mi hermano.

Me acordé de Rocío, no la había llamado y era casi la una de la madrugada. Aunque tenía localizado el teléfono de Fran, estaba apagado y no sabía la contraseña para poder utilizarlo.

Me fui hacia donde él estaba e intenté despertarlo.

—¡Fran! —lo llamé en un susurro—. Despierta, tenemos que hablar.

—No, no quiero. —Su voz sonó más clara.

—Necesito utilizar tu teléfono, el mío no está. Sandrita está esperando que la llame.

Al escuchar el nombre de su hija, abrió los ojos.

—Está con Rocío —dijo a modo de afirmación.

—Sí. Están preocupadas y he quedado en llamarlas.

—Tesa me ha dejado —sollozó como un niño pequeño.

—He leído la carta —respondí con los ojos puestos en él.

—Te debo una disculpa, Pablo. Siento lo que ha pasado por su culpa.

—¿Qué ha ocurrido? —quise saber.

—Desde que te fuiste, la cosa empeoró. Este fin de semana Tesa me confesó que no llegó a tener sexo contigo por más empeño que puso. —Se rio con amargura—. Me aseguró que tenías tal borrachera, que no se te levantó. ¿Sabes que excusa puso a su actuación? Me dijo que yo la aburría y que necesitaba otros alicientes.

—No hace falta que me cuentes todo eso.

—Sí es necesario. Cometí un grave error al culparte de lo ocurrido, sin creer en lo que decías. Me avergüenzo de mi conducta y lo mínimo que puedo hacer es contarte todo y pedirte perdón.

Dos días después. El grup, en Còctels

En el fondo, Raúl sabía que sus amigos le echaban la culpa a él y, muy a su pesar, no podía rebatirlo. Lo había liado todo. Ciertamente era que lo hizo por un buen fin y que nunca contempló la idea de ser descubierto. Y en ese momento, tras la traición de Mireia entregando «el libro rojo» a Neus y el chivatazo de esta última, Anna había dejado de hablar al *grup* y para colmo, Pablo se había marchado a Málaga con un nuevo movidón. ¿Podía ocurrir algo peor? Era mejor no tentar a la suerte y creer que no podrían caer más abajo.

—Nunca creí que nos traicionarías. De Neus, no me ha extrañado, pero de ti... —manifestó Raúl mirando a una Mireia cabizbaja—. Anna no nos hablará en lo que nos queda de vida.

—Neus me dijo que debíamos dejar actuar al destino, sin forzarlo. Si hubiera sabido cómo iba a acabar... —apuntó Mireia.

—Aquí todos somos culpables —añadió Joan mirando a Mireia con cariño—. Lo hicimos porque creímos que era lo mejor para esos dos.

—Creo que nos pasamos con los *estímulos* —comentó Xavi.

—Sí, la sutileza brilló por su ausencia —dijo Raúl.

Todos comenzaron a reír recordando los acontecimientos que habían provocado con aquellos *estímulos*. Las risas se apagaron pronto, dejando aparecer la desazón que los embargaba al comprobar que Anna no les hablaba.

—¡Esto no lo podemos dejar así! —añadió Xavi, dando palmadas al aire haciendo que los tres amigos lo miraran con expectación, algo sorprendidos por el cambio de tono—. ¡Toca arreglar el destrozo! —Dio un gran suspiro—. Pensemos cosas para arreglar todo lo que hemos formado. ¿Ideas?

Los cuatro se miraron unos a otros sin saber qué decir; aquello recordaba demasiado a las reuniones clandestinas que habían estado manteniendo para intentar unir a Anna y a Pablo. Ninguno protestó; todo lo contrario, comenzaron a aplaudir la propuesta de Xavi. Los ojos de Raúl brillaron de emoción al comprobar que el *grup* seguía más unido que nunca.

—Pero ahora lo vamos a hacer bien porque no tenemos malas hierbas y sabemos por dónde nos movemos.

Después del trabajo. Anna, camino de su casa

Sabiendo lo enfadada que Anna estaba con él, la chica no entendía la insistencia de Raúl por acompañarla hasta su casa.

Tras el trabajo, en cuanto los dos se quedaron solos en ese paseo hasta su edificio y, con una Anna que pretendía ignorarlo por completo, su amigo empezó a disculparse una vez más. Anna apretaba los puños por no gritarle en pleno paseo Juan de Borbón.

—Anna, perdónanos —dijo en plural. Ella no hizo ningún gesto y siguió andando como si nada—. Bueno, si no quieres perdonarme lo entiendo, yo fui el artífice de todo, ellos no tienen la culpa de nada.

—¿Qué no tienen la culpa de nada? —No pudo reprimir contestar—. Llevaron a cabo tus maquiavélicos planes. En esa especie de diario que fabricasteis queda bien claro.

—Pero todo lo hicimos de buena fe —apuntó con cara lastimera—. Queríamos que los dos fuerais felices.

—La felicidad surge, no se fuerza.

—Yo lo único que vi, después del engaño de Marc, fue tu autodestrucción; necesitabas urgentemente un antídoto.

—¿Y por qué tu primo? Sabías que Pablo había engañado a su hermano con su mujer.

—Eso no es así. —Meneó su cabeza de un lado a otro—. Necesito explicarte todo, Anna. Vente a mi casa y hablamos.

—No. A tu casa, no.

—Si no quieres en mi casa, en la tuya —propuso.

Anna no contestó. Sabía que tarde o temprano tendría que escuchar al que fue su mejor amigo; era mejor terminar cuanto antes con aquella nueva y corta historia.

No hablaron nada más hasta que llegaron al piso de Anna.

Sentados en el sofá, agotados por el trabajo, Anna y Raúl se miraban el uno al otro.

—Si no hablas ya, te echo de mi casa. Tengo que sacar a Oria. Además, el sueño me está venciendo —manifestó Anna bostezando.

—Ahora no sé por dónde empezar. —Se encogió de hombros con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué no me acompañas a pasear a Oria y me cuentas lo que me quieras contar?

Así hicieron. Ya en la calle, un Raúl algo más relajado, comenzó a relatarle lo ocurrido con Pablo desde que su hermano lo pilló con su mujer en la cama, su sueño revelador, pasando por la confesión de Pablo sobre lo ocurrido, y finalmente, el desenlace de la historia en Málaga. Anna sabía que no mentía con todo lo que le había narrado acerca de Pablo. Él mismo intentó defenderse cuando estaba en el almacén, pero ella no quiso escucharlo. No quería volver a revivir lo que le pasó con Marc. Al oír la versión completa, Anna sintió una gran desazón.

—¿Crees que volverá ahora que todo se ha arreglado en Málaga? —preguntó Anna, mirando hacia el horizonte, pensativa.

—Vélez-Málaga —la corrigió Raúl—. Que Pablo no te escuche —rio recordando las veces que había especificado el veleño su origen—. Y sobre si se quedará allí, sinceramente, no lo sé. Le gustabas, pero si tú no estás interesada en él... —comentó Raúl dejando la frase en el aire. Ella se tensó.

—¿Yo? —Su voz sonó chillona y alarmada. Enseguida se dio cuenta de que, por el tono empleado, Raúl, que la conocía muy muy bien, imaginaría parte de la verdad.

—Tú, sí, tú. —Una sonrisa traviesa apareció en el rostro de su amigo—. Y, ¿por qué te

pones colorada? —Se acercó hasta ella y le observó las mejillas, cosa que hizo que enrojeciera más—. ¿No será que al final nuestro plan sí dio resultado? —comentó emocionado.

—Raúl —protestó.

—A ti te gusta, por eso actúas así. Por eso eres incapaz de negarlo. ¡¡Confiesa!! ¿Mi primo te pone?

¿Qué ganaba con negar lo evidente? Ya sabía lo que había ocurrido con Pablo, con Neus, con el *grup*... No podía haber sido más injusta. Necesitaba a sus amigos y necesitaba sentirse bien de una vez por todas.

—Raúl, Pablo y yo habíamos comenzado algo.

—¿En serio? No puede ser, no vimos nada. ¿Cómo? ¿Cuándo empezasteis ese algo?

—¡Yaaa! —lo cortó antes de que siguiera haciendo preguntas—. Aunque hubo varios momentos, fue la noche de Sant Joan cuando sucedió.

—Pero...

—Le pedí que lo mantuviéramos en secreto. Han pasado apenas dos meses desde que Marc y yo rompimos, no quería que me presionaraís. Queríamos estar tranquilos y vivir lo nuestro poco a poco hasta que se consolidara.

—Lo sabía, lo sabía. —Raúl se puso a dar palmadas en el aire, contento de alegría.

—Raúl, he metido la pata con Pablo. Ahora, si todo se ha arreglado en Má... Vélez, se quedará allí.

—¿Por qué?

Anna le contó a su vecino todo lo que sucedió en el almacén y cómo terminó aquello.

—...Y creo que no me va a perdonar que no confiara en él.

—Pablo nunca ha sido rencoroso, seguro que te perdona.

—Ahora no sé qué hacer —añadió Anna con tristeza.

—¿Confías en mí?

La expresión de Anna cambió; ahora sus ojos lo miraban de forma divertida.

—¿La verdad? No mucho.

Cuatro días después. Pablo, en Vélez-Málaga

Miré a mi alrededor y vi las casas blancas, colmadas de luz y de vida que siempre me habían enamorado de mi pueblo. Ahora, algo había cambiado en mi interior. Sí, mi tierra me seguía llenando, pero no lo suficiente. En ese momento, después de lo vivido en Barcelona, sabía que me faltaba ella, Anna.

Con el lápiz en la mano, sin dejar de mirar mi entorno, reviví la visita al parque Güell: el colorido, el brillo, el volumen, las escaleras y a Anna pintando el lagarto. Me reí recordando la tirantez que hubo entre nosotros en ese primer instante. Cómo había cambiado todo a partir del revés producido cuando fuimos al Museo en Montjuïc. Fue cuando Anna me trajo a la memoria mi pasión por la arquitectura. Ahora, incluso me planteaba retomar los libros. Sonreí al recordar nuestros paseos por las calles de la Ciudad Condal: las callejuelas estrechas del barrio Gótico, La Rambla, la Manzana de la Discordia, la Ciudadela, la Boquería, la Biblioteca... Me reí al evocar el momento en que enseñé a Anna a hacer gazpacho andaluz.

Sí, echaba de menos Barcelona, pero lo que más notaba en falta, era a esa barcelonesa de pelo largo y castaño que me había robado sin quererlo el corazón. ¿Qué estaría haciendo en Cataluña? Tuve unas cuantas conversaciones con mi primo, pero en ninguna apareció su nombre. Raúl me preguntó varias veces por mi futuro, pero ni yo sabía qué iba a hacer. Lo único que tenía claro era que, mientras mi madre estuviera en el hospital, yo no me movería de aquí. Rocío daba por hecho que me quedaría en Vélez. Fran, igual; incluso se atrevía a hacer planes futuros conmigo. Yo no decía nada, sonreía, incapaz de tomar una decisión: por un lado estaba mi familia, ahora más unida que nunca. Y por otro, un futuro incierto en Barcelona.

Con la cabeza llena de dudas e intentando pintar un alzado de una casa de dos plantas, mi boca se abrió de golpe cuando a lo lejos me pareció ver a dos personas conocidas que no esperaba ver allí.

Me levanté despacio, con el bloc en una mano y el lápiz en la otra, esperando que mis ojos no me estuvieran gastando una broma pesada.

Cuando los tuve realmente cerca, les sonreí.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —les pregunté abrazándolos con ganas.

—Hemos venido a llevarte a Barcelona —comentó Xavi—. Còctels te necesita.

—Còctels, hace dos meses, funcionaba perfectamente sin mí. —Levanté las cejas.

—Te echamos de menos —afirmó mi primo—. ¿Cómo estás? ¿Y tu madre? ¿Hay alguna novedad?

—Bueno, nada ha cambiado desde ayer, cuando hablamos —le dije con sorna—. Podías haber dicho que veníais.

—Avisé a Rocío. —Se rio—. Le dije que queríamos darte una sorpresa.

—Me la habéis dado —confirmé moviendo la cabeza, aún alucinado por verlos allí. Era raro tener a Xavi y a Raúl en mi pueblo, en mi entorno.

Los llevé hasta una cafetería para ponernos al día.

En toda la conversación que mantuvimos el nombre de Anna no salió ni una sola vez y empezaba a ponerme algo nervioso; se notaba a leguas que evitaban nombrarla. No sabía cómo sonsacarles. La última vez que la vi, sus ojos marrones me miraban con odio y aquello me dejó hecho polvo; no quería escuchar de la boca de mi primo y de la de Xavi que era mejor que no supiera nada de ella.

—¿No vas a preguntar por Anna? —Aquello me dejó con la boca abierta. Me cogió desprevenido.

—Supongo que no querrá saber de mí —dije desviando la mirada.

—Pablo, no solo Còctels te necesita.

—Anna me odia —afirmé con rotundidad. No estaba para explicaciones; ellos conocían nuestros altibajos y tampoco se extrañaron al escuchar mis palabras.

—No te odia. —Raúl me cogió de las manos y mirándome a los ojos, me sonrió—. Solo se ha enamorado de ti.

—Raúl, no empecemos. Han pasado cosas entre ella y yo que tú no sabes.

—Te equivocas. Cuando te viniste a Vélez, ella me contó todo. Ahora somos nosotros los que tenemos que confesar algo...

Las dos siguientes horas transcurrieron en un suspiro. Según me iban relatando Xavi y Raúl, mi nivel de alucine iba subiendo considerablemente. Y, comencé a entender muchas cosas... muchas. No hablé nada, escuchaba atento todo lo que me contaban, mirando a uno y a otro sin dar crédito a lo que oía; aquello parecía sacado de una comedia romántica americana.

Supuse que habían terminado cuando los dos me estudiaron atentos, quizás esperando mi reacción.

Una carcajada contagiosa hizo que los tres termináramos riendo.

—No me lo puedo creer Y todo por un estúpido sueño...

—De estúpido, nada. Gracias a uno de esos sueños, soy dueño de Còctels y no dependo del negocio de mis padres —manifestó Xavi con solemnidad acariciando el brazo de Raúl.

—Pues me parece que en este caso, no ha funcionado.

—¿Me dejas hacerte una pregunta? —Raúl sonrió.

—Claro. —Reí.

—¿Estás enamorado de Anna?

Mi risa se cortó de golpe. Miré a mi primo sin verlo y un molesto nerviosismo se instaló de golpe en mi estómago.

¿En dos meses podría llegar a enamorarme de alguien?

Recordé sus ojos, sus rosados labios, su pelo sedoso, su voz, su mirada... No solo fueron dos meses, el sentimiento que había albergado poco a poco hacia Anna no se podía medir con el tiempo terrenal; fue mucho más que eso. Instantes, situaciones, miradas, roces... Cerré los ojos. ¿Amaba a Anna? No podía afirmar tal sentimiento tan a la ligera. Para ello tendría que vivir con ella más instantes, situaciones, miradas y roces... Pero de lo que sí estaba totalmente seguro era de que la quería a mi lado; si ella lo aceptaba, claro.

—Pablo —me llamó la atención Xavi en un susurro—. Raúl te ha preguntado algo.

—Por Anna siento algo muy fuerte; estoy convencido de que la quiero mucho, pero ¿enamorado de verdad...?

—La quieres. ¿Dejarías Vélez por ella?

Mis ojos se abrieron por la pregunta. Me incomodaba hablar tan abiertamente de mis sentimientos, cuando yo mismo me hacía miles de preguntas.

¿Me iría a vivir para siempre a Barcelona por Anna? La respuesta era fácil, sí. Un sí rotundo. No solo por Anna; el *grup* de Còctel me había hecho sentir uno más y la Ciudad Condal me tenía embrujado.

—Sí, claro que dejaría Vélez por Anna.

—Entonces, déjame a mí, tú das muchos rodeos. —Xavi le dio un codazo a Raúl, para que se mantuviera callado—. ¿Te gustaría tener una relación seria con Anna, con todo lo que eso conlleva?

—Sí, claro que sí —afirmé sin titubear.

—Entonces, está todo dicho —añadió Raúl, emocionado.

—Espera, espera. ¿De qué habláis? —Los miré alarmado. Después de lo que había escuchado, no me fiaba de ellos.

—Hay que preparar tu llegada a Barcelona y tu declaración —anunció Xavi acariciándome la mano.

CAPÍTULO 19

Once días después. Anna, en Còctels

A Anna le pareció una real tontería que se tuvieran que disfrazar de *bartender deluxe*. Eso fue lo que le dijo Xavi cuando le entregó aquel vestido corto de lentejuelas plateadas, con un escote trasero bastante considerable.

No era la primera vez que cerraban el *pub* para alguna fiesta privada: cumpleaños, homenajes, despedidas... Y los clientes, los que pagaban un pastizal por aquel capricho, solían pedir cosas tan extravagantes como que vistieran elegantemente.

Anna se volvió a mirar en el espejo, más que una *bartender* parecía la anfitriona. Pensó que Xavi se había pasado con la elección de aquel precioso vestido de fiesta tan sexi.

Cuando se encontró con Raúl en el descansillo, a la chica se le escapó una carcajada.

—Parece que vamos de boda —le comentó a su amigo.

—Xavi me ha dicho que el evento es de postín. —Se encogió de hombros con resignación.

—Me siento incómoda. Creo que hubiera bastado con colocarme una blusa chula y los pantalones de pinzas de siempre; tras la barra solo se me ve la parte superior.

—Ya sabes cómo es Xavi de perfeccionista. —Elevó las cejas—. ¿Nos vamos? —preguntó brindando su brazo. Anna sonrió, aceptando el ofrecimiento con un ligero movimiento de cabeza.

Agarrados del brazo, llegaron a la puerta de Còctels. Se suponía que Xavi ya habría abierto el local y que el resto del *grup* iría llegando poco a poco, pero no; la puerta estaba cerrada a cal y canto.

—¡Qué raro que Xavi no haya llegado aún! —comentó Anna buscando las llaves del *pub* en su bolso.

—Seguro que está al llegar —añadió Raúl mirando sus perfectas uñas.

Cuando Anna abrió la puerta del *pub* se quedó con la boca abierta. Allí dentro había como unas veinte personas y todas eran conocidas para ella. ¿Qué pasaba? La chica no entendía nada. Que pudiera recordar, no había ningún evento en esos días para celebrar con los suyos. El más cercano era el 20 de noviembre, aniversario de sus padres. En la primera persona en la que se fijó fue en su hermana, Montse; hacía mucho que no se veían y se lanzó hacia ella.

—Montse, ¿qué haces aquí? —balbuceó ojeando a unos y a otros.

—No podía faltar. —Anna frunció el ceño. Seguía sin entender nada.

—Mamá, papá... ¿Vosotros también? No entiendo nada —dijo sin dejar de observar a sus conocidos a la espera de que alguien la sacara de aquella interrogante—. ¿He olvidado alguna fecha importante?

Sus familiares y amigos empezaron a besarla y a abrazarla; la felicitaban por algo que Anna ignoraba por completo. Su cumpleaños hacía meses que pasó, ¿por qué estaban todos allí? Por

más que preguntaba, nadie le decía nada. Lo único que sacó en claro fue que, por alguna extraña razón, ella era la protagonista de todo aquello.

Después de los saludos, notó que la mano de Raúl atrapaba la suya. Se volvió hacia él y vio unos ojos brillantes; su amigo se estaba aguantando las ganas de llorar. A su lado se encontraban Joan, Mireia y Xavi con el mismo semblante emocionado.

—¿Chicos, qué pasa? —los interrogó.

—Ven. —A Raúl le costó decir esa simple palabra, estaba realmente conmovido, pero ¿por qué?

La guio hasta una de las amplias paredes negras del *pub* y se pararon frente a ella. Se quedó totalmente paralizada, con los ojos fijos en aquella transformación sin poder pronunciar palabra. En donde antes había un enorme cuadro abstracto, ahora, aparecía pegada, con grandes letras doradas, una frase que hizo que su corazón se agitara como nunca antes se había sacudido.

«Un cóctel con sabor a Barcelona», pudo leer en voz baja. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, lágrimas que no tardaron en resbalar por su rostro.

Al volverse fue cuando se percató de que todas las paredes del establecimiento estaban decoradas con sus pinturas. Las habían enmarcado con robustas molduras dando a esos sencillos trazos, una importancia que Anna creía que no tenían.

Siguió su observación por toda la estancia, buscándolo a él. Esa frase, esos dibujos... todo aquello tenía una palpable firma. Su corazón seguía latiendo fuertemente, parecía que en cualquier momento se le iba a salir del pecho. ¿Dónde estaba?

Tras la conversación que mantuvo con Raúl, su amigo le pidió que lo dejara todo en sus manos, que confiara en él. Anna dudó, pero terminó dándole un voto de confianza. Día sí, día no, Anna le sonsacaba información acerca de la situación de Pablo, pero su amigo siempre le decía lo mismo: que su madre estaba delicada de salud y le pedía paciencia hasta que ordenara su vida en Vélez; en cualquier momento volvería a Barcelona.

—Raúl, ¿y Pablo? —le preguntó una vez más entre sollozos.

—Su madre ha estado hospitalizada... —volvió a decir Raúl, pero ella no lo dejó seguir.

—¿No piensa venir ni a despedirse, ni a recoger sus cosas? —Las lágrimas se derramaban por su rostro sin cohibiciones. Sentía las miradas de sus familiares y amigos clavadas en ella, pero a Anna le daba igual, él no estaba allí, aunque sabía que parte de aquello había venido de él.

—¡Anna! —Escuchó su voz y sus ojos se abrieron. Lo buscó entre el gentío.

—¡¡Pablo!! —gritó.

No tardó en encontrarlo al fondo del *pub*. Apoyado en la puerta del almacén, la miraba con los ojos enrojecidos y con esa sonrisa que a Anna le parecía tan atractiva.

Timidamente, se acercó hasta ellos bajo la mirada atenta de los suyos.

—Raúl, lo siento, no he podido aguantar más —declaró Pablo a su primo.

—Mucho has aguantado, Pablito. ¡¡Venga, llévatela de aquí!! Yo me encargo de todo lo demás.

Pablo, en la playa de la Barceloneta

Sonreí a Anna cuando la vi quitarse los zapatos para poder andar mejor por la arena de la

playa. Estábamos a primeros de julio y el calor comenzaba a apretar por fin; el verano había empezado inusualmente fresco.

Los tres últimos días habían sido trepidantes, con tanta preparación. Raúl quería que mi reaparición en Barcelona ante Anna, fuera de película. Hablando con Xavi y Raúl, se me ocurrió la idea de exponer algunos de sus trabajos en Còctels. No fue difícil llevarla a cabo con la ayuda del *grup* y se organizó todo sin problemas. Xavi propuso cerrar el local y hacer una fiesta privada de presentación; Mireia dijo que se encargaría de los invitados; Raúl la vigilaría en todo el proceso. Lo peor fue estar en Barcelona tres días antes y no poder verla.

Mientras Anna estaba en Còctels, me colé en su casa, gracias a la copia de la llave que mi primo guardaba de su vivienda, e hice una recopilación de los dibujos que me transmitieron algo. Aunque intenté ser parcial y elegir aquellos que ella habría escogido, más de la mitad de las catorce pinturas seleccionadas, eran lugares especiales para nosotros, sitios que por una cosa u otra, nos habían marcado.

Joan se encargó de enmarcarlos y colocarlos en tiempo record.

Cogí los zapatos con mi mano derecha y atrapé sus dedos libres con la otra. Agarrados, anduvimos por la playa de la Barceloneta. A pesar de que esquivamos a turistas pasados de vueltas y vendedores ambulantes, en ese momento sentía que solo estábamos ella y yo. Tenía ganas de besarla, pero no debía correr; eso me había dicho Raúl, para no asustarla. Estaba realmente nervioso, tan nervioso como ella lo estaba, se le notaba.

—Anna, siento mucho todo lo que ha pasado —pude decir

—No —contestó ella—. Soy yo la que lo siente. Me enfadé por lo de tu hermano...

—Debí contártelo antes...

—Pablo —me cortó—. No quiero volver a mirar atrás.

—Tienes razón, es mejor mirar adelante.

Me quedé frente a ella, observando ese rostro que tanto había añorado aquellos días. Incliné la cabeza y posé mis labios sobre los suyos. El contacto fue revelador. Mi pulso se agitó y un cosquilleo se adueñó de mi estómago. La abracé casi de forma dolorosa, no quería perderla, codiciaba estar siempre con ella, no alejarme de su lado nunca. De mala gana, me retiré un poco y la estudié boquiabierto, sin dar crédito a lo que me había sucedido.

—Anna, te amo.

—Pablo... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo también te amo. No te separes de mí nunca, quiero tenerte a mi lado para siempre.

Mi pensamiento viajó atrás en el tiempo, cuando el *grup* drogó a Anna, cuando ella recostada en su cama, arropada por mis brazos, me pedía con esas mismas palabras que no me separara de ella nunca. En aquel momento me pregunté cómo sería que alguien te necesitara a su lado para siempre. Sentí la sangre de mis venas recorriendo mi cuerpo. Era eso, sentirte amado, vivo... feliz.

—Nunca me separaré de ti.

El principio

Paula, dos semanas antes de que Pablo llegara a Barcelona

El móvil de Paula sonó. Se extrañó al ver en la pantalla de su teléfono, el nombre de Rocío. Su prima Rocío, su hermana Alicia y ella, tenían un grupo de wasap por el que hablaban diariamente. Paula pensó que, algo importante habría ocurrido cuando su prima lo hacía por esa vía. Pulsó el botón verde sin más dilación.

—Hola, Rocío, ¿cómo es que me llamas? —preguntó Paula con el cuerpo tenso esperando la respuesta de su prima de Vélez.

—Paula, ha pasado algo muy gordo y no sabía a quién llamar. Ali seguro que está con su novio y tú... Necesito desahogarme. —La voz de su prima no solo sonó alterada, también asustada.

—¿Estáis todos bien? —Sentía su pulso trotar desbocado.

—Sí, no... es que...

—Por Dios, Rocío, suéltalo de una vez, me va a dar taquicardia.

—Se trata de Pablo y Fran. —Se escucharon unos sollozos a través del teléfono—. Y no me lo explico, conociendo a Pablo todo es muy raro.

—¡Habla ya!

—Esta mañana, Fran ha encontrado a Pablo metido en su cama, con Tesa.

—¡No fastidies! —Sus manos taparon su boca de forma automática.

—Lo que estás escuchando. Fran llegó a nuestra casa hecho un energúmeno.

—Tranquilízate, Ro. —Intentó calmarla; calmarla y calmarse, también Paula necesitaba relajarse—. Tiene que haber alguna explicación. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Fran nos ha contado que anoche, Pablo y él quedaron con sus amigos para ir de copas; después, se fueron a su casa. —Lloriqueó—. Llegaron muy bebidos y Fran cayó dormido en el sofá del salón. Pablo aprovechó esta circunstancia para meterse en la cama con Tesa.

—Pero, no lo entiendo. ¿Estamos hablando del mismo Pablo?

—Yo tampoco lo entiendo. Según Fran, Tesa estaba muy alterada y no paraba de decir que, cuando Pablo se metió en su cama, con el sueño y la oscuridad, lo confundió con Fran y... pasó.

—Sigo sin comprender nada, ¿en qué momento se percataron de la confusión?

—Esta mañana. Cuando Fran entró en su dormitorio se encontró con el pastel.

—¿Y ella no se dio cuenta antes?

—Dice que no.

—¿Y Pablo? ¿Habéis podido hablar con él?

—Pablo se presentó en la casa bastante más tarde de que pasara por aquí Fran. Él dice que no recuerda nada de esa noche. —Dio un fuerte suspiro—. Pero, hay más. Tesa le confesó a Fran que Pablo llevaba meses tonteando con ella. Vino a insinuar que Pablo, desde su romance

estudiantil, no la había olvidado y que para él fue un duro golpe que apareciera, después de tanto tiempo, casada con su hermano, porque aún sentía algo por ella.

—¡No!

—Y, Fran, quiere denunciarlo por violación.

—¡Nooo! —Se tapó la boca, conmocionada.

—Pablo lo niega todo, pero... no sé qué pensar.

—¡Dios! ¿Y tus padres? —le preguntó a su prima.

—Están fatal, imagínate, Paula. Han echado a Pablo de la casa; no quieren saber nada de él.

—Tiene que haber una explicación —insistió Paula, sin saber qué argumento podría esclarecer aquel lío.

—Estoy muy asustada. No sé cómo va a terminar todo esto, Paula, pero no me gusta nada. Temo que Fran le haga cualquier cosa a Pablo.

—Tranquila, Rocío, tiene que haber alguna solución, hablaré con Raúl.

Raúl, al día siguiente

La noche anterior, cuando llegó a casa después del trabajo, a Raúl le costó conciliar el sueño. Los culpables, por un lado Marc: una vez más, se lo encontró retozando en el salón con una tipa, sin importarle que su novia estuviera al lado o que el mismo Raúl los encontrara en plena pasión. Y por otro, los acontecimientos que le había contado su hermana Paula de los primos de Vélez. Raúl dio mil vueltas en la cama antes de que Morfeo lo visitara reviviendo esos dos sucesos que lo tenían con el alma en vilo.

Aquella mañana de domingo, cuando se levantó, lo hizo con una sonrisa en los labios, Raúl había tenido uno de esos sueños premonitorios.

La visión no había sido muy detallada, no solían serlo, pero dejaba claro que sucederían «tres hechos claves» en este orden: primero, Anna y Marc romperían su relación de tres años; segundo, todo se arreglaría en Vélez cuando Pablo saliera de su pueblo; y, por último, Pablo y Anna se harían pareja y serían felices para siempre.

En cuanto se despertó, desayunó tranquilamente sin prestar atención a Marc que, como solía hacer tras una de sus aventuras, le contaba sin remordimientos cómo había esquivado a Anna para poder pasar un buen rato con la chica de turno. Raúl, por el contrario, no paraba de darle vueltas a lo soñado. Siempre que había tenido una de estas extrañas ensoñaciones se habían cumplido tal cual; y se centró en este hecho. Todo se arreglaría. Además, apreciaba especialmente a su primo Pablo y deseaba que la vida le fuera bien, aunque hubiera cometido un error.

Cuando Marc salió de la casa para practicar sus dos horas de deporte rutinario (a diferencia de Anna que, los domingos descansaba, Marc no perdonaba ningún día), Raúl aprovechó para llamar a su prima Rocío y calmarla un poco.

—Rocío, ayer me contó Paula lo que ha pasado con tus hermanos, ¿alguna novedad?

—Raúl. —Lloró—. Hay muchos nervios. Mis padres no paran de discutir. Mi hermano Fran no quiere ver a nadie, está enloquecido. Pablo está en un hotel en La Torre sin saber qué hacer. ¿No sé cómo va a salir de esta?

—Rocío, anoche tuve un sueño. —No sabía cómo explicar a su prima lo de sus visiones.

—¿Un sueño? —preguntó ignorando a lo que se refería.

—Alguna vez he tenido sueños premonitorios, que se cumplen —le explicó.

—Yo no creo en eso —respondió con incredulidad.

—Créeme, va a suceder. Estoy totalmente convencido.

—Pero ¿qué has soñado?

—Pablo se vendrá a Barcelona; y mientras esté aquí, todo se arreglará en tu casa. Además, la vida de Pablo va a cambiar mucho... para bien.

—Me encantaría creerte, pero...

Raúl creía en el destino. Ese destino que algunas veces era un poco hijo de puta y que te ponía mil y una trampas hasta llegar a su fin. Lo bueno es que Raúl tenía una gran ventaja, ya sabía ese fin. Solo tendría que acelerar el *proceso* con *estímulos*. Pensó en Marc y Anna, tendría que empezar por el «primer hecho». Se puso serio imaginando lo mal que lo pasaría Anna cuando se topara con la realidad. Raúl la quería demasiado y le costaría verla sufrir en el *proceso*. Intentó inyectarse entereza pensando que al final todo quedaría en un «...y comieron perdices».

—Rocío, te prometo que más pronto que tarde, Pablo alcanzará lo que su destino le tiene reservado.

¿Si el destino utilizaba «malas artes» para lograr sus objetivos, por qué él no podría hacer algo parecido?

Epílogo

Tres meses después. Raúl, en Barcelona

Una vez más Raúl sonrió por haber presagiado el futuro de aquellos dos. Los miró con deleite cuando observó que ella le sonreía por alguna tontería que su primo le había dicho al oído. ¡¡Con lo mal que empezaron!! Raúl recordó aquel primer encuentro en la escalera del parque Güell.

—¿Qué te ha dicho mi primo? —le preguntó con una sonrisa cuando se acercó hasta su mejor amiga.

—Nada que tú debas saber —le contestó guiñándole un ojo—. ¿Qué necesitas?

—Prepárame dos cañas, un daiquiri de plátano y dos cócteles con sabor a Barcelona.

—Marchando —contestó ella con una sonrisa emocionada.

Aquella fue otra de las sorpresas de Pablo. Inventó un exótico combinado de color naranja y le puso ese nombre. Era el cóctel más nombrado en el local; de ser un auténtico desconocido, había pasado a la especialidad de la casa. Se había hecho famoso, no solo en Barcelona, hasta en Vélez-Málaga hablaban de aquella explosiva especialidad del *pub* barcelonés.

Miró a su primo. Sin parar de correr de un lado a otro, limpiaba y preparaba mesas. Por una parte, se alegraba mucho por él, pero por otra... Todo se arregló en Vélez, pero Raúl intuía que ya nunca sería el mismo de antes. Pablo le llegó a comentar en una ocasión que sus padres le fallaron en un momento difícil y siempre tendría una espinita clavada en su corazón. En cambio, justificaba la actitud de Fran, sabía que Tesa lo cegó; menos mal que aquella mala hierba parecía haber desaparecido para siempre. A sus oídos llegó que andaba en una cárcel de Suramérica acusada de robo. Por el contrario, a Rocío, claramente el ojito derecho de Pablo, cada vez que se acercaba un día especial, la animaba a visitarlo.

Pablo había retomado sus estudios. Anna lo empujó a matricularse en la universidad y estaba ilusionado con aquella nueva etapa. ¡Cuánto había cambiado la vida de su primo! Llegó a Barcelona con la clara intención de marcharse en cuanto todo se arreglara en Vélez y, al final, gracias a su sueño premonitorio y sus *estímulos*, se quedaría allí con Anna. Eran felices y lo serían para siempre.

Raúl suspiró con una gran sonrisa. Ese día era un día especial.

—Raúl, ¿y en L'arbre blanc? —le preguntó Joan que seguía buscando un sitio romántico para llevar a Mireia.

—L'arbre blanc, sí. Llévala allí. —Le dio una palmadita en el hombro.

—Sí, ¿verdad? Cuando entre en el local se le van a mojar las bragas.

—Pero mira que eres bruto. Que no te escuche Mireia que si no, no sales con ella.

Joan desapareció de allí dando carcajadas. El *grup* estaba evolucionando, como los Pokémon. Marc ya no pertenecía a él. Neus llevaba desde lo ocurrido con Anna, sin dar señales de vida. Raúl creía que la chica sentía vergüenza por su conducta, pero solo era una intuición, tenía una conversación pendiente con ella. Mireia y Joan iban a comenzar algo. Y, él y Xavi...

En el rostro de Raúl volvió a aparecer una enorme sonrisa. Si todo salía como en su nuevo sueño premonitorio...

Dos noches atrás había vuelto a tener otro sueño premonitorio. Esta vez le tocaba a él de lleno y estaba emocionado, esperando a que sucediera. En su visión, Xavi le entregaba un llavero de cristal rojo en forma de corazón con sus nombres tallados y las llaves de su vivienda engarzadas en él; después, le preguntaba si quería irse a vivir con él.

Por la experiencia que Raúl tenía, el destino no siempre actuaba con la rapidez que uno deseaba, y él tenía bastante prisa. Así que no se lo pensó y decidió ayudar un poco en el *proceso*. Por más que buscó, no encontró el llavero que vio en su sueño. Pero este pequeño pormenor, no lo iba a frenar en su empeño. Al final, se decantó por comprar un llavero de corazón rojo de peluche que encontró en una tienda de suvenires. Lo envolvió, escribió una nota con unas claras instrucciones y sin pensarlo, se lo envió por mensajería urgente a Xavi. Estaba convencido de que esa noche se lo entregaría.

En cuanto los dos se quedaron solos, Xavi lo miró con una sonrisa.

—Tengo una cosa para ti.

—¿Sí? ¿Qué? —contestó haciéndose el sorprendido.

—Toma. —Le entregó un paquete mediano envuelto en un papel con gominolas de muchos colores. Lo del envoltorio fue detalle de Xavi que sabía que Raúl era un goloso nato.

—¿Qué es? —preguntó mirándolo con los ojos brillosos y con el corazón a mil.

—Ábrelo y sales de dudas. —Le guiñó un ojo.

Sin más dilación, rompió el llamativo papel. Entre sus manos quedó expuesto un cofre pequeño de madera. Raúl frunció la frente; en la tienda de suvenires le pareció que el llavero de peluche era algo grande, apenas cabría en ese pequeño envase. Sin dar muchas vueltas a su conjetura, destapó la parte superior de la caja que guardaba su destino. Un escalofrío lo recorrió de los pies a la cabeza al descubrir el contenido. Con manos temblorosas, del interior del cofre, sacó un llavero de cristal rojo en forma de corazón con sus nombres tallados y unas llaves colgadas de él. Levantó sus ojos y, conmocionado, observó a Xavi sin dar crédito a lo que veía.

—Como verás, me gusta desafiar al destino. —Río. Xavi era consciente de que cambiar las claras órdenes de su novio podría enfadarlo bastante e intentó justificarse—. Espero que no te cabrees mucho por el cambio, pero este llavero me gustó más. —Respiró hondo y lo miró con intensidad—. ¿Quieres venirte a vivir conmigo?

—Sí —contestó entre lágrimas de felicidad, lanzándose a sus brazos y besándolo apasionadamente.

«Está claro que, sabiendo la finalidad del destino, podemos acelerar el *proceso* con *estímulos*, pero sin ninguna duda, al final es él el que enseña la última carta», *by* Raúl.

Nota de la autora

Al final de la historia, Pablo elabora un cóctel muy especial que le da nombre no solo a esa visión que él tiene de las pinturas de Anna, también es el título de esta novela. No podía dejar ese cóctel en el aire. Muchas gracias a mi hermano (Jose Franco), por ofrecerse muy gustosamente a hacer de Pablo y crear esta mezcla exótica; añadir que el proceso de creación fue harto difícil después de la quinta prueba.

Os dejo los ingredientes y la preparación en dos versiones, con y sin alcohol.

Las medidas vienen en fl. Oz. 1 fl. Oz es equivalente a unos 30ml. Aprox.

Ingredientes CON alcohol:

- Hielo (3 cubitos mejor machacados).
- 3 fl. Oz de zumo de mango.
- 1 y ½ fl. Oz de Red Vodka.
- 1 y ½ fl. Oz de Cava Brut.
- Un chorreón de granadina.

Preparación:

Añadiremos a la coctelera, en este orden: el hielo, el zumo de mango, el vodka y el cava. Agitar con energía y con mucho amor. Una vez que todo esté bien mezclado, verteremos en una copa de cóctel. Y, por último, lo rociaremos con un sutil chorreón de granadina para darle un toque de color y algo de su sabor. Lo ideal es decorarlo con un detalle verde.

Ingredientes SIN alcohol:

- Hielo (3 cubitos mejor machacados).
- 3 fl. Oz de zumo de mango.
- 3 fl. Oz de zumo de piña.
- Refresco de limón (tipo Fanta de limón).
- Un chorreón de granadina.

Preparación:

Añadiremos a la coctelera, en este orden: el hielo, el zumo de mango y el zumo de piña. Agitar con energía y con mucho amor. Una vez que todo esté bien mezclado, verteremos, la mitad, en una copa de cóctel; llenaremos con el refresco de limón y removeremos con una pajita. Y, por último, lo rociaremos con un sutil chorreón de granadina para darle un toque de color y algo de su sabor. Lo ideal es decorarlo con un detalle verde.

Espero que hayáis disfrutado de «Un Cóctel con sabor a Barcelona» y compartáis vuestras fotos conmigo. Un besazo.

Agradecimientos

Hay un dicho que dice: «No hay dos sin tres». Aquí va mi tercer libro publicado. La palabra emoción se queda corta con lo que siento.

Mis agradecimientos se van multiplicando como los conejos; así que, si se queda alguien sin nombrar, no me lo toméis en cuenta ;). Voy a intentar reducir espacio.

Una vez más, muchas gracias a Ediciones Kiwi por invitarme a este proyecto. *A city of love* me ha hecho especial ilusión; además de ser todo un reto.

Gracias a mis chicos, Ferni, Íker y Sandro, os quiero mucho a los tres y sois lo mejor de mi vida.

Gracias a mis «Loritas» que una vez más han «dado el callo» leyendo y aconsejando sobre esta historia: Bárbara Vallespir, Noemí García, Lorena M. Carranza, Cristina Carrasco, Cristina Carpintero y Vanesa Cantero. Sois un amor.

Gracias a toda mi gran familia en especial a: mis padres, mis suegros, mi hermano, Bea, mi cuñado (aféitate), Cande, Carmelo y Encarna. Hago un, copia pega: «Mil gracias por pertenecer a mi familia; os quiero a tod@s un montón. Y mil gracias por vuestros ánimos.»

A mi Moni, que siempre está ahí de lectora-cobaya aunque se encuentre tan lejos de mí.

A mi Graci porque no duda un momento cuando le propongo que lea mis historias y que me dé sus consejos. Mil gracias por ser mi amiga.

Muchas gracias a Judith Galán por leer el libro en tiempo record y sacarme más de una sonrisa al insultarme por tenerla atrapada a la historia. Muchas gracias por todos los consejos que me has dado, me han servido de mucho mucho. Conocerme en el ERA ha sido lo más.

Tengo que nombrar sí o sí a mis niñas (hago otro copia y pega): Ali, Anaví, María, Paula y Tere, en general a mi «Secta» sois l@s mejores y os quiero muchísimo a tod@s... «la música de mi vida».

Muchas gracias a Carmen Pagés por contarme su historia y darme inspiración para crear algunas escenas de la novela.

Un millón de gracias a Juan Manuel de Haro por dar «información» sobre mis publicaciones, presentaciones, etc.

Gracias a: Juani Fernández, Christi Castillo, a María Ruiz, a Claudio Junior, Espe, Carmen Morcillo, a Almu Martín, Toñi, Rosita, María José Quesada, Fransy Guerrero, Nieves González, NoeLautherStory, Nesa Costa, Claudia Aparicio...

Gracias a mi pueblo, Almuñécar, por tratarme tan bien. A las librerías por el apoyo. A la gente que a través de las redes sociales no paran de animarme.

Sigo dejando mi último gracias a ti, Anaví. Esta vez voy a ser concisa y con lo que yo hablo es complicado ;). Eres un gran apoyo para mí y la mejor amiga que puedo tener, GRACIAS por ser como eres.

Y UN MILLÓN DE GRACIAS A TI, por leer hasta aquí.